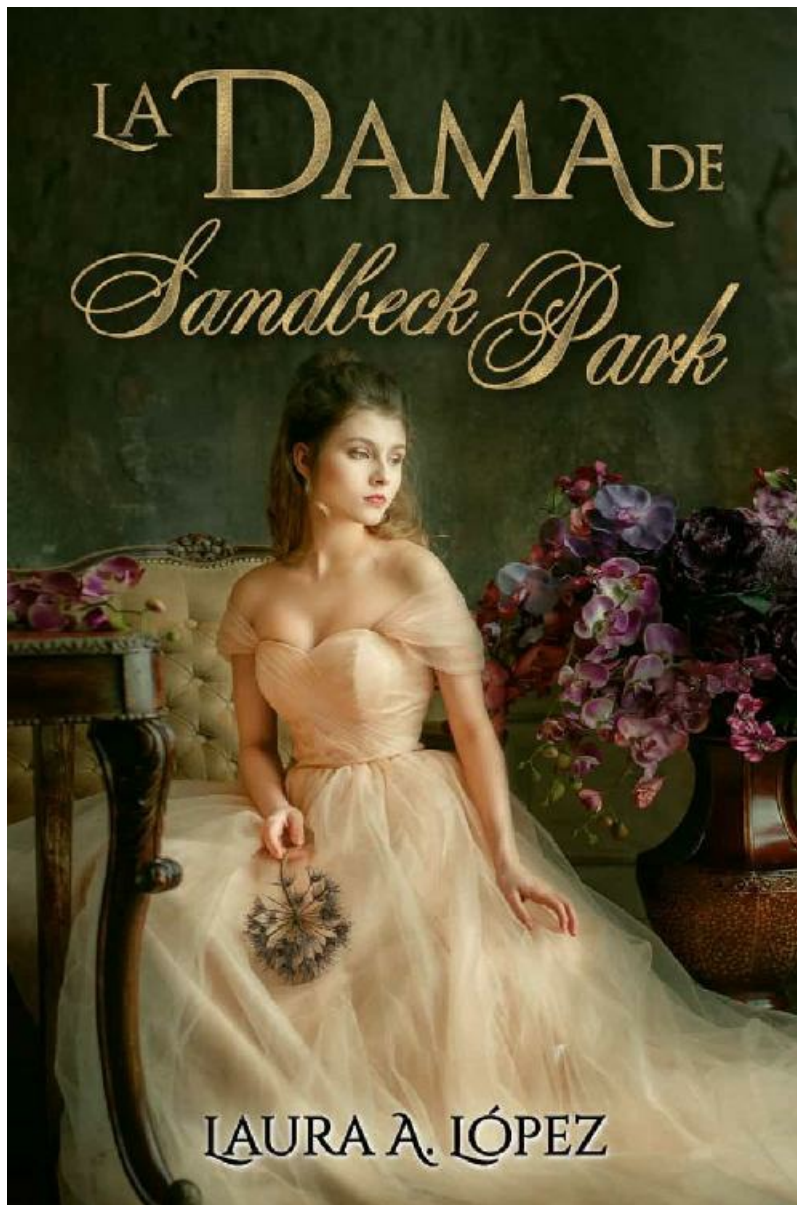


LA DAMA DE
Sandbeck Park

LAURA A. LÓPEZ



La dama de Sandbeck Park

Laura A. López

Derechos de autor © 2020 Laura A. López Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Dayah Araujo

A los grandes amores de mi vida, mi esposo, que me hace crecer cada día y me apoya en mis emprendimientos; y mi hija, que es mi aliento de vida.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Acerca del autor](#)

Capítulo 1

Su padre no podía decir una sola palabra más. La enfermedad apagaba la vida del vizconde con premura, entretanto, Wynona tenía sujeta la mano de su progenitor esperando que le dijera lo que tenía guardado.

Con la mano libre, su padre señaló hacia unos libros que estaban en un estante en su habitación.

—Dígame, padre, no se vaya con este secreto —rogó la muchacha, que hacía caso omiso a lo que el hombre le señalaba.

Él insistía con el dedo hacia el mueble, pero Wynona esperaba que hablara. De repente, dejó de sentir el agarre y notó cómo la mano que señalaba, cayó en la cama.

—¡No! ¡Padre! ¡No puede irse sin decirme! —exigió.

Zarandeo el cuerpo inerte del hombre.

—Cálmese, lady Wynona —pidió su nana. Intentaba que ella no perdiera la compostura atracando al cuerpo.

—¡Se fue sin confesármelo! ¡Qué maldad ha hecho mi padre! Nunca dejaré de arrepentirme por haberle decepcionado, pero este castigo es más de lo que yo puedo soportar, nana.

—Milady, hallaremos otra solución. Podemos indagar a algunas personas puntuales de confianza de su padre.

—Estoy segura de que lo hizo solo. Él no dejaría que nadie supiera de su vergüenza.

La nana no sabía cómo consolar a su niña. Su progenitor sería enterrado con sus secretos y pecados.

Wynona vestía de luto y recibía las pocas condolencias del vecindario donde fueron a vivir hacía ya dos años, abandonando Londres con angustia por su causa.

Advirtió cómo en el cementerio del pueblo enterraron bajo la tierra sus esperanzas y su arrepentimiento. Wynona creía que no iba a poder

sobrevivir con el peso de sus culpas. El padre cariñoso se convirtió en hombre hostil y meditabundo, el cual juró nunca confesar lo que esperaba.

—Lady Wynona, mis condolencias por la muerte de su excelentísimo padre —habló la voz de un caballero que se acercó a ella en aquel tétrico entierro.

Ella le dirigió su mirada aguada. Sus ojos estaban rojos, al igual que su nariz, y su boca tenía aquella curva de inconsolable tristeza. La nana no había dejado de abrazarla en todo aquel momento. Nunca abandonaría a su pequeña niña.

—Deje que me presente, milady. Soy el señor Wellington, letrado de su padre. Si me permite unas palabras, le comentaré sobre sus últimas disposiciones en su testamento.

—Disculpe, señor Wellington, si no soy capaz de responder a muchos asuntos en este momento. ¿Le molestaría ir a casa mañana?

—Por supuesto, milady. Ahí estaré...

Observó que el hombre se perdía en las brumas del camposanto. La mañana estaba fría y el cielo amenazaba con desprender una tormenta de nieve. Cuando subieron al carruaje para regresar, la aguanieve casi había congelado a su inocente y viejo cochero. Todo el personal de la casa era de avanzada edad, su nana era la única que no llegaba a los cincuenta años.

Wynona tenía la mirada perdida en el paisaje invernal de árboles desnudos y nieve al costado del camino. Aprendió a vivir en el campo sin despertar el interés de la gente. Como soltera en edad casadera, una vez que dejó Londres, se recluyó por completo en la gran casona de Riverton Manor.

El vecindario era amable y compuesto por una pequeña nobleza del campo, después estaban los terratenientes y comerciantes importantes del condado.

—¿Qué tendrá que decirle el abogado, milady? —preguntó la Nana.

—No tengas esperanza en que me dirá lo que deseo.

—¿Por qué no?

—Porque no se lo diría a nadie. Te lo he dicho, nana. No puedo esperar nada bueno de lo que mi padre pudo dejarle al letrado. Intuyo que querrá que olvide todo y vuelva a iniciar.

—Milady, creo que su padre estaba en lo correcto. Necesita regresar al camino.

—No quiero ser una casadera otra vez. Estoy bien sin intentar casarme.

—Mi niña, no sabemos qué le dejó dicho su padre por ese hombre, debe estar preparada. Solo tiene que saber que yo no me separaré de usted... diga lo que diga ese señor.

Wynona agarró la mano de la mujer que la acompañaba y agradeció con una tibia sonrisa.

—Eres lo único que me queda. Nunca me abandones, nana, te lo ruego...

—Solo la dejaré cuando me muera, milady...

Cuando llegaron a la propiedad, la casa parecía más invernal que el clima del campo. Los pasillos eran helados y las sombras que producían los candelabros eran aterradoras. Se oía a soledad, tristeza y muerte.

La nana le llevó una manta a Wynona para que se tapara mientras estaba sentada junto a la chimenea, acurrucada en un sillón, mirando el fuego sin perderlo de vista. No probó un solo bocado del almuerzo que le fue servido.

—Si sigue así, enfermará —reclinó la mujer con una taza de té, para que al menos eso pudiera llevarse a la boca.

—Gracias, pero no tengo hambre —rehusó al contemplar lo que le ofrecía.

—Se lo va a tomar porque se lo tomará y es mi última palabra, lady Wynona —exigió su nana.

Tuvo que agarrar la taza caliente de té, pues ya aquella buena señora perdía la paciencia con ella.

—¿No quiere bordar? He encontrado un lindo pañuelo de lino para que lo haga. Distraiga su mente, de lo contrario, no acarrearé nada bueno.

—¿Qué beneficio me traería bordar?

—Solo ocuparse en algo. El ocio hace que usted piense en cosas terribles.

Wynona se bebió el té; le resultó relajante el líquido tibio. Se durmió un poco después de acabarlo. En sus sueños vinieron imágenes confusas de su vida. No eran recuerdos, sino retazos de lo que después se convertiría en un castigo.

Al día siguiente, muy temprano en la mañana, recibieron al letrado. El caballero corpulento de altura considerable parecía ser un hombre de confianza. Quizá su padre lo tenía en alta estima.

—Lady Wynona, gracias por recibirme tan temprano. Debo partir a Londres pronto, pero no puedo hacerlo sin que usted sepa sobre lo que tengo aquí —indicó alzando su maletín.

—Buen día, señor Wellington, por favor, siéntese y dígame, ¿qué es eso que lo tiene tan apresurado?

—Milady, su padre ha dejado ciertas disposiciones para usted. Aquí tengo los papeles que semanas antes de que esta temible enfermedad lo tomara por sorpresa, fue a dictarme. Parecía que presintió que su muerte estaba muy cerca.

—Quizá, lástima que no lo haya notado yo antes...

El hombre carraspeó su garganta después de ese comentario de Wynona y procuró no perder el profesionalismo para ofrecerle sus brazos a tan bella joven. Sus cabellos eran negros como la noche más oscura, sus ojos se veían más verdes por el contraste rojo de haber llorado, sus labios rosados estaban resquebrajados por el frío y sus mejillas eran rojas por la quemazón del helado clima inglés. Era una tentadora mujer sola.

—El vizconde dispuso que su tutela fuera en forma directa a lord Michael Lumey, conde de Scarbrough, su primo lejano.

—Ni siquiera he oído hablar de él. Me temo que debe ser muy lejano.

—Al parecer, mantenía buenas relaciones con su padre. Aquí también detalla que será su administrador y le dará una pensión mensual hasta que se case. Este caballero es su tutor y encargado de conseguirle un matrimonio. Su padre establece como prioridad que se case. Me hizo escribir *matrimonio* en demasiadas ocasiones, milady.

—Mi padre sabía que no quiero casarme. No pudo haber establecido eso de ir contra mi voluntad —se quejó, molesta.

—Su padre le ha dejado una carta personal. Está sellada y firmada, quizás explica sus motivos en ese papel, yo solo soy el portador de estas noticias. Establece también que, si no se casa a los veinticinco años, se quedará con Riverton Manor, que no está vinculado al título, y tendrá el dinero que era de su dote.

Wynona sonrió al escuchar aquello. Tomaría la opción más conveniente, que era no casarse y obtener Riverton Manor.

—Lo siento mucho por mí primo lejano, pero no me casaré. Quiero quedarme aquí.

—Lo siento, milady, pero establece que usted debe vivir donde su primo lo disponga.

—¡Que tontería! —exclamó sin dilación.

—Es mejor que lea la carta y quite conclusiones de acuerdo a eso. Tanto usted como el conde de Scarbrough deben seguir al pie de la letra el

testamento, porque usted se quedará sin nada. El título volverá a la corona para ser otorgado nuevamente. Es todo lo que debía decirle, milady. Tengo que ir a Londres para encontrarme con su primo, al que cité apenas se me ha comunicado del fallecimiento de su padre.

—Le agradezco la visita. Disculpe si he sido grosera con usted en algún momento.

—No se preocupe, he visto cosas peores en otros testamentos y reacciones atroces. Presenció un asesinato...

—Oh, es un trabajo peligroso el de letrado —declaró un poco más calmada.

—Sí, pero me agrada. Ha sido un placer, lady Wynona. Espero que cumpla con lo establecido y no olvide leer la carta.

—Gracias. Que tenga buen regreso a Londres.

El caballero elegante hizo una reverencia para despedirse y se retiró con tranquilidad.

La carta que le había dejado quería abrirla, aunque suponía cada una de las palabras que estaban adentro.

Capítulo 2

El señor Wellington llegó a Londres desde Berkshire con mucha prisa. Se temía que el conde de Scarbrough hubiese llegado antes que él a su misma residencia. Para su buena fortuna, aún no estaba el citado caballero. Debía poner en orden algunas disposiciones que el vizconde dejó para quien se encargara de su hija.

A quien tanto esperó, tardó un día en llegar. Cuando le abrió la puerta, el conde tenía los hombros llenos de nieve y también el sombrero.

—Nos ha caído una tormenta en esta época, señor Wellington —

murmuró Michael. Se sobaba las manos enguantadas después de colocar su elegante bastón de paseo debajo de su brazo izquierdo.

—Sí, milord. Es peor en Berkshire, hace más frío en aquel sitio, o quizá solo sea sugestión sobre la zona en la que está ubicada Riverton Manor. Es un poco tenebroso, mucha niebla y poca visibilidad. No es un clima apropiado para sepultar a nadie.

—He recibido por la diligencia sobre el fallecimiento del vizconde de Castleton. ¿Cómo está su hija? —indagó sentándose en el sillón que le señaló el letrado.

—No he visto muchacha más sufrida y bonita que ella. Creo que tenía ciertas diferencias con el difunto.

—Sí. No conozco a lady Wynona, pero su padre me ha comentado sobre su aversión al matrimonio. Tengo entendido que la dama estaba siendo enamorada por un caballero en Londres y antes que su reputación se viera afectada, partieron para sepultar toda relación existente. Es la

preocupación de todo padre por su única hija. Nadie quiere verse envuelto en un escándalo de seducción. Desconozco si el vizconde hubo hecho algo con el hombre al que odiaba...

— *Un escándalo de seducción...* Dudo que ella fuese la seducida, ya lo notará cuando la vea. Me parece una dama intachable por donde se la mire, recatada y educada por todo lo alto.

—Llegó a salvarla de un mal hombre, aunque no creo que a su hija le haya agradado la idea. Dígame, señor Wellington, que no soy el tutor de lady Wynona Saunderson —pidió.

Recostó su figura en el espaldero de la silla.

—Siento informarle que usted fue designado. El vizconde le ha pedido expresamente que cuide de ella. Debe casarla en un plazo de cinco años, darle una mensualidad y llevarla a vivir a una casa de campo, alejado de todo. No es negociable. No puede traerla a Londres.

—¿Qué clase de designio es ese? Por algo Dios no me dio hermanas, ni siquiera primas cercanas. ¿Qué haré en el campo con una muchacha a la que debo casar? Ella debe venir a Londres.

—Las instrucciones son claras. También ha dejado una carta para usted, pidió que la leyera con atención y tomara los debidos recaudos con ella. No entiendo la razón de tanto misterio alrededor de la tutela de la muchacha. Es algo restrictivo.

—Leeré esta carta y si no me agrada lo que dice, la quemaré con mi pipa.

—Está usted en su derecho, pero le reitero que no puede dejar de hacerse cargo de la joven, no hay nadie más que pueda hacerlo.

—Tengo una hermosa propiedad llamada Sandbeck Park, puede llegar a agrardarle, sin embargo, dudo que me agrade. Soy lo más parecido a una bestia londinense, amante del ruido, de las fiestas y de la gente. No quisiera estar sin ver a nadie, porque le aseguro que esta muchacha necesitará de un ojo vigilante hasta cuando duerme —aseveró—. Míreme, señor Wellington, tengo solo treinta años, no he hecho nada con mi vida y me ha caído un terrible encargo.

—Esperemos que lady Wynona no sea un problema y que Sandbeck Park sea un lugar ideal para que viva.

Michael Lumey se fue esa tarde un poco intranquilo a su residencia de soltero en Londres. Era dueño de extensas propiedades y de castillos, pero le agradaba más la ciudad que una residencia rural. No sabía que estrechar relaciones con parientes lejanos le diera como resultado una herencia en forma de mujer. El vizconde le había buscado tiempo atrás y él no se negó a una comunicación directa. Se habían encontrado en un par de ocasiones y conversado sobre su hija. Amaba a su progenie y deseaba velar por ella. En ningún momento presintió que la muerte estuviese acechando a su pariente lejano, tampoco este le insinuó sobre dejarle con la tutela de la muchacha.

Se tomó el tiempo para leer la carta. Quedó pasmado, tieso y sin aliento.

Con el contenido solo supo que debía hacerse cargo de la muchacha y de los secretos de su

familia. Sacó del primer cajón de su escritorio un arma. Sabía que podía necesitarla en cualquier momento, no obstante, no era asiduo de ir armado a cualquier sitio.

Durante el transcurso de la fría mañana, repartió órdenes en su casa. Él tomaría su carruaje para partir rumbo a Riverton Manor y buscar a su pariente. No podía darle aquel encargo a nadie más.

Subieron al carruaje lo necesario para el viaje a Berkshire.

∞∞∞∞

Wynona había leído la carta con desazón. Su padre le develó la verdad en ese papel. Qué cruel fue al ocultarle que había muerto. Sus esperanzas estaban rotas, y sus ansias de amar y pedir perdón perecieron en aquel fuego donde arrojó el papel.

—Milady, no queda más que continuar —recomendó su dama de confianza.

—Continuar hacia un matrimonio. Mi padre lo mató, pues me hundiría en la vergüenza, te le aseguro, nana...

—Puede casarse y olvidar todo lo ocurrido. Vivirá tranquila de la mano de su primo. Su padre dijo que es digno de su confianza.

—Cualquiera es digno de su confianza, y no yo. Al menos este castigo acabó. Estoy desolada, pero al fin sé lo que ocurrió. No sería tan generoso al decirme dónde está su tumba —auguró entre sollozos.

—Es un dolor innecesario. Descanse, empezará una nueva vida en otro sitio. Riverton Manor no es un lugar para usted. Ha sido sacrificado para vivir aquí.

—Todo fue por mi causa, no hay más culpables que yo misma.

La nana colocó más leña en la chimenea de la habitación de Wynona y le dejó un té con galletas para que se alimentara. Tenía que esperar a que apareciera el pariente lejano para saber lo que decidiría sobre su patrona.

El carruaje que llevaba consigo al cansado conde de Scarbrough atravesó parte del condado para llegar al alejado y tenebroso Riverton Manor. El señor Wellington tenía toda la razón sobre lo lúgubre de sitio.

Estaba retirado de la residencia más cercana, a varias millas de distancia.

Observando las calimas, sintió la necesidad de acariciar su levita donde

estaba su pistola. Podría haber alguna cosa extraña entre aquellos pasadizos que formaban los lóbregos árboles sin hojas.

Se fijó en la distancia, en una gran residencia de grandes pilastras de lo que parecía mármol. Tenía marcas de humedad y musgos en los cimientos altos que se dejaban escutar.

Cierto alivio lo inundó al estar enfrente. Sin embargo, le pareció que estaba abandonada. Si no fuera por las palabras del letrado, no estaría confiado de que alguien habitara el caserón. Las capas de nieve que cubrían las escalinatas eran gruesas. Sus botas se hundieron hasta casi la pantorrilla.

Golpeó la puerta con fineza, aguardó paciente a que le abrieran y que, por todos los santos, no siguiera nevando o quedaría sepultado.

Un señor de edad abrió la puerta. Su mirada le resultaba inquietante, ya que lo observaba desconfiado.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo servirle? —mencionó el hombre un poco escondido detrás de un lado de la puerta.

—Estoy buscando a lady Wynona Saunderson. Mi nombre es Michael Lumey, conde de Scarbrough. Es probable que aguarde por mí.

—Sí, milord. La nana de milady ha dicho que era probable que usted enviara a alguien. Pase, por favor... —pidió el mayordomo.

—Iba a enviar a mi cochero, pero me pareció inapropiado que una dama como lady Wynona viajara sola sin el acompañamiento de un caballero. —

Entregó su sombrero y su capa.

—Milady nunca sale sin su nana. Lo anunciaré. Tome asiento mientras aguarda.

Dentro de la casa no era mejor que afuera. La chimenea estaba casi en cenizas y él se estaba congelando. Miró con interés la gran pintura de una muchacha hermosa de labios y mejillas rosadas, de ojos verdes llenos de vida y picardía, y un cabello absolutamente negro. Quedó impresionado por la belleza del retrato. Se notaba que estaba feliz y que, por supuesto, era una debutante. Se levantó del asiento donde estaba congelándose y recorrió la estancia hasta llegar a la pintura.

—Mi padre la mandó a pintar. Eran otros tiempos... —anunció la voz apagada y casi ausente de una muchacha vestida de negro.

—¡Me ha dado un susto, lady Wynona! —exclamó tragando saliva.

Estaba muy afectado por todo lo que suponía lo lúgubre de sitio. La dueña de la casa hacía juego con todo lo que había en ese condado en invierno.

—¿Asustarlo? Todos los inviernos son igual de tétricos, fríos y cansinos, milord. Ha venido con mucha celeridad. Esperaba saber de usted en meses. Ningún pariente, y menos uno lejano, desea hacerse cargo de una muchacha casadera y solitaria.

—Tenía comunicaciones permanentes con su padre y me contó sobre alguien, aunque no me dio el nombre.

—Milord, soy una carga muy pesada que no sé si está dispuesto a llevar, pero, para su tranquilidad, le digo que esa persona está muerta. Los miedos de mi padre ahora son infundados —replicó con desdén.

—Lo comprendo. No obstante, debo cumplir con llevarla a una hermosa propiedad. Sandbeck Park es un lugar que no se parece a este y, pese a que sea en invierno, se ve grácil y acogedor.

—Sé que Riverton Manor puede parecerle horrible, pero solo en invierno. El otoño lo hace ideal para pensar y reflexionar sobre muchas cosas.

—Es misteriosa, milady. ¿Le parece si partimos mañana a mi propiedad en Maltby? Queda al sur de Yorkshire.

—Debo obedecer los últimos designios de mi padre. Sin embargo, usted perderá su tiempo queriendo casarme con alguien. Se lo aseguro.

—Quizá tenga razón, pero un Lumey nunca se rinde —advirtió el joven conde.

Capítulo 3

Michael fue invitado a quedarse en Riverton Manor por riesgos de tormentas de nieve. Le dieron una habitación en el segundo piso. El aposento era fresco y casi hostil con su personalidad jovial y distendida. El mayordomo le comentó que en la recámara contigua falleció el vizconde de Castleton. Aquello le erizó la piel por el temor, o quizá pensar en que nada en ese lugar era una coincidencia aterradora. Entre paisajes lúgubres y una casa helada, no había nada bueno que pudiera ocurrirle.

A las siete debía ser servida la cena en el gran comedor que recordó haber visto junto a otras dependencias de la casa. En la medida que iba pasando a cada uno, más se convencía de que deseaba una residencia de soltero antes que un gran caserón frío y vacío. Sobre su pariente lady Wynona aún no pudo formarse una opinión que lo ayudara a que delatara cuál era el verdadero ánimo de la muchacha.

Al abandonar su dormitorio para dirigirse a la cena, sintió un poco de calidez en los pasillos. A su parecer, aquello se debía a que estaban encendidas las chimeneas de la casa, irradiando un calor que prevalecía mucho más que a su llegada.

En su ida al comedor, se desvió hacia el salón, donde fue recibido, y puso mayor atención en algunos detalles del retrato de lady Wynona. En un estudio minucioso, ajeno a la primera vista que le dio al entrar, tenía un agradable vestido rosa pálido y un listón dorado bajo el pecho. Los pendientes que colgaban de las orejas de la muchacha eran majestuosos y en forma de lágrima. Parecían estar compuestos por una serie de perlas con una piedra azul en medio. Debía tratarse de una joya valiosa de la familia Saunderson.

—Por favor, milord, pase al comedor. Milady lo está esperando —

mencionó la nana que le fue presentada después de conversar con Wynona.

—Oh, disculpe. Me distraje con las preciosas alhajas de milady en el retrato.

—Esas joyas pertenecieron a la vizcondesa, son valiosas y hermosas.

—No debe tener oportunidad de lucirlas por aquí...

—No, no las tiene. Sígame, milord —insistió la mujer.

Wynona vio entrar a su invitado al salón comedor. Michael Lumey le parecía muy amable y curioso, casi un inocente encargado para que ella volviera al mercado matrimonial sin muchas esperanzas de progreso. No creía que fuera por falta de belleza, sino del carente animo de tener que relacionarse con algún extraño.

Su padre hizo todos los movimientos posibles por casarla, pero nada resultó en Londres y mucho menos trascendería en Berkshire. Yorkshire correría con la misma suerte. Aquel caballero tenía en sus manos un objetivo difícil, prefería llamarlo de ese modo antes de decir imposible.

—Buenas noches, milord —saludó amable. Se ubicó detrás de la cabecera de la silla donde iba a sentarse—. ¿Le molesta si ocupa el lugar que mi padre acostumbraba en la mesa?

Él negó con la cabeza instintivamente.

—No, milady. Prefiero el lugar de los invitados.

—Él no vendrá a tomarlo del talón mientras duerme por ocupar su silla.

—No estaría tan seguro, pero le comunico que no tomaré ese lugar. No es por miedo, sino por respeto a mi pariente.

Ella aceptó con una inclinación de cabeza y le mostró otro asiento. El mayordomo acomodó los utensilios en el sitio designado por Wynona para el recién llegado.

—La iluminación de la casa es tenue —comentó Michael para evitar el silencio entre ambos.

La nana lo escrutaba mientras estaba parada a unos pasos y casi él podía sentir que quería susurrarle cosas al oído a su patrona para que las pudiera repetir.

—Usted me produce mucha gracia, milord. Tiene una pésima idea de Riverton Manor. En realidad, tiene la misma impresión que yo tuve la primera vez que pisé Berkshire, que también fue en el crudo invierno. Le dije que nos quedaríamos más tiempo por lo impredecible del clima. No queremos que nos coja una tormenta y terminemos pereciendo de frío en medio de la nada o en la vera de un camino poco transitado.

—No me pondría a llevarle la contraria, puesto que usted bien conoce lo que por aquí se gesta. Mentiría si dijera que no quiero estar en Sandbeck Park, pero aguardaremos pacientes el momento de salir.

Ella asintió condescendiente y le sonrió antes de continuar sorbiendo su sopa caliente. Esa comida alentaría al menos un poco a los cabizbajos ánimos del conde de Scarbrough. Reconocía que no

era la mejor compañía para alguien en ese instante, y tal vez en ningún momento llegara a serlo.

—Mis felicitaciones a la cocinera, esta sopa revive los ánimos —resaltó el joven.

—Sospechaba que esta sopa le gustaría. Fue mi favorita desde que la probé. Después de degustarla, siempre me ha quitado una sonrisa.

—¿Qué hace usted después de cenar, lady Wynona?

—Cosér o leer. No hay mucho que se pueda hacer por aquí en invierno.

Un cobertor caliente junto a la chimenea ayuda a que las piernas no se enfríen, es lo más importante en esta época del año. Hay entretenimiento pensando en cómo mantenerse caliente...

—comentó con una media sonrisa.

Michael no imaginaba que su pariente fuera una criatura con creatividad, no era eso lo que le pareció en un principio, aunque había diferencias entre la muchacha que estaba sentada cerca de él y la dama del retrato. Le empezaba a considerar enigmática y silenciosa.

—No tengo el ánimo de la lectura muy cultivado, milady. Soy lo que la sociedad denomina como un libertino. Le ruego que no se asuste, usted estará bajo mi responsabilidad y será como la hermana que nunca tuve.

—Y supongo que tampoco quiso tener. —Agarró su copa de vino—.

Los libertinos no piensan en sus hermanas ni en sus primas cuando seducen a una dama...

—No me atrevo a quitarle razón a sus palabras, pero me defiende diciendo que no seduciría a mi hermana.

—Acompañeme al salón. ¿A un libertino le agradan las veladas con un piano?

—Con una copa de brandi y un buen talento, creo que lo podría disfrutar.

Cuando acabaron con la cena, él le ofreció el brazo para guiarla al salón donde se encontraba el pianoforte en una esquina, cerca de uno de los grandes ventanales de la casa.

—¿Es diestra con el pianoforte? —indagó curioso.

Entretanto, dejaba que se sentara.

—Lo sabrá después de escucharme. No he practicado demasiado, pero no puedo dejar sin pasatiempo a mi visitante. Podrían darle pesadillas las

ramas de los árboles golpeando contra su ventana y el viento aullando en los escondrijos del techo.

—Y no olvide mencionar que es probable que imagine formas horribles con una de esas ramas moviéndose... —saturizó Michael—. Me tiene en un concepto inapropiado de cobarde, lady

Wynona.

—Eso no es verdad. Solo deseo que esté sobre aviso. Quiero que duerma tranquilo, le espera una semana completa en Riverton Manor y quizás esta sea nuestra agradable rutina.

—Espero que haya suficiente brandi...

Michael escuchó la primera nota que salió de aquel pianoforte. Era un tanto forzada, aunque, después pudo verse que Wynona era una muchacha con esa habilidad bastante desarrollada. La observó mientras ella le sonreía cada vez que lo miraba. Le resultó encantadoramente bella pese al vestido negro que la ataviaba. Qué tarea más difícil le había caído del cielo. Cuando pasara aquel periodo de duelo por su padre, volvería a ser la joven llena de color que estaba en el retrato del salón.

La nana no perdía de vista a Michael. Lo percibió apreciando a Wynona con una pose relajada de una pierna cruzada sobre la rodilla, a la vez que se llevaba la bebida a los labios con frecuencia. Notó que se sirvió el brandi varias veces antes de que fuera cerrando sus ojos y dar cabezazos.

Wynona ejecutó varias piezas seguidas. Cuando se detuvo, se giró para fijarse en su visitante.

—Creo que se ha dormido, lady Wynona —comunicó la mujer.

—¿Le pusiste algo a su brandi?

—No iba a dormirse pronto el asustadizo. Le di un poco de lo que tomaba su padre cada noche.

—Nana, no debiste hacerlo —expresó. Abandonó el pianoforte para ir a pararse frente al conde y tocar su rostro—. Milord...

Él abrió los ojos. Parecía masticar algo en su boca a la vez que miraba a su alrededor.

—Debí parecerle aburrida. —Fingió estar molesta.

—¡No, no, no! Perdón, milady. Debo estar muy cansado —se excusó con prontitud y vehemencia. Estaba muy avergonzado por haberle faltado al respeto de esa forma. Fue un insulto a su buen arte.

—No se preocupe. Vaya a descansar, lo acompañaré.

Wynona le sacó la copa con tranquilidad y le mostró el camino que debía seguir, luego reprendió a su nana con la mirada.

—Estoy sumido en la más absoluta vergüenza, lady Wynona —

mencionó Michael para disculparse.

—Es el cansancio del viaje. Le aseguro que disfrutará mucho más mañana después de la cena.

Michael asintió y pasó por la puerta que ella le abrió. Wynona entró y cerró las cortinas de la habitación.

—Que tenga buena noche, milord.

—Igual para usted, milady...

Escuchó que Wynona cerró la puerta. Se hundió en la pena de pensarse irrespetuoso, pero en verdad debía ser el cansancio. Sentía el cuerpo pesado, por lo que no dudó en quedarse dormido con lo que tenía puesto.

En el dormitorio de Wynona, su nana le preparó su ropa de cama, después se colocó detrás de ella para acicalar su cabellera oscura.

—Ese lord me da mala espina, milady. La miraba encantado cuando ejecutaba el pianoforte. Aquellos ojos libidinosos solo los tendría un caballero interesado.

—Nana, ni él ni nadie me convencerá de casarme. Lord Scarbrough no se arriesgaría a hacer una tontería con su pupila. Mi padre no me hubiera confiado a él si no lo creyese integro.

—¿Acaso es sorda? ¡Es un libertino! Y me temo que sabe más de usted de lo que cree.

—No interesa, nadie conseguirá nada. Nana, quiero que ese cuadro del salón sea arrojado al fuego el día en que nos vayamos. Mi padre ya no está.

Ese retrato no debe castigarme más.

—Milord estará en desacuerdo con esa decisión...

Capítulo 4

Wynona omitió el comentario de su nana. Nadie podría evitar que arrojara esa pintura al fuego más ardiente. Era hermosa, sin dudas que sí. Cuando la pintaron su vida era distinta. La emoción y la ilusión podían verse reflejados en sus tiernos ojos soñadores. Sus malas acciones y decisiones la llevaron al peor camino que una dama podría tomar. Nada ni nadie podía cambiar el destino que tenía en Riverton Manor; las buenas intenciones de su primo quedarían solo en eso. Agradecía el gracioso gesto de querer acogerla bajo su cuidado pese a no tener la obligación de hacerlo.

Para los días que transcurrieron —en realidad, dos desde su llegada—, Michael había sufrido por el frío. El buen trato de Wynona era lo que hacía que no pereciera entre las frazadas de la habitación sombría y helada. Era atenta y con palabras consoladoras todo el tiempo, aunque sentía un tono picaresco en sus frases. Notaba que la nana perseguía a la joven a donde fuera, evitando que se quedaran solos. Las palabras cargadas de varios significados eran reprobadas con la mirada de la mujer mayor que siempre estaba pendiente de las conversaciones que tenían.

—¿En verdad hay tanto que hacer en la costura, lady Wynona? —

indagó Michael al posar su figura frente a ella.

Él estuvo aburrido mirando en el mismo rincón todo el tiempo hacia el paisaje blanco del jardín.

—¿Y qué hay de interesante en un libro de filosofía? —cuestionó ella.

Subió sus ojos hasta los de él.

—Pregunté primero...

—Y yo le respondí con una pregunta...

—Correcto, pero no he sacado ninguna conclusión de su respuesta.

—Hay varias conclusiones. Está demasiado aburrido, milord. Coja una aguja e hilo y vea si las costuras no se vuelven a abrir con el tiempo.

—Tengo otra presunción —aseveró el conde con suspicacia.

—¿Y cuál sería esa? —preguntó un tanto jocosa.

—Que le hacen agujeros a las prendas para tener algo que hacer.

La nana en ese momento se pinchó el dedo con una aguja que estaba utilizando para hacer la costura.

—Iré por el té —mencionó la mujer antes de partir.

Metió su dedo en la boca.

—Lo llamaría ocurrente, pero noto que ha descubierto a mi nana —

replicó al observar que su nana desaparecía por el pasillo poco iluminado.

—Lo sabe y no ha reclamado, milady...

—Me mantiene ocupada. Es mejor tener la mente atareada siempre.

Uno evita pensar en sus males y sufrimientos. La nana tiene buenos propósitos. Es un poco estricta, y conmigo hay que serlo.

—Espero que no le ofenda por lo que voy a decir. Estoy al tanto de todo, su padre me lo hizo saber las veces que me visitó. Una de sus visitas fue en Yorkshire.

Wynona se sonrojó y se colocó a hacer su costura con mayor afán.

—Usted lo menciona y puedo asegurar que mi padre debe estar retorciéndose en su tumba. No vuelva a insinuar que sabe algo de mí, se lo digo por su bien... —advirtió con seriedad.

—Excúseme, milady, solo quiero su confianza. Viviremos muchos años juntos.

—No se puede confiar en un libertino.

—No debe temer de mí, jamás me acercaría a usted —atestó con resolución.

Ella asintió con vehemencia. Parecía decepcionada con aquellas palabras que él dijo con una virulencia innecesaria. La hizo sentirse menospreciada en el acto de querer apreciarla.

Michael entró en cuenta de lo que hizo y se arrepintió profundamente.

No era culpa de aquella pariente que él se pasara todas sus noches soñándola tan solo con el camisón. Se despertaba fregándose el rostro sudoroso al divagar sobre una mujer que necesitaba de su apoyo y no de sus deseos carnales y libidinosos, pero le era imposible evitar sentir una terrible atracción hacia ella. Debía orar para mantener en secreto a sus demonios.

En su propiedad de Sandbeck Park sería imposible vivir sin apreciarla a cada minuto a causa de su malsano deseo hacia ella.

La señora volvió con el té y lo sirvió a cada uno en la mano.

Michael tenía los ojos fijos en la humeante taza de té con canela.

—Se toma con la boca, milord —interrumpió la nana al verlo meditabundo.

—Comprendo. Solo lo apreciaba, huele muy bien. He reparado en que cada día es un té diferente.

—Cuando le lleguen tés iguales, sabrá que la despensa está vacía —

terció Wynona mientras sorbía su té.

—Theodor irá mañana al pueblo más cercano para las provistas, milady

—recordó su compañera.

—Esperemos que no quede atrapado. La nieve está muy alta y las ruedas del carruaje quizá no puedan moverse.

—La harina casi se ha terminado y otras provistas básicas apeligran.

Él las veía debatir con la responsabilidad del mantenimiento de la propiedad. Comenzaba a sentir que debía proteger a aquellas mujeres que estaban solas y desamparadas con un montón de viejos en aquella casa.

Podía convertirse en el esclavo de Wynona Saunderson si ella se lo pedía.

Su cordura corría peligro con rapidez en ese sitio, si bien estaría en mayor riesgo en su propiedad, donde él podría mandar sobre ella con todas sus obligaciones de tutor. Dios no lo llevara a cometer alguna necedad por su tontería de mirar a una mujer prohibida.

Después del incómodo momento del té, él se retiró a su habitación para buscar otro abrigo que le diera más calor.

—Usted dígame que lo envenene y lo haré, milady. Nadie sabrá que le puse una lagartija en el té —expresó la nana con molestia al fijarse que el conde se fue lejos para que no la escuchara.

—No te preocupes, nana. Me ha dejado claro que no podría levantar interés en un hombre como él —dijo con una sonrisa amarga en el rostro.

—Que no le importe lo que piense ese caballero. ¿Quién cree que es para despreciarla?

—¡Lo sabe todo! —exclamó apresurada—. ¿Lo ves, nana? ¿Quién me querrá? Solo Riverton Manor. Pasado el tiempo perdido, volveré aquí y moriré en mi sequía como le juré a mi padre que haría. La miseria es lo que queda para alguien como yo, por mis maldades, por mi desobediencia... Si hubiese mantenido la boca cerrada...

—Igual se iba a saber. Lady Juliette la encubrió. Las malas e impías compañías la llevaron a mal puerto, milady.

—Juliette tampoco se casó, al menos eso me dejó saber mi padre.

—Y esperemos que esa arpía jamás lo haga, nadie merece una pena tan grande.

Capítulo 5

Durante la cena, Michael fue incapaz de alinear una frase congruente.

Hacía lo de siempre; felicitar a la cocinera era algo que le salía por instinto y, sin pensarlo, quería llevársela con él.

—¿Le molestaría perder algo de su propiedad, lady Wynona? —

mencionó para hacerle conversación a su callada compañera.

—¿Qué cosa sería eso? Riverton Manor tiene muy poco.

—Tiene riqueza en la comida. Su cocinera prepara lo mejor que he comido nunca. ¿Podríamos llevarla a Sandbeck Park?

Wynona bajó la cuchara que contenía una sopa deliciosa y lo miró con picardía.

—Pero deberá volver conmigo aquí cuando hayamos perdido el tiempo con usted en su propiedad. No podría dejarla ahí, pero se la prestaré unos años porque me seguirá sirviendo.

—Insiste en esa idea de que perderé mi tiempo.

—Sí. Lo creo verdaderamente. Usted mismo dijo saberlo todo, eso resuelve el dilema de por qué no me he casado. Insistir sería inútil y hasta tonto —resaltó, avispada.

—Milady... —intervino la nana con presteza.

—Señora, deje que hable. Intenta callarla a cada minuto. Entiendo que esto que me dice se debe a mis groseras palabras de la tarde, le ruego que me excuse, milady. No he sido muy político con mis palabras. Prometo escuchar siempre sus designios y tener en cuenta sus sugerencias.

Perdóneme si la ofendí y la incomodé en su té.

—Disculpas aceptadas, milord... —aseguró sin perder de vista a su nana, que tenía ánimos de darle una sacudida. Temía que estuviera sembrando esperanzas de una aventura con el conde. Para ella, el caballero tenía una idea tergiversada sobre lo que escondía Wynona.

Michael supuso que se echó una enemiga al hombro. La nana de lady Wynona lo odiaba sin razón aparente, o quizás aquella mujer se metía

profundamente en sus pensamientos. Era de pensar que fuera una bruja por cómo lo estudiaba con la mirada. Desconfiaba de él y hasta de su propia sombra... si se ponía a juzgar la expresión del rostro de la doncella mayor.

Era evidente que reconocía a un libertino desde que lo veía entrar, lo consideraba en extremo peligroso para Wynona.

La actividad en la cena era idéntica a las noches anteriores. Había una rutina fija de encierro y un piano que solo emitía sus melodías después de las siete de la tarde.

—Tiene algunos libros de mi padre si desea leer. Apuesto lo que tengo a que se aburrirá de leer el mismo que traje.

—Que considerada. En efecto, sí, me aburrí. No soy demasiado asiduo a la lectura, pero me agrada empapar me cada tanto de conocimientos.

—Le recomendaré unas prosas desgraciadas que guardaba mi progenitor en su habitación. Hasta el día de su muerte me señaló esos libros, de seguro para que caminara con él por ese valle de muerte, pero sabía que nunca los leería...

—Prefiero algo menos luctuoso. Siento odio en sus palabras, milady.

¿Odiaba a su padre? —curioseó Michael.

Cada vez que podía, intentaba sacarle más sobre su relacionamiento con su padre. A él le pareció un caballero preocupado por el futuro incierto de su hija. Era su visión sobre la situación. Desde el punto de vista de una dama, debía ser muy diferente la percepción.

—No es rencor. Es molestia, rabia, ira... Son cosas que yo sembré. No esperaba cosechar nada diferente. Él tenía sobradas razones para sus decisiones y yo solo las acaté. Lo único cuestionable de mi padre fueron las torturas a las que me sometió.

—¿Soy digno de saber a qué tormentos se refiere?

—Dijo que deseaba algo menos angustioso. De por sí este lugar es así y como su residente, me dejo llevar por las angustias de mi casa.

Desistió por ese momento de seguir preguntando. Indagar más de lo debido podría llevar a que la relación que entablaban se volviera lejana y desconfiada.

La nana se sentó muy cerca de él, que apreciaba a Wynona con la mirada de un amante febril, ansioso de declarar sus angustiosos pesares hacia ella. Estaba seguro de que en esa semana acabaría con el brandi que tenían en la propiedad. Casi una botella por noche era su cuota para observarla.

—He escuchado al fantasma del vizconde por la noche... —resaltó la señora acercándose a él.

—¿Cree en esas cosas? —curioseó incrédulo.

—Usted parece ser más creyente que yo. —Sonrió, burlesca.

—No debería juzgarme con severidad, señora. No he sido expuesto a ciertas condiciones tan tétricas en toda mi vida.

—Eso delata que es un cobarde incapaz de hacerse responsable de milady.

—Suficiente. Me distrae. No creo en sus tonterías. Pobre de milady que debe estar durante tanto tiempo en su compañía, por eso es tan temerosa y retraída cuando está cerca.

La mujer alzó la nariz y se alejó un poco para contemplar también a Wynona. Ambos parecían en una batalla por la atención de la señora de la casa.

—Nana... —llamó Wynona desde el piano.

—Mande, milady...

—Que mañana traigan más brandi para milord. No será un mayor recorrido para nuestro lacayo.

—No debería molestarse por mí. No he venido a beber —dijo avergonzado.

—Aunque lo parece —gruñó la mujer mayor.

—Me agrada verlo menos temeroso. Disculpe a mi nana, en ocasiones es un poco áspera.

—Por esta noche es mejor que me vaya a dormir. Que tenga buena noche, milady, señora.

Michael tomó una vela que estaba a su lado y subió con ella por los escalones que crujían como un aullido. Por su experiencia con la mujer que cuidaba de Wynona, aseguró que ella lo consideraba inepto en su totalidad.

Quizá fuera causa de su indisciplina en la juventud, pero no era miedoso, sino más bien cauto.

Wynona cerró la tapa del piano con brusquedad y recogió el brandi que dejó el conde para bebérselo.

—Le recomiendo que no se lo beba, milady —comunicó al notar que se llevó la copa a la boca.

—¿Lo envenenaste?

—¡No!

—Entonces, me lo tomaré.

Ella sorbió la bebida en un solo trago y se sirvió un poco más.

—¿Ahora le gustará el alcohol, milady?

—¿Más defectos? ¿A quién le importa?

—Milord pensará que será más fácil aprovecharse de usted si es asidua a la bebida. No le dé pies a esas inclinaciones. Sé que a usted le agrada el conde, pero él es un vividor que jugará con usted... tal como el otro. Así como lo ve, parece una criatura angelical, pero es el mismísimo diablo de la tentación. Esta vez no, milady. Estoy aquí y evitaré que arroje su segunda oportunidad por la ventana. Recuerde, a este lo debe mantener a una distancia prudente. Muchas sonrisas podrían significar una invitación al desastre.

∞∞∞∞

La puerta de la habitación donde descansaba Michael se abrió y dio paso a la esbelta y blanca figura de lady Wynona Saunderson, que iba ataviada con un camisón blanco y una negra trenza sobre su hombro izquierdo. Se sentó en la cama y le acarició el rostro.

—¡Lady Wynona! —exclamó asustado.

Ella le colocó un dedo sobre la boca.

—Le pido que no grite. Necesitaba acercarme a usted sin mi nana. Debo decirle que desfallezco de deseos por usted. He visto cómo me mira y no pude ser indiferente a mis sentimientos...

—Pero, milady...

—No hable —mandó agarrándolo de las mejillas para acercarlo a sus labios.

Al momento en que iba a ser besado, sintió que alguien lo estiraba de la pierna. Despertó de su sueño con Wynona e intentó liberarse de ese agarre.

Gritó del susto que le provocó no ver nada en medio de la noche. No distinguía a su agresor que lo tenía sujeto.

De repente, se soltó y pudo levantarse de la cama. La puerta se abrió y lady Wynona se presentó con una vela.

—¿Qué ocurre?! —exclamó apresurada.

—¡Algo me cogió de la pierna! —replicó asustado.

—¿No habrá soñado, milord?

—Le aseguré que estaba soñando antes de despertar a esta realidad.

—Milord, está muy afectado por esto. Su vida está cambiando y me da pesar que sea yo la causante de su momentánea demencia...

—¿Demencia? Su nana es la culpable.

—Dudo que mi nana sea capaz de entrar bajo una cama para cogerlo de un pie.

Él negó con la cabeza y se decidió a abandonar la habitación llevándose consigo la manta y una almohada. Nada le haría dormir una noche sentado junto a la chimenea del salón. Muchas veces había dormido en un carruaje y era menos cómodo que un sillón.

Capítulo 6

Le costó conciliar el sueño con los pies entumecidos, aunque al fin de cuentas lo logró. El mullido sillón del salón, la chimenea crepitante y dos mantas, pudieron hacer posible un sueño menos sufrido. Wynona se quedó recostada en el otro sillón de enfrente, pues se sentía culpable por la probable demencia de su tutor.

—Milady, debe ir a dormir a su habitación. Milord ha dejado de castañear los dientes —anunció la nana.

—Es por tu causa, sin dudas has sido tú. Le pusiste algo extraño en la bebida, luego te metiste a su habitación, lo tomaste de los pies y aquí está, durmiendo acurrucado —acusó Wynona sin perderlo de vista.

—¿Cómo haría para tomarlo de los pies? Estoy vieja, no quepo bajo su cama.

—Hay escondrijos en esta casa que bien puedes usar para el mal. Tiene buenos fines, satanizarlo no va a hacer que el tiempo pase más rápido.

Nuestra convivencia debe ser la mejor.

—Solo espero que no le agrade demasiado el hombre, no me da buena espina, es un perverso.

—Para que sea eso que dices, debo serle agradada, pero con lo que sabe sobre mí, es suficiente para espantarlo.

—No se enamore de un caballero como este, es un inútil. Mírelo, acurrucado como un cobarde...

—Suficiente. Vete a dormir.

—No la dejaré aquí con él.

—Acomódate entonces.

La vieja doncella fue a buscar sus mantas para hacerle compañía a Wynona. El susto para el conde de Scarbrough le había salido muy mal. Su patrona tenía al truhan en alta estima y más de la

aconsejable para el lazo con un tutor.

Cuando Michael abrió los ojos, percibió que no estaba solo, sino que había dormido en un salón con dos mujeres. No sospechó que Wynona se quedaría junto a él en la fría estancia. No debía pensar que aquella era una señal de interés de ella en él, sino que era un alma noble y preocupada por la salud de su visitante. Después del sueño que tuvo antes de ser atacado, sospechaba que no podría vivir solo con ella en Sandbeck Park. Corría el riesgo de perder la cordura, si es que no la había perdido en aquel sitio.

—Lady Wynona, despierte —pidió sobándole un brazo.

Ella apenas abrió los ojos e irguió su figura para sentarse en el sillón.

—¿Cómo ha pasado la noche? —indagó con una serena boqueada.

—Supongo que igual de cómodo que usted.

La nana se levantó, recogió sus mantas y las de Wynona. Observó con recelo a Michael y se retiró a las habitaciones. Había mucho movimiento en la casa como para que el hombre se aprovechara de ella.

—Su nana es igual de enigmática que usted —musitó agarrando sus mantas.

—¿Enigmática? No hay nada incomprensible o misterioso aquí. Debió ser mi nana que quiso asustarlo la noche pasada. Lo tiene en poca estima.

Le he dicho que no conviene estar en malos términos con quien nos mantendrá, pero ella no entiende. Discúlpela, es antojadiza.

—Mi buena salud la perdona si fue ella. Si fue el fantasma de su padre, espero que esos tirones hayan sido una felicitación por mi buena obra de estar aquí.

Ella sonrió antes de darle la espalda para que caminaran juntos hacia la planta superior de la residencia. Debían cambiarse para el día. Tomarían la misma rutina, salvo que la diferencia con los días anteriores era que alguien iría por las provistas que hacían falta.

El día no parecía tan lúgubre, no obstante, algunas nubes grises anunciaban que una tormenta los cubriría aún más de nieve.

Una vez que la suposición se volvió evidente, la preocupación por la tardanza del lacayo se hizo presente en Wynona.

—Iré por él —dijo ella. Corrió la cortina de la ventana por la que contemplaba el camino cubierto de nieve.

—¿De ninguna manera! —chilló la doncella que la acompañaba—. Es un lacayo, milady, sabe qué hacer.

—Ha ido en la mañana y no ha vuelto hasta esta hora...

—Los caminos deben estar cubiertos de nieve o alguna rueda debió quedar atascada —comentó Michael a la muchacha de postura retraída y preocupada.

—Yo sé qué hacer. Mi padre lo ha hecho muchas veces, ha salido a buscar a su gente.

—Usted no es su padre. Es el trabajo de un hombre —intentó persuadirla el conde.

—Mi padre ya no está y soy una mujer soltera y capaz, milord —se defendió Wynona.

—Para ocuparme de usted... estoy aquí. No tema, iré yo por el lacayo.

—¡No! —Lo agarró brazo—. No se ha casado ni tiene herederos para arriesgarse de esa forma.

—¿Piensa que me voy a morir? Oiga, lady Wynona, no soy tan mentecato. Confié en mí, pues, de hecho, su futuro está en mis manos.

—Lo acompañaré —insistió.

—He dicho que no, milady. No insista —avisó antes de abandonar el salón para tomar su capa, la cual estaba en su habitación.

Wynona corrió apresurada levantando su vestido para alcanzarlo.

—¡No quiero que vaya a ponerse en peligro! —expresó. Sostuvo la puerta de la estancia donde se encontraban.

—Y yo no voy a permitir que usted haga una tontería saliendo de aquí.

Ahora quítese.

—Me importa, y no quiero que le suceda nada —refirió con las manos en el pecho.

Él tomó ambas manos de Wynona y se las llevó a los labios.

—Usted me concierne más de lo debido. Regresaré con bien... —

aseveró acariciando aquellas manos que había besado antes sin el consentimiento de la nana.

Para Michael, tan solo tocarla era un placer inexplicable. En poco tiempo estaría arrastrado por ella si no tomaba sus recaudos y distancia. Las palabras que le dijo no podían pasar desapercibidas por sus deseos, aquello era darle pie a su angustiada estadía en Riverton Manor.

Wynona vio al conde subiendo a su caballo. Tenía un sombrero que cubría su rubia y encrespada cabellera, el mismo se llenaba de aguanieve en la parte superior. Temía por su lacayo y por Michael, que no conocía los caminos y era probable que terminase perdido. Ante esos atiborrados pensamientos, buscó su capa para seguir al caballero.

Cuando bajó lista para partir, él se había ido. Con el corazón palpitante por el temor, corrió hacia las caballerizas y cogió de las riendas al primer caballo que encontró.

—¡Lady Wynona, no irá a ningún sitio! —advirtió su nana con molestia observándola subir al lomo del animal.

—¿Crees que me escaparé? Iré a buscar al conde de Scarbrough. No conoce el lugar, se perderá.

—Tanto interés en un truhan no es bueno, milady. Déjelo morir en la nieve.

—No lo haré. Además, nana, es conveniente que te lleves de maravillas con él, porque te pagará por estar conmigo. Sé amable.

Por primera vez en mucho tiempo y pese al frío que los azotaba, se sintió libre. La prisión se alejaba y ella cabalgaba hacia la libertad. Siguió las pisadas del caballo de Michael, que iba lento por no conocer como su mano el camino.

Él escuchó el relinchar de un caballo. No dudó en llevarse la mano a la levita para sacar el arma que tenía.

—¡Milord! —gritó la voz de su futura residente de Sandbeck Park.

—¡¿Qué hace aquí?!

—No quiero que se pierda —replicó agitada. El vapor de su respiración era tanto que le dificultaba mirar al rubio caballero de ojos azules y mejillas quemadas por el frío—. No conoce el camino.

—No hay muchos caminos para llegar a su residencia. Este es el único más transitable. Regrese, estaré bien...

—No me envíe de vuelta. Quiero mucho a mi nana, pero es suficiente.

Por ahora prefiero su compañía.

Capítulo 7

A Michael no le quedó más opción que seguir a su preocupada anfitriona.

Para suerte de ambos, el carruaje estaba con las ruedas casi enterradas.

—¡Es el carruaje! —anunció Wynona.

—Veo que el lacayo está intentando descubrir la razón del atascamiento —dilucidó Michael—. Su lacayo está bien y usted está aquí exponiéndose a alguna enfermedad.

—Al igual que usted. —expresó orgullosa—. ¡Theodor!

El hombre escuchó su nombre y quitó sus cabellos, que se le habían ido a la cara por el esfuerzo de querer que la rueda saliera del hoyo en que se metió.

—¡Disculpe la tardanza, milady! —exclamó apresurado y acercándose a ella.

—Estaba preocupada por si algo le ocurriera.

—No, milady. No pude ver por tanta nieve y una de las ruedas está atorada con algo.

Michael se bajó del caballo y caminó hasta el lacayo. El señor del servicio le hizo una reverencia y lo miró, avergonzado.

—Perdóneme, milord.

—No hay nada que perdonar. Milady se preocupa por su gente, es una excelente patrona. Lo ayudaré con la rueda, un solo caballo difícilmente puede ayudarlo para sacarla. Pondremos al caballo que traje como un tiro más y lo jalamos con fuerza, esperemos no romper la rueda. Usted, lady Wynona, regrese...

—Voy a ayudarlos.

—No. ¿Es siempre tan terca?

—Sí. Por esa razón estoy en Riverton Manor —discutió queriendo bajar del caballo, pero Michael la señaló y aquello parecía ser irrefutable.

—Bajará después... si todo resulta como deseamos.

Ella acató y quedó mirando sobre el caballo a cada lado del camino.

Estaba desierto.

Michael puso en marcha su idea de colocar otro caballo. Era incomprendible cómo había hecho el hombre para salir a buscar víveres con tan solo un caballo que llevara la carga de las bolsas de tela. Por curiosidad miró dentro del carruaje y aquel estaba lleno de provistas que eran imposibles de llevar con una bestia.

Al levantar la vista de la carga, la figura que parecía ser la de un varón, estaba detrás de un árbol, y al percatarse de que fue visto, se echó a correr entre la nieve.

—¡Oiga! —gritó Michael.

Intentó también correr, pero la nieve era profunda.

—¿Qué ocurre? —inquirió Wynona, confundida por el grito.

—Un hombre nos estaba mirando, presumo que quería robarse las provistas para su residencia, milady. He aquí una de las razones para que no saliera. Es un peligro, debemos irnos pronto.

Wynona, al notar las preocupadas y alteradas facciones del conde, tomó razón de que quizá fuera un campamento de gitanos el que estaba cerca. Se alteró al pensar en que podían ser atacados por aquellos salvajes.

Una vez que azuzaron a los caballos, la rueda emergió de la nieve.

Estaban contentos del resultado de la arriesgada idea. Faltaba probar si podían ir los caballos en aquella espesura.

Cuando Michael se cercioró que podrían, se acercó a Wynona para ayudarla a descender.

—Se irá en el carruaje y yo me llevaré su caballo —sentenció sin ánimos de ser discutido—. Hágalo por mi tranquilidad si no le importa la suya.

—De acuerdo, lo haré —aceptó sin rechistar. No quería torturarlo más, ya que sabía que la nana lo haría sufrir al llegar a la casa.

Contempló por la ventana del carruaje si Michael iba con bien detrás de ella y su lacayo. La inquietante presencia de alguien que los acechaba estaba fija en su cabeza.

Mientras tanto, él cuidaba la espalda del carruaje. Con una mano sujetaba las riendas de su caballo y la otra estaba fija en su levita, acariciando su arma. Sospechaba que tal vez algunas cosas no fueran solo ilusiones de su mente. Lo de la noche anterior pudo haber sido un gitano

que se metió a la casa y quería tomar posesiones de Wynona, sabiendo que estaba desprotegida sin la figura de un caballero que la respaldara.

Ella le advirtió sobre lo tormentoso del invierno en Riverton Manor. Se quejó sobre la propiedad que adquirió su padre, que era tan fría y lejana.

Tenía vecinos a varias millas, que solo habían escuchado hablar sobre ella y otros que la vieron en pocas ocasiones. Sus idas al pueblo más cercano eran escasas porque su padre no quería que la vieran, reconocieran y comentaran sobre ella.

Sintió que Wynona le contó aquellos hechos y sentimientos en confidencia. Su nana era íntima amiga suya, pero seguía las órdenes de su progenitor. En cambio, él era ajeno a todo. Aunque en ocasiones le parecía irónica en sus conversaciones con él y en otras le parecía sincera y agobiada.

La observó sacando la cabeza del carruaje para distinguir si aún estaba detrás de ellos. Por un instante quitó su mano de su levita y le hizo una inclinación educada para tranquilizarla, pero más bien llegaba a la conclusión que quien debía tranquilizarse era él.

No estaba en la cacería de una mujer, ni como amante ni esposa. Era consciente de que lady Wynona le resultaba más interesante y atractiva de lo que debería trascender en una pupila. Deseaba que con los días su interés por ella fuera mermando, sin embargo, notaba que la dama no era indiferente, al menos en la amabilidad hacia él. Su preocupación y sus palabras no pasaban desapercibidas para un codicioso caballero que anhelaba la compañía de esa fémica.

Cuando llegaron a Riverton Manor, los demás lacayos de edad ayudaron a bajar las provistas, al igual que la nana y el cochero de Michael.

—Milady, deberían retirar a estos lacayos, están muy ajados para el trabajo —recomendó él, quien estaba sentado en el sillón en el que durmió.

—Hay una razón para que los sirvientes tengan esa edad...

—¿Y cuál es?

—Se supone que usted lo sabe. Ellos saben guardar secretos, no como los más jóvenes que pueden saltar de patrón en patrón ¿A estos quién los tomaría? Es trabajo y dinero a cambio de silencio y fidelidad. Ninguno de ellos hablará de nada de lo que pudo escuchar o ver aquí —resaltó con tristeza.

—No todo está perdido ni fue tan grave. Usted era joven e ingenua.

—Para caer en el encanto de un libertino no hay que ser joven, sino ingenua. En fin, veo que mi padre se ahorró unos detalles importantes de la historia con usted y me alegra que así sea, de lo contrario, no pensaría de la misma forma si supiera cómo ocurrieron las cosas —comentó Wynona.

—En algún momento me contará lo que ocurrió, quizá cuando tenga más confianza en mí.

—Le tengo confianza, pero mi nana no, y es suficiente para que nuestro relacionamiento sea un tanto difícil.

—Esa señora es una arpía.

—Que cuida de mí, no lo olvide y trátela bien. Le hago el pedido también a usted, que es más entendido y menos caprichoso que una señora de edad.

—Por usted prometo lo que sea, incluso soportar a su nana. Cumpliré sus pedidos.

—Se lo agradezco. Tenga paciencia, pronto nos iremos de Riverton Manor. Espero que Sandbeck Park sea un lugar feliz.

∞∞∞∞

Estuvieron cuatro días más en aquel lugar.

Michael añoraba irse de aquella propiedad. Unas noches atrás, escuchó lo que parecían silbidos al costado de la casa. Se levantó de la cama y corrió la cortina que cubría la ventana. Se llevó un gran susto al divisar una rama golpeando su cristal. La noche era oscura y no le permitió observar más allá de la rama. Dentro de la vivienda, el sonido de una puerta abriéndose y una aparente discusión entre Wynona y su nana, llamaron su atención. Las palabras eran inentendibles, aunque el tono delataba un intento de convencer a la muchacha de algo. Al final, la nana pareció conseguir su objetivo y escuchó sus apresuradas pisadas pasando frente a su puerta.

Sucesos verdaderamente escalofriantes se gestaban en su nariz. Aquel día en que la nieve dejó de caer, no dudó en tomar sus pertenencias y las de Wynona y partir rumbo a Sandbeck Park. Dejaría atrás lo lúgubre de esa casa, al fantasma que lo tomó del pie, al extraño hombre que los espiaba y al silbido de medianoche.

—Me alegra irnos, milord —resaltó Wynona mientras subía al carruaje.

—Cuando llegué, no quería partir —recordó tomando su mano para ayudarla.

—No sabía que usted me convencería. Deseo ir a donde usted vaya —

contestó. Se sonrojó después de decirlo.

Su nana la miró con reproche por haber dicho aquello.

Sabía que Wynona se revelaba, que había dejado de ser la criatura esclavizada y torturada de tiempo atrás. Deseaba de corazón que no entregara sus sentimientos a alguien equivocado como ella pensaba que era el conde.

Capítulo 8

Cuando ambos pensaron que todo estaba listo para partir, Michael recordó que dejó sus libros en el salón. Asimismo, Wynona olvidó que abandonó algunos libros que se quería llevar. Bajaron del carruaje e ingresaron a la residencia. Wynona subió a la habitación que perteneció a su padre; Michael agarró los libros de una pequeña mesa y pasó por el salón donde estaba la pintura de Wynona.

—¿Dónde está la pintura? —inquirió en voz alta.

Buscó por los rincones del salón y no se encontraba. En el carruaje que llevaría las pertenencias de la muchacha tampoco se hallaba, pues no recordaba haberla visto. Se acercó hasta la cocina y observó que uno de los viejos criados tenía un hacha en la mano. Siguió al lacayo por curiosidad. El hombre se paró junto al tronco donde cortaban la leña, pero no había fajina que cortar, sino que, en su lugar, estaba el hermoso cuadro de su bella residente.

—¡Oiga! —exclamó apresurado—. ¿Qué cree que está haciendo con la pintura de milady?

—Ella pidió que se destruyera, milord.

—¡Es ridículo e insensato lo que dice! Suba ese retrato al carruaje, me lo llevaré.

—Pero, milord...

—Mando aquí y en cualquier otro sitio donde pueda estar lady Wynona.

Debe obedecerme, inclusive sobre las órdenes de ella.

El lacayo, asustado, obedeció a su nuevo señor y colocó el cuadro en donde mandó. Michael personalmente lo supervisó.

Wynona volvió con un lote interesante de libros en brazos.

—¿Está bien, milord? Llevo estos libros por si le interesan. Yo con sinceridad no los apreciaría. Como le dije, mi padre me los señaló antes de morir, pero no los quiero. Ansío que su biblioteca

sea grande para darles un nuevo hogar.

—Sin dudas me aburriré en el campo. Necesitaré muchos libros, y estos son bienvenidos. De hecho, me leeré algunos hasta llegar a Maltby.

Volvieron a subir juntos al carruaje, sentándose uno frente al otro. Los lacayos se encargaron de colocar una buena cantidad de carbón para que se mantuvieran calientes gran parte del viaje. Wynona tomó un libro que su nana tenía en sus manos, lo abrió y comenzó su lectura. Sin embargo, varias millas después, ella terminó dormida.

La nana le quitó el libro y cubrió su figura con una manta. Michael estuvo concentrado en uno de los libros del difunto vizconde. Le resultó interesante; cuando iba a comentarlo con su acompañante, se dio cuenta de que la misma era presa del sueño. No pudo más que apreciar su belleza. Se preguntó en qué estuvo pensando lady Wynona para querer deshacerse de esa pintura tan hermosa. Hubiese sido un sacrilegio dejar que la destrozaran a hachazos y la convirtieran en leña. Él tampoco comprendía la razón por la cual aquel cuadro viajaba a Sandbeck Park. ¿En qué lugar la colocaría?

Sería insano tenerla en su habitación para apreciarla, teniendo a la muchacha a su lado. Era risible, burlesco para cualquiera, pero al menos a ese retrato podría hablarle y decirle lo que pensaba sobre ella.

—Deje de mirar a milady. Si de mí dependiera, ni usted ni nadie se haría cargo de ella — reprochó la mujer.

—Usted está aquí por pedido de ella, no por gusto mío, señora.

Deberíamos mantener el respeto y la distancia por la salud de milady.

—Aléjese de milady. Es una advertencia, tiene quien la cuide en este momento.

—No soy el hombre que la sedujo.

—Pero es un hombre igual a él. Tan despreciable, sucio y libertino.

Ninguno es digno de la confianza de una muchacha como ella, que pecó de inocente y fue llevada al abismo por las malas compañías.

—Exagera, mujer. Nada es tan grave para hablar de esa forma. Milady estará segura de cualquiera en mi propiedad.

—Con usted cerca, lo dudo. Es un zorro cuidando los huevos de una gallina... no tarda en comerse los huevos y a la gallina. Cederá ante sus carnalidades y querrá tomar a quien esté bajo su techo.

—Quédese tranquila, que, con usted, al menos no desataré mi lascivia

—escupió molesto.

Michael ubicó su libro en el rostro para evitar mirar a la mujer despierta con la que compartía el

carruaje. Tendría una vida difícil junto a esas dos

damas. Cuando Wynona despertó era de noche, y el dormido en ese caso era el conde.

—Se ve cansado, nana. Quítale el libro, está en su rostro —mandó somnolienta.

—Que muera asfixiado por el libro, nos haría un favor el grosero este

—gruñó sin obedecer a Wynona.

—Yo no quiero que sucumba. Me parece agradable, simpático y...

—Es un seductor. Mire su melena rubia y coqueta.

—Es muy bonita.

—¡Milady!

—Admítelo, tiene elegantes facciones. Se nota en su sangre la aristocracia pura y que tiene más de veinticinco años. Soltero empedernido.

Se casará cuando deba cumplir sus obligaciones y jamás querrá a su esposa, a la que verá como una obligación. Buscará mujerzuelas y vivirá su vida como mi padre...

—Milady...

—No intentes defenderlo. Metía suripantas a la casa de Londres, yo las vi. Mi madre era una molestia y yo también. La culpaba de inútil por no haberle dado hijos varones, solo yo.

Su nana no pudo defender al difunto. Lady Wynona estaba muy dolida por su destino y sus desgracias. Dejó de contemplar a Michael con el rostro de afecto que sentía por él. No era correcto enamorarse del único hombre que se había acercado a ella en términos correctos. Él era un caballero prohibido, cuyo nombre podía verse afectado si se sabía que era su tutor.

Solo faltaba que la cadena del silencio se cortara y todo saliera a la luz para que Michael cambiara la imagen que tenía de ella. La dama enigmática dejaría de serlo para mostrarle la podredumbre que era su pasado.

El carruaje paró en la noche para colocar más carbón. A Michael lo despertó el castaño de sus dientes por tener los pies helados. Sufría con sus pies fríos incluso en el verano. Corrió la cortina y miró en medio de la noche por si reconocía el lugar donde estaba, pero estaba muy oscuro.

Cuando el calor retornó a su cuerpo, vio que su libro se encontraba en las manos de Wynona.

Enloquecería si continuaba viendo oportunidades cerca de él. Ella carecía de la indiferencia de una dama desinteresada y eso no podía seguir pasándolo por alto. Poco más de una semana estuvo en Riverton Manor,

dejándose seducir por las palabras y la astucia de una muchacha de la que debía cuidar de los

demás y, en ese momento, también de él mismo.

Cuando llegaron a Maltby, estaba cubierto de un paisaje invernal, aunque mucho más agradable que del condado de donde iba lady Wynona.

—Yorkshire es bonito. No dejes de darle la razón de que Riverton Manor era un lugar muy lúgubre —comentó Wynona.

—Solo lo ve en invierno aún, pero la primavera será igual de bella que su sonrisa, milady.

Ella se sonrojó ante la estricta mirada de su nana, que no dejaba de mirar al joven conde con desprecio.

—A varias millas se encuentra la antigua Abadía de Roche, la cual perteneció a unos monjes cistercienses. Le contaré que Sandbeck Park ha sido recientemente renovada. Perteneció a su familia en algún momento de la historia. ¿Lo sabía, lady Wynona?

—Lo ignoraba por completo. No puedo más con mis ansias de ver Sandbeck Park.

—Estamos muy cerca de llegar...

Tiempo después, alcanzaron la propiedad de Michael.

Lady Wynona reconoció la piedra caliza en las paredes de aquella hermosa residencia de campo. Michael escudriñó el rostro de su acompañante y estaba deslumbrada mirando el sitio.

—Y le falta ver el techo de pizarra Westmorland. Oh, no le he mencionado los dos lagos de la propiedad. Hay un parque con zonas cultivables. Quedará con este sitio. Ahora no creo que pueda verlo todo por el cansancio, pero lo verá después.

—Tendré muchos años para ver todo lo que este lugar ofrece —resaltó maravillada al observar la casa de hermosos pilares. Era enorme, no parecía una casa de campo, sino una mansión elegante.

—Sí, usted es la nueva residente de Sandbeck Park, mi estimada lady Wynona.

Capítulo 9

Wynona y su nana observaron la majestuosa residencia del conde. Podía distinguir que en la primavera aquel lugar sería hermoso; tenía una gran variedad de árboles alrededor y arbustos que debían, en un futuro, convertirse en bellos jardines.

Aún con el frío, ella podía sentir que amaba Sandbeck Park. No había punto de comparación entre Riverton Manor y aquella residencia de Yorkshire. Sería desaconsejado siquiera pronunciar algún elogio para su antigua residencia.

Aseguraba años de felicidad en ese sitio, su pena más grande sería dejarlo para volver a Riverton Manor porque era evidente que no se casaría y si lo hacía, las consecuencias serían dolorosas.

—¿Quiere mirar adentro? —indagó Michael con curiosidad. Ostentó su casa, que había

impresionado a las damas que iban con él.

—Por supuesto. Que propiedad tan magnífica, la imagino en primavera... —comentó animada.

—Es un desfile de colores, milady. Estará aquí todas las primaveras que desee darme en su selecta compañía —concedió tomando la mano de Wynona.

La nana estaba al borde del sofoco. Sus sospechas sobre los intentos de seducción del caballero eran evidentes, demasiado llamativas y hasta alevosas. Quería aprovecharse de la pésima reputación que el padre de la muchacha le había dado frente a un extraño.

Michael, al darse cuenta de su arrebato por tocar a Wynona, retiró su mano con delicadeza. Mientras tanto, ella con su otra mano acariciaba los rastros de aquel contacto.

El silencio se echó sobre ellos antes de bajar del carruaje.

Wynona sintió que su doncella la tomó del codo para acercarse a ella.

Presumía que estaba molesta por lo que hizo el conde. Esa libertad era indebida y lo sabía, pero le agradaban sus atenciones hacia ella. En

ocasiones olvidaba que era un libertino al igual que el hombre que hundió su reputación por su propia culpa. Si tan solo no hubiera dado pie a encontrarse, estaría felizmente casada.

Quería olvidar que no fue la niña que su padre le inculcó que fuera, sino que quiso comprobar lo que le había dicho la mala semilla de Juliette.

—Veo que tiene al canario en la jaula, señora. Pasen adentro —pidió Michael haciéndole comprender a la nana de Wynona que entendió lo que significaba su poco sutil movimiento para dejarlo sin oportunidad de tomarla del brazo.

Ambas asintieron y pasaron, no sin antes fijarse en las escalinatas con balaustrada de los dos lados de la entrada. Las pilastras eran largas y sostenían en el frente una forma de triángulo.

Ella tocó los ladrillos mientras subía para entrar por las puertas que estaban abiertas. Cuando estaban en el enorme recibidor, donde podían escucharse los ecos, Michael le sonrió.

—Lady Wynona, usted es la señora de esta casa. Puede mandar, hacer y deshacer lo que le plazca. Imagino que prefiere conocer sus aposentos antes de seguir dando una mirada a la residencia. Es muy extensa, tardaríamos demasiado y yo también estoy muy cansado...

—Sí, por supuesto —aceptó por complacerlo.

—Las acompañaré para que conozca en donde dormirá.

Las escaleras eran anchas con una balaustrada dorada. Hasta ese momento nada le era desagradable en la casa, quizá fuera la extraña sensación de transitar un inusitado camino que no pensó jamás atravesar.

Fueron hacia una de las alas donde se encontraban las habitaciones del conde y la condesa de Scarbrough. Michael pensó en un primer instante instalarla en los aposentos de la condesa, sin embargo, era inexcusablemente inapropiado. No solo sus lacayos pensarían que había llevado a una suripanta, sino que era probable que la muchacha presumiese una segunda intención que lo dejaría en mala posición para una explicación.

La puerta de comunicación entre su dormitorio y el de ella... era injustificable. Entonces, pidió que le acomodaran el cuarto más amplio y, para su buena fortuna, se encontraba al lado de la recámara de la condesa.

Tendría a lady Wynona a la vista, con excusas o sin ellas, para contemplarla.

—La cama es amplia —expresó Wynona al observar con interés la cama con dosel.

—Goce de la marquetería y las maderas exóticas, milady.

—Sí ¿Y esa silla Windsor?

—Es una propiedad de campo, no puede faltar algo tan popular aquí...

—resaltó.

Posó su mano detrás de la espalda para moverse de frente y hacia atrás con el ánimo de resaltar su viveza.

—He visto otros muebles extraños, no como los de Riverton Manor o mi casa de Londres.

—Dios nos libre de que este paraíso se parezca a ese infierno, milady.

Me disculpa el término, pero comprende las razones.

—Y usted comprende las mías, supongo —dijo antes de abrir el coqueto armario que estaba frente a ella en una de las alejadas paredes.

Con muebles tan ornamentales y funcionales, la habitación tenía la sensación de amplitud que no sentía en su antigua morada. En aquel lugar podía sentirse libre.

Un par de lacayos con impecables libreas, entraron a la habitación para dejar sus pesados baúles y que la nana de Wynona se encargara de poner cada cosa en su lugar.

—Las dejaremos acomodarse. La cena es como en su casa: a las siete.

La espero —resaltó echándole a la dama una última mirada antes de salir con sus criados.

Ella le sonrió y se giró para mirar de nuevo el dormitorio. Su sonrisa se desvaneció al ver a su nana con el rostro apático que la caracterizaba cuando estaba molesta.

—Déjeme recordarle que usted ni es la señora de esta casa, ni hace o deshace nada. Que me aspen en el infierno si esta vez no cumplo con mi deber. Ese caballero quiere seducirla con tantos lujos y

palabras que a todas las damas les gustan, milady.

—Esperaba que alguien me sedujera con eso que dices, pero no fue así, fui más fácil que pensar en las ambiciones propias de una casadera. Me arrepiento de no haberme cuidado más, tal vez conocía milord en otro tiempo. Ser la señora de Sandbeck Park es un sueño que cualquiera puede desear. No lo digo solo por haber visto la propiedad, sino por él.

La señora suavizó su rostro y se acercó para acariciar los antebrazos de Wynona.

—Oh, lo siento tanto, milady. Lamento que no haya tenido estos pensamientos dos años atrás.

—Los tuve toda la vida, pero Juliette... No puedo culparle de mi desgracia, algunas salían bien y, otras como yo, muy mal. Esto me perseguirá por siempre...

—Y más con ese hombre. Le dije que la estaba traicionando al aceptar dinero de su padre para hacer lo contrario a lo que usted pedía. Esperemos que no llegue hasta aquí.

—Es cierto. No tengo dinero para pagar por su silencio, si desea hablar no podré impedirlo. No tengo cómo explicar si le pido monedas al conde.

—Estimo que milord le dará una asignación. No es su prisionera.

—No sé qué estableció mi padre para mí. Después de muerto sigue dirigiendo mi vida. Con mis errores han sido suficientes mis sufrimientos y él puso cargas más duras sobre mi hombro, pero me hice más fuerte, aunque no podré enmendarme jamás.

Michael, después de dejar a las mujeres en la habitación, se dirigió a uno de los lacayos con discreción.

—Hay una pintura en el carruaje donde vienen nuestras pertenencias.

Quiero que ese cuadro esté en mi habitación. Ruego que milady no lo vea.

Esta encomienda la harás después de que ella se duerma.

—Sí, milord. Hay una pila de libros en el carruaje donde llegó con milady.

—Esos libros son para mí, me los regaló.

—¿Irán a su biblioteca?

—Llévalos a mi habitación...

El lacayo realizó una reverencia y se retiró para cumplir con los encargos que se podían en ese entonces, el resto lo haría apoyado por el silencio del sueño de la nueva residente de Sandbeck Park.

En su recámara, se recostó para disfrutar de un cómodo y merecido descanso. No era lo mismo estar en territorio hostil que con una persona hostil como era la nana de Wynona. No la culpaba en

absoluto, solo que le molestaba que le prohibiera con tan poca fineza acercarse a la muchacha.

Aunque era mejor mantener su distancia, pues lo que acababa de hacer al pedir el retrato dentro de su habitación no era más que la señal clara de su pérdida de buen juicio. Al menos que si no lo perdió, estaba muy nublado por ella.

No conoció a una mujer de su talento, su hablar y ni qué decir de su belleza. Comía en ansias por ir a cenar junto a ella y regocijarse en las impresiones que la joven tenía de la casa. Era juicioso del peligro que corría

por ese sendero en el que iba. La única forma en que no terminara su bondad en un matrimonio, era la influencia de su estimado amigo de juerga, Calvin Finch-Hatton, al que le extendería una invitación para que pasara parte del invierno y primavera con ellos.

Capítulo 10

Antes de bajar al comedor para esperar a Wynona, escribió su invitación para Calvin, que, sin dudas, estaría en su residencia de Londres. No podía estar sin perseguir una falda. Si él estaba en Londres, aseguraba que andaría pisándole los talones a su amigo en lo que respectaba a las féminas.

Calvin era más adepto a las mujeres casadas que a las solteras, aunque las debutantes eran su especialidad. Para Michael una debutante no era una opción, nunca lo fue, pero siempre había una primera vez para todo.

Cuando acabó su carta, esperó a que se secase y luego la dobló para colocarle su sello. Se la llevó en la mano para dejarla en la bandeja de cartas de la entrada. Una vez terminada su labor para llevar a Calvin a sus dominios, se sentó muy cerca de las escaleras para esperar a Wynona.

Como era su costumbre desde que falleció su padre días atrás, su atuendo era negro. Se sentía apenada de tener que amargar la vista del conde con su prenda. Además, quizá la moda estuviese cambiada y ella se quedó en la temporada antepasada. Él debía estar acostumbrado a rodearse de mujeres pudientes y bien vestidas. Era lamentable sentirse tan miserable.

—¿En qué piensa, lady Wynona? —curioseó su nana.

—¿Tampoco puedo tener pensamientos secretos, nana? Te aprecio, pero algunas cosas deseo guardármelas.

—Ese conde le ha llenado la cabeza de tonterías, qué pena. ¿Tendrá más secretos conmigo? Si no los hubiera tenido, quizá tendría la oportunidad de casarse sin miedo.

—Lo sé. Debí confiar en ti y contarte lo que tenía pensado hacer y que terminó conmigo lejos de Londres. Me agradaban las fiestas, en verdad las amaba...

—Las malas fiestas y compañía la convirtieron en esto. Tan bonito que era el futuro para usted. La veía casada de la mejor manera. La cuidé con esmero y cariño para que así fuera.

—Lo siento tanto. Estás conmigo en todo. Abandonaste a tu familia por cuidar de mí.

—No me quedaba mucha familia, milady. Usted siempre ha sido mi niña, y quien se atreva a tocarla, lo lamentará.

—Pues deberías dejar en paz a milord, que solo es bueno y educado.

—Con usted...

—Al igual que tú.

La nana alzó la nariz y terminó de armarle los bucles a Wynona para que bajara a la cena.

Cuando ella bajó, lo primero que sus ojos notaron fue a Michael sentado y aburrido en un rincón. Sonrió sin querer al observarlo mientras miraba sus botas con el cuerpo extendido sobre el sillón Windsor.

—¿Tanto me ha esperado? No era necesario —comentó burlona.

Él con gran habilidad se incorporó y se colocó las prendas en condiciones para presentarse frente a ella. Michael podía ver el cautivante rostro pálido de labios rosados que lo miraba con diversión en sus ojos.

Tragó su saliva con un poco de nervios y se acercó a la muchacha.

—Me ha descubierto. Soy un holgazán y me aburro con facilidad. No llevo más de diez minutos esperándola.

—Es bueno saberlo. No he visto su piano.

—Tengo uno en otro salón al que denomino de música, aunque en él puede tomar el té conmigo. Una semana con usted ha hecho que el té me resulte algo muy agradable.

Él le colocó el brazo para que lo tomara y fueron juntos al comedor. La mujer que acompañaba a Wynona quedó rezagada caminando detrás de ellos.

—Señora... —mencionó Michael haciendo una pausa. No sabía el nombre de la doncella de Wynona.

—Señora Hazel —esclareció Wynona para ayudarlo.

—Sí. Señora Hazel, en la cocina la esperan los demás criados.

—Pero siempre acompaño a milady —rezongó la mujer con prontitud.

—No voy a morder a lady Wynona, vamos a cenar, ella estará segura.

La puerta a la cocina es por ese pasillo, no se perderá...

Wynona asintió ante la mirada desesperada de su nana, la cual le pedía a gritos no dejarla ir con los demás, mas aquel gesto le indicó que debía irse.

—Es un comedor muy amplio, tiene mobiliario muy interesante. Estos armarios...

—Contienen platería muy fina. Mi madre viajaba con frecuencia. —

Realizó una seña para que el lacayo le extendiera la silla a la muchacha.

—Tiene mucho que contarme de este lugar.

—Tendremos tiempo de sobra. No me apura tener que hacerlo. Algunas cosas es mejor que las vea y luego pregunte, si yo se lo cuento todo, se perderá el encanto.

Ella rio por esa afirmación. Esperaron a ser servidos por los pajes antes de continuar con su plática.

—A su nana le hará bien hablar con gente un poco más joven.

—Esperemos que no sean indiscretos. Muchos no valoran el silencio.

Él sonrió y pensó en una respuesta para su dama.

—¿Qué es mejor, lady Wynona? ¿Guardar un secreto esperando a que alguien lo descubra, o contarlo para que deje de ser una carga y una forma de temor?

—No puede divulgar secretos que lo llenen de vergüenza. Mientras menos los sepan, menor es la pena de que lo observen insinuando que saben de usted.

—¿Lo dice por mí?

—No lo dije, pero si se siente aludido es porque algo le pesa —insinuó socarrona.

—Me dejo llevar por la practicidad de la situación. Puedo decirle que no tengo secretos para nadie.

—Imagino que eso ocurre cuando su vida es pública.

—Con qué dureza me juzga, milady —dijo entre risas.

—¿Dureza? Lo llamo racionalidad. Es evidente que su vida no tiene secretos, ya que es más público que un baile en un condado rural. Todos se enteran de lo que hace, aunque para un caballero es normal que esté en boca de todos. Sin embargo, si eso llegase a ocurrir con una dama, ella estaría hundida para siempre.

—Estoy de acuerdo con que no tenemos el mismo trato hombres y mujeres. Qué contrariedad es que las propias mujeres se juzguen entre ellas.

Puede ser por envidia mutua...

—A veces no es envidia, sino maldad —declaró Wynona sorbiendo su sopa.

Él seguía sonriente junto a Wynona. Disfrutaban de la sopa que preparo la cocinera de Riverton Manor, a quien le ofreció que los acompañara para

servirles. La dama llegó en el carruaje que contenía las pertenencias de ellos.

Al acabar la deliciosa cena, pasaron al salón, donde el piano se encontraba en un rincón junto a la ventana del lado izquierdo de la casa.

Michael, al distinguir que ella caminó un tanto ansiosa hasta el piano, se apresuró a decirle lo siguiente:

—He de decirle que no sé cuán afinado está. No vengo desde hace mucho.

Wynona le restó importancia con una sonrisa exquisita.

—Le agradan mis rutinas de piano, ¿no es así? —indagó pretenciosa y esperó una respuesta.

Él se acercó hasta donde ella estaba sentada en el banco frente al piano.

Por supuesto que la halagaría de la mejor manera.

—Soy su más fiel oyente —contestó con galantería—. No me agradan las veladas musicales, pues algunas matan las notas, pero usted les da más vida.

—Dudo que usted sea mi más fiel oyente...

—¿Cómo?

—Más bien es el único, además de los búhos y otros animales nocturnos del campo.

—Tienen excelente oído. ¿Le molesta que la escuche mientras bebo mi brandi?

—Usted también me deleitará con su rutina.

La nana entró a la estancia desde que fuera hasta el comedor y no los encontrara. Maldijo al conde entre cada pensamiento creyendo que había ocurrido una barbaridad. Su alivio fue al instante cuando escuchó las notas de Wynona en el piano de la gran mansión.

—Me perdí en esta gran casa, lady Wynona —mencionó para disculparse por su tardanza.

—Tendrá algo que hacer desde ahora, señora: recorrer la casa. Ya no deberá estar descosiéndolo todo —se burló Michael con malicia, y no le importó recibir una mirada enojada de la mujer.

—Milady, debe descansar del largo viaje.

—Nana, ya he descansado suficiente. Milord desea escuchar una rutina de piano. Soy la invitada y debo deleitarlo. Descansa si lo deseas, puedes pedirle a la cocinera que venga a hacernos

compañía si temes por mí.

—No le delegaré a nadie mi responsabilidad. Me quedaré aquí junto a usted.

La mujer se sentó recta en un sillón, aunque, con el correr de los minutos, se fue recostando más hasta quedarse dormida.

Michael bajó su copa y se levantó para colocarse frente a la mujer que cuidaba de Wynona. Movi6 sus manos e hizo gestos para considerar si despertaría.

—Oh, me parece que a cierta señora le resultó aburrida su rutina, milady.

—Estaba muy cansada. La pobre no ha querido dejarme sola.

—Debo ser como una comadreja junto a un huevo para esta mujer. Me odia más que a las liendres, se lo aseguro. Le falta un arma y esto se convierte en un baño de sangre.

—Me hubiese gustado conocerlo antes. Quizás estaríamos en alguna tertulia danzando o tocando el piano —comunicó taciturna.

—O tal vez seríamos algo más —adujo antes de pararse junto a ella y observarla sin desviarse un solo instante de sus ojos.

Capítulo 11

Ella tapó el piano y se levantó, quedando frente a frente con él. No podía decirle que tenía su mismo pensamiento. Aquellos juegos de palabras que ambos hacían... era peligroso y no para ella, sino para él, que ignoraba cuán lastimada estaba después de dos años.

—Fui desafortunada por no conocerlo antes, pero me siento afortunada de que en este momento seamos como una familia. Debo retirarme, el sueño me está venciendo.

—Como a tan estimada señora, supongo.

—Mi nana es harina de otro saco. No descansa bien por mi causa y falla en su labor de ser mi guardián. —Se acercó para mover a su nana cariñosamente para que se fueran juntas.

—¿No le molesta que no la acompañe hasta la puerta de su habitación?

Me quedaré a beber más brandi.

—La bebida no es una buena consejera, vaya a dormir temprano. Su reloj anunció que pasó de las diez.

—Tendré en cuenta su recomendación, lady Wynona. Que tenga buena noche —se despidió con una inclinación de cabeza antes de volver a su asiento.

La mujer que acompañaba a Wynona abrió sus ojos y luego bostezó antes de levantarse. Tanto la señora como la muchacha, se advertían cansadas por el trajinar. Él estaba más descansado y la

noche le sentaba mejor en su propiedad que en Riverton Manor. Dormiría tan bien como un cadáver después de volver a su cama.

Michael se quedó a cavilar junto a su botella de brandi lo que había pasado entre él y Wynona. Estuvo al borde de arrojarse al acantilado de la vergüenza con aquellas palabras descuidadas que emitió. Su instinto entre caballeroso y libertino se estaba saliendo de control. Esperaba que esa carta saliera el día siguiente a Londres y que su amigo se dignara a aceptar la

proposición de quedarse unos meses junto a ellos con el objetivo de aplacar su atracción por Wynona Saunderson.

Al acostarse, Wynona suponía que su estancia no sería tan perfecta en Sandbeck Park. Lord Scarbrough cada vez le resultaba más atractivo y divertido, al tiempo que era por completo prohibido.

Lo prohibido era lo más tentador y pese a su desliz anterior, no era tan osada para arrojarse a sus brazos a pedirle un beso que, según su intuición, él también deseaba. Sabía que un hombre no iba a conformarse con un beso y quizás ella tampoco. Era la primera vez que sentía tal atracción. Si bien su desventura ella misma se fraguó, no le impedía al menos soñar con un deseo imposible. Su nana no la dejaría respirar en ningún momento y aquel lugar se convertiría en una prisión otra vez, aunque el yugo no sería con su padre, sino con el caballero que se robaba sus pensamientos y unas miradas.

Con el pasar de los días, las miradas y palabras se encontraban fuera de cualquier control suyo. Él no dejaba de observar a la pintura hasta el punto que conocía cada detalle del cuadro que lo embelesaba. Cada vez le resultaba más preocupante que Calvin no contestara a su invitación al menos con una negativa. No era tan poco educado para no hacerlo. Su cordura corría peligro entre observar a la tentación ir y venir por los pasillos de la casa.

Cierta noche, tomó la determinación de no cenar con Wynona para irse al pueblo más cercano y encontrar un poco de consuelo. El clima era frío, pero a él no le importó, su cuerpo ardía en deseos por la dama de Sandbeck Park, a quien no podía y no debía acercarse. Fue designado como su tutor, él no podía ser tan desgraciado para utilizarla, pues desconocía si eso que sentía era pasión o un sentimiento que lo condicionaba al matrimonio en pocos meses. Lo que menos le importaba era si ella aún seguía siendo una inocente joven virginal o no. Le interesaba ella en su esplendor.

Cuando consiguió un lugar discreto para descargar sus más íntimos deseos, dejó a su caballo atado y entró para observar lo que aquel sitio tenía para ofrecerle.

ooooo

Wynona, por primera vez en ese tiempo, se desilusionó al no encontrarlo en el sillón cerca de las escaleras. Su espíritu estaba devastado.

—Fueron tres semanas de perfectas atenciones, milady, estoy segura de que al darse cuenta de que usted no caería en sus influjos de seducción, se rindió y nos mostrará en verdad quién es él —
masculló molesta la nana al ver tan triste a Wynona.

—Debió tener algo que hacer...

—¿Un noble algo para hacer? Milady...

Ella emprendió la caminata al comedor por si él se encontraba hambriento y se había adelantado. Sin embargo, sumó una desilusión más a su noche.

—¿Y milord? —cuestionó a la mujer que perteneció al servicio de Riverton Manor.

—Milord dejó dicho a sus sirvientes que tenía asuntos pendientes que atender en el pueblo y que vendría después de la cena o muy entrada la noche.

Ella tuvo que conformarse con la explicación que le dieron. Él no le había comentado sobre algún pendiente que lo requiriera fuera de la propiedad.

Se llevó la cena hasta la boca con gran desgano. Extrañaba su presencia y sus comentarios referenciando objetos o momentos.

Cuando le mostró la casa, se explayó en cualidades y calificativos para lo que estaba frente a sus ojos. Cada vez le robaba más sonrisas y se sentía más asustada de lo que pudo estar en Riverton Manor en sus primeros días de estancia cuando su padre la llevó.

Al cabo de terminar de comer, caminó rumbo a la ventana cerca de la puerta, se apoyó en la misma y espero por un rato distinguir un caballo y a su jinete. Cansada de no obtener resultados, fue al salón para practicar nuevas rutinas de piano. Michael le había dado partituras para que adhiriera más conocimientos a su haber.

Su nana se durmió en varias ocasiones, y al notar que no había nadie que hiciera peligrar a Wynona, se retiró confiada. La muchacha estaba tan desdichada que no tardaría mucho en irse a la cama.

Wynona se cansó de esperar a Michael. Se levantó para salir del salón, momento en el que escuchó el relinchar de un purasangre en medio de la noche.

Afuera, Michael cayó por tercera vez del caballo. Agradecía no haberse partido un hueso con la terrible borrachera que se había echado junto a la mujer que lo acompañó.

Trastabillando ingresó a su recibidor y pensó en ir hasta su habitación, pero no estaba convencido, creyó que le hacía más falta el brandi del salón.

Al abrir la puerta, encontró a Wynona parada y con ambas manos en el pecho, preocupada por verlo llegar a esas horas.

—¡Milady! —exclamó con una sonrisa que evidenciaba su decadencia.

—¿Se encuentra bien, milord? He quedado muy preocupada por no encontrarlo en la cena. Me ha dicho la cocinera que usted dijo que tenía asuntos que atender...

—Sí, sí, sí... —Asintió varias veces con la cabeza.

—¿Qué asunto pudo ser para dejarlo tan bebido? Me permito preguntar, pues usted es un caballero muy puntual y sincero.

—Tuve un asunto muy íntimo, lady Wynona. Aunque no lo resolví con quien debía. No he sido muy sincero con usted en estos últimos tiempos. —

Se sirvió brandi en la copa—. Usted... va a matarme con su presencia aquí.

Ella emitió un chillido de sorpresa y también de desazón. ¿Cómo pudo decirle aquello?

—¿Qué le he hecho? Pensé que le agradaba.

—Ese es el problema, me agrada excesivamente... al punto de volverme un mentecato que no hace más que imaginarla en su cama, ¡Dios!

—resolló al darse cuenta de que estaba confesándose.

Wynona estaba muy pálida, envuelta en extrañas sensaciones y sin poder emitir un sonido. Solo su respiración acelerada se oía en el salón.

—¡Maldición, lady Wynona! —Se acercó apresurado hasta ella para tomarla de ambas mejillas —. Soy un demente, pero me moriré si no le beso.

Él se entregó por completo a sus ardientes y sedientos deseos hacia ella.

Para su grata sorpresa, Wynona lo había tomado con pasión por detrás de la nuca. Ambos estaban saciando aquello que les parecía prohibido. Ese fuego que los consumía era voraz, capaz de hacer arder todo a su alrededor.

Michael no midió las consecuencias de sus actos. La confesión podía convertirse en algo que lo podría separar de la encantadora dama del retrato que lo acompañaba siempre.

Agarró a Wynona con fuera de la cintura y se abalanzó sobre ella, que quedó pegada a la fría pared del salón. Era inimaginable que pudiera encontrarse en una situación de esa magnitud y con el peligro de cometer otra tontería. Desde el fondo de su mente, surgió la idea de que Michael creía que ella era una mujer ligera, justo como presumía su nana.

—¡No! —expresó alejándose de él.

—¡Condenación! —replicó molesto porque ella se alejó.

—Usted pensará que soy una ligera y no es así, milord.

—¡Ya lo ha hecho! ¡No le cuesta entregarse a nuestra pasión! —

recriminó ante la atónita mirada de Wynona.

Wynona, sin perder el tiempo, le volteó el rostro de una cachetada.

—¡Lo sabía, y todo este tiempo intentó persuadirme para que fuera una ligera con usted! ¡Ese hombre destruyó mi vida! ¡No sabe el daño que me ha hecho! —reclamó indignada y presa de la furia—. ¡Me ha decepcionado!

¡Pensé que era distinto al hombre que me sedujo, pero este olor a alcohol y su actitud solo hace que me dé cuenta de que es igual o peor que ese que se hizo llamar caballero!

Capítulo 12

No existía defensa suficiente que pudiera ayudarlo a que lo perdonara.

Wynona parecía una gran fiera después de decirle que no le costaría. Cuán terrible era dejarse guiar por la bebida.

—No quise decir eso, lo siento —dijo para disculparse, pero ella estaba embadurnada por las palabras anteriores que le había dicho.

—Los ebrios dicen la verdad, milord. Quizá no lo quiso decir, mas es lo que en realidad piensa. Qué decepción —culminó diciendo Wynona, para después hacerle una educada reverencia y salir del salón.

—¡Lady Wynona, vuelva aquí! —exclamó yendo a largas zancadas hacia la puerta, aunque fue en vano, pues ella la cerró en su rostro.

Corrió hacia las escaleras y se quedó recostada, sollozó de pena y vergüenza. ¿Cómo creyó posible que un libertino se enamorara de ella si fue descuidada con su virtud tiempo atrás? En ese momento, cualquiera que lo supiera querría aprovecharse por que estuvo en el lugar incorrecto en el momento poco oportuno y tomarse libertades indebidas. Pensaba que si hubiese puesto más resistencia ante el hombre que la despojó, tan solo sería un mal sueño.

Por instantes soñaba con ser la esposa del conde de Scarbrough y quedarse a vivir por siempre en Sandbeck Park. Creyó que había un sentimiento mutuo de cariño y respeto. Esa noche comprendió que no era lo que parecía y que debía irse de aquel lugar de ensueño.

Le costaba entender cómo podía caer en un engaño varias veces. No se había encontrado con buenos hombres en el camino y su padre, creyendo que haría lo mejor, la envió tan lejos con alguien que quizá fuera peor que el anterior.

Wynona no pudo dejar de sentirse miserable hasta que el sueño le dio un poco de descanso a sus alborotados pensamientos, mientras Michael se culpaba por la estupidez.

Fue al pueblo en medio del frío y de la noche para no dejarse llevar por sus instintos con Wynona. Sin embargo, ella le resultaba irresistible y terminó cometiendo el peor de los errores. Era tan irresponsable en lo que había dicho y poco honorable lo que había insinuado o, más bien, asegurado.

Desconocía la razón por la cual esa dama perdió la virtud. En la carta del vizconde de Castleton se refería al desconocido como: rufián, ladrón, violador y libertino.

Ningún padre aceptaría que una hija suya terminara sin honor, repudiaría a cualquiera sin importar lo que ocurrió. Era probable que Wynona hubiera sido endulzada con palabras de matrimonio, pero con el objetivo de solo aprovecharse de ella. Michael negó con la cabeza al pensar en que fue violentada por su seductor.

No podía imaginarla rogando por que no lo hiciera. Aquella era tan hermosa y delicada, que no debía ser maltratada por nadie, no obstante, él se había convertido en el peor rufián existente.

La vida no le sería tan larga para pedirle perdón a su querida dama del retrato. Debía conseguir su redención, apoyarla y, quién sabía, a lo mejor él decidía abandonar su soltería por ella, dado que era perfecta para ser la señora de Sandbeck Park.

Cuando calmó su borrachera, subió hacia la habitación. Se quedó parado unos minutos frente a la puerta de Wynona. Quería golpear aquella madera para pedirle perdón de rodillas, si fuera necesario, por su comportamiento. Al fin decidió irse a dormir sin molestarla.

Por la mañana, la nana de Wynona iba a prepararla para el desayuno. La encontró sentada a un lado de la cama, con el rostro hinchado y la mirada llena de congoja.

—¿Qué le ocurrió, lady Wynona? —inquirió acercándose con prisa frente a ella.

—Necesito de un abrazo, nana, solo de un poco de afecto...

Su nana no dudó en darle lo que pidió y, en ese momento, Wynona volvió a quebrarse.

—No voy a comprender que siempre tienes la razón y yo pecho de ingenua —lamentó entre lágrimas.

—¿Qué le ha pasado, milady?

—Tengo desilusión. No quiero bajar a desayunar con el conde esta mañana.

—Pero si ayer se moría por cenar con él.

—¿Puedes acatar mi pedido? Simplemente no iré, y es todo —declaró alejándose de su nana para limpiarse las lágrimas.

La mujer no era tonta, sospechaba que algo ocurrió entre ambos y ella estaba dispuesta a averiguarlo.

Michael esperó en el comedor a Wynona, pero ella no apareció. Las disculpas eran más que necesarias después de lo que aconteció en la noche.

Cuando vio entrar en el comedor a la nana de la muchacha, temió que aquella le hubiera dicho la verdad, pues el rostro de la mujer era impasible.

Él se levantó del asiento con prontitud a causa de la vergüenza.

—Milady dice que hoy no bajará a desayunar con usted.

—¿Cómo amaneció milady?

—Hecha un mar de lágrimas. Sospecho que usted no cumplió con su cometido de seducirla.

—Cometí una imprudencia. Mis disculpas.

—¿Disculpas? A mí no me debe nada, pero con lady Wynona es mejor que se ahorre las disculpas, con dificultad olvidará su imprudencia.

—¿Puede pedirle que baje a conversar conmigo?

—Se lo diré, aunque dudo que acceda si está ofendida. Con su padre nunca pudo recuperar su relación y no está de más decirle que era su progenitor. Usted no es nada de ella.

—Haga lo que le pido —gruñó con molestia.

La mujer se retiró con un movimiento burlesco que Michael maldijo en varias oportunidades.

∞∞∞∞

—Milord le pide que baje a conversar con él —mencionó la nana desde la puerta entreabierta.

Ella quiso decirle que no iría, sin embargo, esas palabras no salieron de su boca.

—¿Crees que debo ir? —inquirió indecisa.

—Iré con usted, no tiene de qué preocuparse, yo la cuidaré.

Wynona asintió un tanto insegura. No tenía secretos con su dama de compañía, pero le avergonzaba que supiera lo que el caballero le dijo.

Al ver llegar a Wynona, sintió un vuelco en el estómago. Ese sentimiento podía deberse a su posición como el culpable del rostro rojo y apesadumbrado de la muchacha.

—Mi nana se quedará conmigo. Puede hablar, milord —mandó al darse cuenta de que él esperaba a que estuvieran solos.

A él le incomodaba la presencia de aquellos ojos acusadores que desnudaban sus temores y lo avergonzaba aún más.

—Estoy muy avergonzado por mi comportamiento de anoche. La ofendí y me tomé libertades indebidas. Para proporcionarle un poco de tranquilidad, he invitado a un amigo a pasar el invierno y un poco de la primavera. El conde de Winchilsea es un amigo muy querido. Servirá de distracción para ambos.

—¿Alejarse es su mejor forma de pedir disculpas, milord?

—¿Qué más puedo hacer? Como le dije, me está convirtiendo en un mentecato. La presencia de un tercero es la mejor forma de no enloquecer.

—Comprendo. ¿Debo entender que usted estaba bebido y que me confundió con una mujerzuela?

—¿Qué está diciendo, milady? —preguntó su nana.

—Estaba ebrio y desorientado, pero es cierto que me agrada más de lo debido y sobre que la imagino... ¡Con todo respeto! —levantó la voz y se enrojeció al decirlo.

—¡Insensato! —espetó la nana abanicándose con ambas manos.

Ella se puso colorada y desvió la mirada. Él recordaba lo que había hecho y también sus apasionadas palabras. Aquel pronunciamiento la llenó de cierto ego, mas el resto le rebosaba en vergüenza.

—Mis disculpas le costarán más que simples palabras. Esperemos a su amigo para saber si las aguas calman...

∞∞∞∞

A los días siguientes, mermaron las vergüenzas y fueron volviendo a compartir el espacio, aunque con cierto recelo de ambos lados. Anhelaban algo que no podían tener. Ella deseaba su afecto sincero y él no comprendía a sus propios sentimientos. Esperaba paciente la respuesta de su amigo Calvin, quien no llegaba.

El día menos esperado, un carruaje llegó en medio de una tormenta.

Wynona y Michael estaban en el salón junto a la chimenea, mientras la nana tenía los ojos en la ventana observando a quien bajaba.

—Interesante libro el de su padre —halagó Michael enseñándole la tapa

—. Es el primero que leo de los libros que me ha regalado.

Wynona sonrió y bajó su bordado.

—Sabía que usted los apreciaría como nadie. Es bueno que alimente su mente con buenas cosas.

—Déjeme recordarle que usted me habló mal de estas lecturas.

—Es probable que estuviera equivocada...

—Milord, creo que ha llegado su visita —anunció la nana.

Wynona cambió su rostro afable y sonriente por un semblante hostil.

Con los días le desagradó pensar en que alguien fuera a quedarse con ellos por más que fueran solo unos meses.

Michael se acercó a la ventana y sonrió.

—Ese es mi amigo —expresó—. Vayamos a verlo, lady Wynona...

Capítulo 13

Ella, al ver el rostro contento y espabilado de Michael, accedió a acompañarlo hasta la entrada.

—Cuando conozca a este amigo, su vida cambiará, pues se llenará de risas y anécdotas. Pocos son tan graciosos como él —comentó ansioso.

—Se nota que le tiene un excesivo aprecio...

—Sí. Es muy querido. Le hablé un poco de usted en la carta, que no le extrañe que le haga un chasco.

Michael fijó sus ojos en el varón que bajó del carruaje. El cabello de Calvin estaba muy crecido. Se veía descuidado, aunque cargaba aquella sonrisa sinvergüenza que lo caracterizaba.

En el aspecto físico eran muy parecidos, algunos decían que hasta eran parientes.

—¡Mi queridísimo amigo! —exclamó Michael abriendo sus brazos hacia Calvin.

—¡No pensé que me alegraría tanto verte! Que oportuna ha sido esa invitación. Muy valorable viniendo de alguien que no es asiduo al campo —replicó, y correspondió a la muestra de afecto de Michael.

—Es bueno tener un poco más de compañía. Le he hablado bien de ti a lady Wynona. Espero que sepas comportarte con tan fina dama —

advirtió.

—Ciertamente soy un manso cordero en este momento. ¿Dónde está la muchacha? ¿Es esa? Se ve poco animada por conocerme...

Michael miró a Wynona, que parecía concentrada en otra cosa. No se acercó a saludar a Calvin, estaba perdida en sus pensamientos.

—Milady...

Se acercó para despertarla de sus cavilaciones.

Ella se sobresaltó al sentir el toque suave del conde en su antebrazo, después sus luceros viajaron hacia el recién llegado de sonrisa ladina, ojos penetrantes y mirada divertida.

—Parece que estaba dormida, milady. Debo decir que es usted en exceso encantadora —musitó Calvin queriendo tomar la mano de Wynona, que se quedó helada al escuchar su voz, pero alcanzó a retirar su extremidad antes de que él la cogiese.

Los caballeros la miraron con estupor. Michael estaba tan sorprendido del comportamiento de Wynona, a quien reconocía como agradable y muy sociable. El amigo frunció el ceño intentando

encontrar algún error en su presentación.

—Disculpen, me siento indispuesta. Siéntase en su casa.

—Calvin es mi nombre, se lo digo por si desea llamarme de ese modo.

—Con permiso, milord, lord Winchilsea.

Emprendió la retirada, consternada en demasía. Su nombre era mucho peor escucharlo. Era terrible estar en aquel lugar. Sus piernas parecían languidecer a cada paso que daba mientras subía apresurada hacia su habitación.

La nana la llamaba por su nombre, pero ella parecía no oírla.

Estaba atontada, deseaba encerrarse y cobijarse entre sus sábanas.

—¡Lady Wynona, me está asustando! —exclamó la mujer al verla arrojándose sobre la cama.

Seguía sin emitir sonido o alguna lágrima. Se sentía en una nube de incertidumbre, sin que le importara nada a su alrededor, más que el tiempo sufrido en Riverton Manor después de aquella fatídica noche que recordaba casi a la perfección. El nombre y la voz eran parecidos, por no decir que eran iguales. Quizá fuera el fruto de su encierro o tal vez aquel era el hombre con el que pasó una noche, la cual la marcó para siempre.

Debía superarlo o, de lo contrario, su vida iría al declive y ella no deseaba aquello.

Luego de aquel momento incómodo que pasó junto a Michael, no tuvieron más inconvenientes. Su relación era amable y cordial, aunque algo dentro de ella la impulsaba a buscar su compañía de otra forma.

Deseaba ser besada con avidez y que eso la hiciera olvidar su vida, pero no podía esperar demasiado. Michael sabía su secreto y no se

arriesgaría a tener una esposa ligera de quien desconfiaría por el resto de su vida y era probable que hasta dudas de sus propios hijos... si los tenía con ella.

Su ansia por entablar algo más con el conde de Scarbrough era ridícula, solo podía ser un sueño que tendría en su mente. Como le dijo en un momento su padre, ella había arrojado su brillante futuro por la ventana. Huyeron de Londres por si alguien llegaba a enterarse de su desliz.

Juliette no era una mujer de fiar y era la persona que la había acompañado hasta aquel espectáculo extravagante, con la simple consigna de que la virginidad no era suficiente encanto para un caballero, sino que una mujer podía satisfacer más con su experiencia, que con las piernas cerradas a llanto tendido. Aquella fue la mayor mentira que escuchó en su vida, pues, sin la pureza, una dama no significaba nada.

—Lady Wynona, por favor, hábleme —pidió la nana con desesperación—. Me tiene con el corazón en la boca...

—No más que yo. Tengo una ligera sospecha sobre el amigo de milord.

—A distancia se evidencia su desvergüenza, pero ¿en qué le afecta eso a usted?

—Creo que es el hombre de la fiesta singular a la que fui con Juliette.

—Entonces... ¡es el desgraciado! —chilló indignada la mujer.

—No puedo asegurarlo, aunque su saludo, su voz y su nombre...

son iguales. Es terrible, quiero abandonar este lugar tan hermoso para no estar aquí.

—Regresemos a Riverton Manor, milady. Ahí estará tranquila.

—¿Qué explicación le daría a milord? —preguntó con desazón.

—No necesita una explicación, más que la ofensa que le hizo aquella noche.

—Me juzgaría de rencorosa. Admito que lo fui con mi padre, sin embargo, con él es imposible. Me agrada y desearía quedarme aquí.

Debo tener paciencia y pensar en que quizás esté en un error. ¿Cómo saber si fue el hombre con quien pasé una noche?

—Eso pasa porque no lo obligó a quitarse el antifaz. Si así hubiera sido, estaría casada con el hombre y...

—O quizás estaría en más vergüenza si a ese caballero se le antojaba ver mi rostro. El antifaz fue un beneficio mutuo.

—Es posible que tenga razón, pero no quita que usted pagó todas las consecuencias de su mala decisión.

—No puedo abandonar al conde, no quiero hacerlo. Además, me tiene aquí todavía sabiendo que soy una carga y que nunca podré casarme.

—Eso será hasta que usted deje de ser una novedad para él.

Después, sin dudas, pensará en deshacerse de nosotras como quien no quiere más una cosa. Un hombre cuando consigue de una mujer lo que desea, simplemente desaparece y toda cortesía se esfuma, dejando ver su verdadera naturaleza. Mientras usted alimenta sus esperanzas de ser la señora de esta casa, le aseguro que él, manejado por su lujuria, debe pensar en cómo meterla en su cama.

Wynona bajó la cabeza al pensar que era cierto lo que le decía su fiel acompañante. Era un duro golpe a sus esperanzas nacientes. La realidad era muy distinta a su enamoramiento de debutante.

Michael invitó a su amigo a sentarse en el salón. Calvin observó su alrededor y luego dirigió su vista al dueño de la casa.

—Así que bella, educada y sociable —pronunció burlón Calvin.

—Debe ser la influencia de su nana. Es una mujer insoportable.

Lady Wynona es una dama excepcional.

—Excepcionalmente hermosa para vivir bajo tu techo, ya que es un peligro andante para cualquiera. De seguro debes casarla pronto.

Espero no ser yo tu candidato y que a eso se deba tu tan amable invitación.

—No. En definitiva, tú no serías una opción para ella. No se merece semejante batracio. Por lo de la invitación, no he recibido tu respuesta, sino que has llegado de imprevisto.

—¿Ya no me estabas esperando? ¿Es lo que me das a entender? —

investigó entre risas.

—Por supuesto que no. Esperaba una fecha o un aproximado de tu llegada.

—No es costumbre de mi persona disculparme, pero en esta ocasión lo amerita. Estuve escondido en una de mis propiedades rurales por unas semanas. Me habían retado a un duelo por una mujer casada. No arriesgaría mi preciada vida por una mujer alborotada

como esa. El esposo nos descubrió, quiso matarme por el honor de su esposa. ¿Cuál honor? Una dama que se entrega a cualquiera no tiene decoro. Sirven para una noche. Te continúo contando: recibí tu carta después de mucho y no dudé en hacerme presente para verte y conocer a la dama de Sandbeck Park.

—Te agradecería que no hicieras mención de tus andanzas frente a la dama y mucho menos de tus opiniones sobre las mujeres con decisiones equivocadas.

—¡Oh, sí, de ninguna manera quiero escandalizar a una mujer virginal!

—Te pido que te comportes. Le he hablado bien de ti, le aseguré que le sacarías sonrisas.

—Tengo muchas anécdotas decorosas, dignas de una virgen. No dudes que la haré reír hasta el cansancio. ¿A qué hora sirven la cena?

—A las siete, después...

—Después tú y yo, en medio de la tormenta, iremos a un lugar donde hay mujeres. La de aquí es intocable...

—No podré acompañarte. Me quedo a escuchar las rutinas de piano de lady Wynona. Te agradecerá compartir con nosotros ese momento.

Calvin bufó, hastiado.

—Entonces me quedaré a aburrirme aquí —gruñó.

—Pero estarás vivo —dijo Michael para convencerlo.

—Es un aliciente interesante.

Capítulo 14

Calvin, después de tener una breve y comunicativa charla con Michael, se retiró a la habitación que le asignó el dueño de casa.

Aunque Michael estaba contento con la llegada de su amigo, se sintió triste por perder el acercamiento y la intimidad que tenía con Wynona.

Mientras más pensaba en que Calvin sería algo bueno para él, se tomaba el rostro y quería estrellárselo contra la pared. También significaba que debía colocar a Wynona a un lado y hacer que la relación extraña que mantenían, se convirtiera en un lazo de tutor, donde primaran tan solo sus obligaciones y que, con eso, él pudiera olvidar su deseo por ella.

La pintura frente a la que se sentaba a contemplar cada día, no le ayudaba a pensar en algo diferente que no fuera su residente.

Tenía en cuenta que Wynona se sentía lastimada por su pasado y que quizá, sin desearlo, se creó una aversión por los hombres. Ese hecho le indicaba que era probable que en su acto de seducción hubo terminado en una violación. Le avergonzaba haberle dicho como si nada que ella ya lo había hecho. Eran aborrecibles sus palabras y más sus actos. Cada día se envalentonaba para estar frente a ella. No importaba que ella hubiese propiciado una situación inapropiada con otro caballero y que aquello terminara en desastre. Merecía respeto y él debía dárselo, suficiente sufrimiento era estar encerrada y sin posibilidades de volver a ser parte de la sociedad.

Cuando llegó la hora de la cena, Calvin acompañó a Michael en su ceremonia de esperar a Wynona para acompañarla hasta el salón comedor.

Su amigo se burlaba a carcajada suelta de él, pues se le hacía patética la situación de que un libertino, como fue Michael, estuviera al pie de una escalera como si de un enamorado se tratara. Era un gran motivo de burla.

—Es suficiente, Calvin. Me agrada esperarla, es algo habitual para nosotros en este tiempo de convivencia. A las damas hay que tratarlas con sumo cuidado.

—Tu mariposa negra se está haciendo esperar. Espero no tener que pasar por un evento dramático como el enamoramiento.

—¿Y Juliette?

—Oh, Juliette, mi amante imposible. Que crueldad mencionarla, me ha roto el corazón y disminuido la libido durante meses después de mi decepción. Tal vez haya sido más tristemente patético que tú en este momento —adujo con un mohín de tristeza.

Cuando Wynona iba a bajar y notó que Michael no estaba solo, dudó en hacerlo, pero no debía temer a nada. Si era el caballero en cuestión, difícilmente la reconocería. Un hombre como él no la recordaría, dado que debía tener más amantes que pelos en la cabeza.

Se acercó a ellos, que le hicieron una reverencia, y ella correspondió.

—Milady, tiene mejor semblante —comentó Calvin para agradarle.

—Gracias. Milord... —se refería a Michael— disculpe mi indisposición para con su visita en esta tarde.

—No se preocupe, Calvin lo comprendió.

—¿Sí? —preguntó mordaz el referido.

Michael le echó una mirada poco amistosa por ese comentario. No quería que Calvin desagradara a Wynona y terminara en una guerra absurda con él intentando convencerlos de algo.

Wynona ignoró el comentario punzante de la visita y caminó hacia Michael para cogerlo del brazo e ir a la cena. Calvin los siguió con una sonrisa ladina en el rostro, entretanto, observaba el contoneo de cadera de Wynona junto a Michael.

Él dudaba que aquella muchacha no se hubiese acostado con su amigo.

Había intimidad y cierta complicidad en los gestos de ambos. Era evidente que se atraían de manera descarada. La muchacha era muy hermosa, de rasgos encantadores y de una voz melodiosa, sin dudas cualquiera se sentiría intrigado por su atractivo, incluso el negro le quedaba de forma fascinante.

Calvin se sentó frente a Wynona, que estaba apostada a la derecha de Michael. La contemplaba con interés, casi estudiándola. Ella emitía sonrisas al dueño de casa y él, sin dudas, buscaba agradarle con sus comentarios aduladores, dignos de un conquistador. Por su mente pasaban teorías conspiratorias con respecto a la muchacha. Michael parecía un libertino entregado al aburrimiento de una sola mujer, absorbido por el egoísmo de una pariente abandonada. Hasta por su retorcida mente le llegaba la idea de

que ella quería aprovecharse de la fortuna, buen nombre y buena voluntad de su amigo.

Sus ojos se achicaron por la desconfianza hacia Wynona. Debía observarla con más ahínco para descubrir si estaba en lo cierto o no.

—¿Le agrada Sandbeck Park, milady? —indagó Calvin dirigiéndose a Wynona, que se llevaba la cuchara a la boca para sorber su sopa.

Ella alzó la mirada del plato y la dirigió al curioso conde.

—Sí —replicó áspera.

—Cuando merme el frío, le prometí llevarla a la abadía de Roche. Es una obra arquitectónica

interesante —intervino Michael ante la poco agraciada respuesta de Wynona.

—Les acompañaré con gusto. Este clima no me agrada. Mucho frío, demasiada ropa y poca piel...

Wynona se sonrojó ante aquel comentario y Calvin rio al lograr incomodarla.

—¿No crees, Calvin, que la sopa es la mejor que has probado? —glosó Michael con el ánimo por que su amigo dejara su extraño comportamiento hacia su estimada Wynona.

—Sí. Me parece que todo en esta casa se parece a la sopa, incluso la vista es deliciosa...

Ella no podía seguir en aquel lugar. Todo la llenaba de vergüenza y repugnancia. Los comentarios de Calvin la hacían sentirse sucia.

Para la fortuna de Michael y Wynona, Calvin se dedicó después a charlar en un interminable monólogo sobre sus viajes a otras tierras.

Aquello hizo que la paz se mantuviera en la mesa para acabar la cena.

Una vez que se levantaron, se dirigieron al salón, donde Wynona iba a tocar el piano como cada noche desde que se conocieron el conde y ella.

—¿Brandi? —Michael le mostró a su amigo una copa con el líquido ambarino.

—Por supuesto —respondió agarrando la copa—. ¿Es la carabina? —

señaló a la nana de Wynona.

—Sí, algo así. En realidad, es la nana de milady.

—¿Una nana? Interesante. ¿Qué más hacen aquí para divertirse?

—Yo bebo mi brandi y ella me deleita con su talento.

—¿En verdad crees que yo estaré sometido a semejante aburrimiento hasta la primavera? Quizás en una semana vea a esa señora de manera diferente. Se me hará atractiva a este ritmo.

—Puedes salir a congelarte. Yo cumplí con invitarte.

—No pensé que tu mariposa negra y hostil te tuviera tan ensimismado.

Lo que un hombre hace para llevarse a una dama a la cama, habiendo facilidades en el mundo...

—Puedes morir pensando lo que gustes. Aquí es donde quiero estar, junto a ella, junto al calor de esta chimenea. —Bebió de su copa sin perder de vista a su bella pianista.

Calvin rodó los ojos y echó para atrás su cuerpo, haciendo ademán de derretirse en el sillón.

Cuando se aburrió de estar sentado junto a Michael, caminó por el salón. Miró objetos, corrió las cortinas, arregló un jarrón vacío y, por último, se decidió a volver para incomodar a Wynona, esa

sería su única diversión.

—Toque algo más animado. —Fingió bostezar.

—A milord le agrada —replicó sin mirarlo. Oró en su mente todo el tiempo para que no se acercara el hombre, pero al final sucedió.

—Mire, lady Wynona, ¿no es así? También debe agradarme, soy el amigo de milord.

—Si no le gusta, puedo retirarme y usted se hace cargo del piano, aunque dudo que a él agrade la idea.

—¿Qué ocurre? —interrumpió Michael, que abandonó su lectura.

—Estoy cansada, milord. Me retiro por esta noche. Nana...

—Yo la acompañaré y luego vendré junto a Calvin. Señora, vaya adelantándose un poco.

Wynona asintió para que su nana acatará la orden de Michael y ella pudiera ir un corto trecho a solas con él.

Calvin no dejaba de tener aquella sonrisa burlona en su cara. Nada más evidente que alguna cosa extraña se traían ellos dos, mas él lo averiguaría.

—¿Me esperas, Calvin?

—Por supuesto. Buenas noches, lady Wynona...

A ella le desagradó hasta la despedida. El tiempo que pasaría cerca de aquel cuervo se le hacía eterno y solo habían pasado unas horas.

En el pasillo, Michael y Wynona caminaron con lentitud para permanecer más tiempo juntos. Ninguno se dio cuenta de que la figura atlética de Calvin los siguió a una distancia prudente.

—¿Está todo bien con usted, lady Wynona?

—No. Me temo que no me agrada su visita.

—No esperaba tanta sinceridad, un rodeo me hubiera confortado. Puede que sea por el tiempo que ha pasado sola, pero no tema, yo le cuido. Calvin es un tanto excéntrico, no debe hacerle caso.

Ella se detuvo y se colocó frente a él para recostarse en su pecho.

Michael, sorprendido por la acción, sonrió y la abrazó con fuerza.

Entretanto, sentía el calor de su cuerpo junto al suyo.

—No sé qué me ocurre. A su lado me siento segura y feliz... No quiero dejar de sentirme de esta forma.

Él se aferró con más fuerza a ella.

Su corazón palpitaba desahogado por esas palabras que expresaban lo mismo que sentía por Wynona. La presencia de Calvin era probable que se volviera inútil, pues de ese modo no tardaría mucho en echar la rodilla al piso para pedirla en matrimonio.

Capítulo 15

Asqueado por tanto cariño que parecían profesarse, Calvin regresó al salón, agarró su copa y la llenó en varias ocasiones sin pérdida de tiempo.

Para él aquella demostración burda de afecto por parte de la muchacha era una estrategia para convertirse en lady Scarbrough. Su inocente amigo iba a ser timado en su buena obra de recoger a un pariente. Sabía de algunas mujeres irresistibles, quizá lady Wynona fuera una de ellas. Con una belleza innegable, aunque, a su parecer, poco carisma, la convertían en la candidata ideal para un codiciado soltero como Michael.

Le resultaba extraña la manera en que ella se desenvolvía. Ninguna dama que no hubiese practicado las artes amatorias se sentiría hostigada o aludida por los comentarios que él hacía, solo reaccionaría con nerviosismo y vergüenza, quien fuera una soltera puritana por fuera, pero pecadora por dentro. Ante ese pensamiento, llegó a la conclusión de que Lady Wynona no era tan pura y recta como intentaba aparentar frente a él. Estaba de más decir que no era de una dama respetable abrazarse en un pasillo con un caballero de la reputación de Michael. Las incoherencias eran evidentes alrededor de ella y él no dudaría en descubrir si algo ocultaba con el fin de asegurarse un hogar.

Después de que Wynona aflojara su asfixiante abrazo, recobró la compostura e intentó fingir que nada ocurría.

—No es bueno que deje a su visita. Sería un pésimo anfitrión si lo hiciera —mencionó para continuar sola su camino a la habitación.

—Sí, creo que le tomaré la palabra... Que tenga una buena noche —

replicó sonrojado y nervioso. Se le trababa la lengua y los pensamientos se le hacían difíciles de interpretar—. Mmm... ¿no gusta de alguna lectura?

Podría conseguirle un libro interesante, si es que cree que le será difícil conciliar el sueño con prontitud.

—Una vez dijo que no era muy dado a las lecturas.

—Tal vez nunca supe quitarle partido. En este tiempo he aprendido a apreciar más algunas cosas.

—Quisiera el libro para mañana. Esta noche descansaré sin duda.

—Haré una elección inteligente.

—Hasta mañana —se despidió con una reverencia calmada antes de retirarse.

Él hizo una inclinación de cabeza y la miró irse. Soltó el aire que tenía contenido en sus pulmones y recostó su frente en la pared. Se sentía extraño con ella y no quería admitir lo que a gritos le decía su pecho palpitante.

Aquella era más que una simple atracción por una mujer a la que quería llevarse que la cama.

Anteriormente, sus creencias sobre las relaciones entre varones y mujeres eran muy sencillas, sin mucho impedimento. Compartían un momento gratificante en la cama y era más que suficiente. Comprendió que existían damas para pasar un buen rato y otras para casarse.

Clasificó a Wynona como una mujer digna para casarse. Estaba seguro de que aquello que ocurrió con ella fue un evento desafortunado en su buena fe. El vizconde se refirió al hombre que mancilló a su hija como

«abusador y ladrón». Con eso le era suficiente para imaginarse que el caballero era alguien arruinado y que buscaba enriquecerse a costillas de un matrimonio. La razón del arma que cargaba era por si en algún momento aparecía, sin embargo, dudaba por que lo hiciera, pues estaban muy lejos de todo. Sandbeck Park era un lugar seguro para ella.

Cuando Michael volvió al salón, encontró a Calvin acabándose su botella de Brandi.

—Este brandi es muy extraño, comienza a darme sueño o... tal vez... el aburrimiento en este lugar... ¡Oh, me asfixio! —exageró recostado en el sillón.

—Calvin, el brandi no tiene nada, pero ayuda a dormir bien. Creo que deberías irte a descansar. Ha sido un día largo para ti.

—O para tu querida lady Wynona.

—No es mi querida.

—¡Pero desearías que lo fuera!

—Estás borracho, Calvin. Puedes quedarte a dormir aquí en el salón o puedes acudir a tus aposentos, que quede a tu criterio —indicó sentándose.

Calvin sintió como si el sillón donde estaba tuviera un resorte. En un momento estaba arrodillado al costado de donde reposaba su amigo.

—Michael, las mujeres no son para el matrimonio. Ninguna.

¿Comprendes? Me temo que te he visto perder el buen juicio. Si aún estoy a tiempo de salvarte de una pésima decisión, lo voy a hacer, querido mío.

—En verdad que el brandi tiene algo. Es muy acelerado lo que me estás diciendo. Lady Wynona es una muchacha sola que necesita de un protector, y para eso fui designado. Su estancia aquí no es...

—Debes casarla, supongo.

—Sí, en efecto debo casarla, pero ella es un tanto reticente al matrimonio.

—Imagino que su reticencia será contra los pobres. Quizás esté esperando al crédulo, un conde apuesto, inteligente, adinerado, con propiedades hermosas como Sandbeck Park.

—Calvin...

—¡Me callaré! Reacia al matrimonio —bufó—. Ninguna mujer lo es en realidad, solo hay un motivo o impedimento para que lo haga...

Michael sabía que Calvin no era un tonto, actuaba como tal porque le resultaba divertido. En ese instante, cayó en cuenta de que probablemente él estuvo tan vacío como lo estaba su amigo. De no desear más que su libertad, ansiaba la prisión de vivir bajo el mismo techo con la mujer que estaba en su casa. Se lamentaba ver a ese hombre frente a sus rodillas, borracho y haciendo conjeturas que, con lentitud, tomaban una forma real.

—Los borrachos tienen buenas ideas, pero sin fundamento alguno.

¿Quieres que te lea algo?

El joven se levantó con una mueca de desagrado en el rostro. No le apetecía la lectura, pero dejaría en paz a Michael, quien defendería con los dientes a su inquilina.

∞∞∞∞

Wynona no podía conciliar el sueño. Era la primera vez que le ocurría algo similar estando en aquel sitio. Desde que su padre le dejó la carta que le entregó el letrado, parecía tener paz y las noches se le hacían más ligeras.

Ya no tenía pesadillas sobre la noche que cambió su vida, sin embargo, nunca podría olvidar sus consecuencias y quebrantos.

Estaba sola en la habitación pudiendo a esa edad tener un matrimonio y un esposo. Conocer a Michael y convivir con él le hacían pensar en que no

podía cambiar su destino. Aquel era un castigo mayor que el que su padre le dio en vida. Observarlo y pretender que sus sentimientos no existían, estaba siendo difícil.

Procurar alejarse no estaba entre sus opciones por varios motivos, y uno era su dependencia de él en lo que respectaba a su cotidiano vivir. A sabiendas que era imposible casarla con alguien de alta alcurnia, debía mantenerla en su casa.

Después de lo ocurrido, sus posibilidades de un matrimonio conveniente eran pocas. Quizás un terrateniente o alguien con profesión u oficio, podría no sentirse ofendido por su falta de virtud. Pero no deseaba casarse con nadie con esas características, prefería lo imposible en su vida.

El ruido de unos pasos en el pasillo hizo que su cabeza abandonara la tibia almohada. Eran los

pasos de Michael yendo a su habitación.

Se volvió a recostar para intentar conciliar su sueño. Tendría días difíciles que afrontar frente al que probablemente le dejó sin un buen futuro.

Le asqueaba pensar que estuvo con él. Era degradante por su forma de hablar y referirse a las féminas. No podía comprender cómo había cruzado siquiera palabras con él. Si bien fueron pocas, ninguna delataba algo inapropiado dentro del marco de lo inapropiado en sí que constaba en la situación.

∞∞∞∞

Desconocía la hora de la madrugada en que abrió los ojos en su dormitorio. No podía siquiera distinguir un dedo por la falta de iluminación.

Wynona oyó unos ruidos que provenían desde la misma estancia donde se encontraba. Por un minuto, concluyó que eran roedores u otros inquilinos no deseados, pero el aroma a tabaco y la bebida barata la inundaron por completo.

Dio un grito horrorizado, que después fue acallado por la mano maloliente de un hombre.

—La he seguido hasta aquí... ya sabe lo que quiero... —pronunció una voz conocida que la atemorizó.

Luchó contra lo que amenazaba su vida. Pudo librarse y dar otro grito.

Michael fue despertado por aquel alarido desesperado de Wynona.

Atropelló su cama, la puerta y todo lo que estaba a su alcance para llegar a donde se encontraba.

Al abrir la puerta, ella se encontraba pataleando bajo la frazada con los ojos cerrados.

—¡Lady Wynona, lady Wynona! —pronunció con fuerza para que despegara los párpados.

Con la respiración agitada y angustia latente, no podía distinguir si fue un sueño o la realidad.

—¡El hombre quería asfixiarme!

—Me temo, lady Wynona, que ha tenido una terrible pesadilla...

—¿Pesadilla? No... Era real... El olor...

Él le acarició el rostro y sintió verdadera preocupación por ella. Parecía trastornada diciéndole aquello. Era imposible que alguien llegara hasta ellos.

—Recuerde que a mi lado se encuentra segura. Nadie podrá hacerle daño aquí.

—Alguien estaba aquí, ¡créame!

—Por supuesto que sí, milady. Para dejarla más tranquila, revisaremos toda la casa.

—Lo más emocionante de los últimos tiempos en este lugar debe ser la pesadilla de una mujer —gruñó Calvin presentándose en la habitación.

—Toma un arma, Calvin. Iremos afuera —mandó Michael.

—Mujeres y sus caprichos. Dudo que hubiera algo en esta casa.

Condenación, para esto me levanto —se quejó antes de ir por su arma.

Wynona no podía siquiera molestarse por Calvin, estaba demasiado temerosa por lo que fue aquello. Tal vez estaba como Michael en su casa, llena de sugestión y temor por la llegada de Calvin.

Capítulo 16

Wynona quedó a resguardo de su nana mientras los mozos, Calvin y Michael, buscaban a alguien que quizás estaba en las pesadillas de la muchacha.

—Se me han helado hasta los tobillos con esta búsqueda inútil. ¿No es mejor decirle que tenga la consciencia tranquila? —escupió Calvin, molesto.

—Y tú queriendo salir al pueblo, ¿no es mejor mantener a raya tus instintos?

—La libido me mantiene caliente para esos menesteres. ¡Que no te quede duda de eso!

Michael negó con la cabeza y se dio por vencido con respecto a la pérdida de tiempo que tuvieron de sus sueños. Tenía que darle las noticias a la asustada joven.

Su amigo maldijo y mencionó incoherencias. Aún seguía un tanto borracho y, para empeorar la situación, tenía un arma en la mano. Lo envió a dormir para que estuvieran más tranquilos en la casa.

Al ingresar a la habitación, ella abandonó los apacibles brazos de su nana y acudió junto a él.

—¿Vieron algo? —inquirió ansiosa.

—No. Es una suerte que Calvin esté durmiendo, de lo contrario, hubiese respondido la pregunta con malicia.

—Era tan real —dijo con la voz apagada. Le dio la espalda a Michael.

Él quiso agarrarle los brazos, pero los ojos ardientes de la nana se lo impedían.

—Le devolveré la cortesía que usted tuvo conmigo. Dormiré en la habitación para cuidar de su sueño y que duerma tranquila.

—¡Más esto faltaba! —aulló la mujer mayor.

—Iré por un mueble para dormir. No acepto discusiones, señora. Me importa la tranquilidad de lady Wynona.

Ella no quiso negarse. Estaba asustada aún.

—Dormiré en la cama junto a usted, milady. No sé de quién temer. ¿Nos ha seguido hasta aquí? —habló la nana tomándola de un brazo.

—Es probable o... quizá fue una pesadilla tan palpable. Prefiero que él duerma aquí.

—Milady, usted no entiende. No hace más que torturarse y darle esperanzas infructuosas al degenerado este que quiere acostarse con usted.

Él no piensa que es decente, nunca lo hará. Está demostrándole que es tan fácil como beberse su brandi.

—Acomódate, que dormiremos los tres aquí. No importa lo que piense, tengo fe en sus intenciones de cuidarme.

Oyeron el arrastre de una otomana hasta la puerta y después observaron a Michael acomodándola en un rincón.

—¿No estará incómodo en ese lugar? Dudo que su larga figura tenga una buena noche —comentó Wynona con una menguada sonrisa.

—Mientras que usted pase una buena noche, estaré más que complacido. Acuéstese e intente cerrar los ojos. —Colocó la lámpara cerca de la mesa junto a la cama de ella.

—Gracias.

Michael giró un par de veces en la otomana, incómodo por el poco espacio que tenía. El suelo era, a su parecer, un lugar más cómodo. Los ronquidos de la nana de Wynona le impedían conciliar el sueño y lo dejaba pensante sobre lo ocurrido. Era probable que estuviera soñando con su agresor y reviviera aquel momento. Se llenaba de impotencia imaginando su sufrimiento. No era el ser más empático que existía, pero estaba tan involucrado con ella, que le resultaba imposible ser indiferente a sus sufrimientos.

Tan bella, vulnerable y hasta quizás inocente, cayó en alguna trampa. La palabra «ladrón», que utilizó el vizconde, podría deberse a la condición del hombre en cuestión. Un noble quebrado, un apostador, un simple sinvergüenza o un salteador de caminos en el término más literal de la palabra.

Escuchó historias de nobles que consiguieron de nuevo su fortuna forzando un matrimonio con una dama de la aristocracia, cuya dote sirviera para cancelar sus deudas y darle un futuro próspero.

Entonces, no podía echar al viento las advertencias del difunto y tampoco podía asumir que ella

estaba demente. Una perturbación de su paz

era más adecuada para la ocasión. Comprendía que la presencia de Calvin no le era para nada cómoda; los modales de su amigo en nada se parecían a lo que le describió. Hubo una antipatía desde un principio por parte de ella.

Podía dar mil hipótesis sobre lo que le ocurría y una de ellas era la que en su mente cobraba más fuerza: la soledad.

Sometida a los castigos lejos de una sociedad que tal vez ella extrañara, forjó una personalidad temerosa, o bien su perturbación podría deberse a que aborrecía a los hombres, pero no a él. Cuánto se jactaba al creerse tan importante. Todo lo que hacía por ella pasaba por lejos a la simple caballerosidad y educación. Estaba embrujado por Wynona. Era un ser lánguido y sin voluntad cuando la miraba. Era una atracción desconocida para un hombre acostumbrado a disfrutar de la compañía de muchas féminas.

Los ratos en que recordaba que Calvin estaba en su casa, se sentía ajeno a él. No tenían aquella conversación soez de otros tiempos. Prefería buscar la compañía de Wynona y su piano, después de la cena, antes que sentarse a escuchar a su amigo parafraseando.

Para cuando los gallos cantaban, Michael abandonó la habitación sin despertar a las mujeres con las que durmió. No deseaba que Wynona lo volviese a ver tan impresentable.

Calvin no dio señales de vida hasta después del mediodía, se había perdido el almuerzo.

—Tan vago y holgazán —opinó la nana de Wynona recostada en el marco de una puerta que daba hacia el comedor—. Que malas amistades tiene milord, aunque era de esperarse...

—No se atreverá a acercarse estando tú aquí conmigo, nana. Siéntate.

Milord le hace compañía para que no nos moleste.

—Resulta de lo más oportuno. Riverton Manor era un paraíso comparado con este lugar que se convirtió en un infierno. Si no fuera tan caprichosa, estaríamos ahí.

—Te aseguro que aquí estamos más seguras de lo que podríamos estar en la propiedad de mi padre. Recuerda, no tenemos recursos. Todo el dinero lo tiene el conde. No puedo pedirle nada.

—Tampoco es que desee pedirle algo. Imagino que lo primero que le mandará hacer será dejar el vestido de luto.

—Es probable. A mí también me agradaría dejarlo. Puede que mi padre no merezca tanta ceremonia, de todos modos, arderá en el infierno.

Wynona zanjó con aquellas palabras el diálogo con su nana. También deseaba saber qué hacía el conde acompañando a su amigo en la mesa.

∞∞∞∞

—Es evidente que me quedaré más tiempo en cama e intentaré recobrar la lucidez. Me congelé los tobillos por un absurdo —se mofó al decirlo—.

Al menos dormí mejor que tú, que no has dejado de bostezar en mi cara.

—Lo siento. La señora ronca mucho. He pensado en reforzar la seguridad de la propiedad.

—¿Por una nimiedad? Tu prospecto de pariente tuvo una pesadilla porque su consciencia es más

oscura de lo que piensas. Te aseguro que, si ella se toca los cabellos, sus dedos se pondrán negros.

—En Riverton Manor alguien me cogió del pie. Pensé que era un fantasma, pero me parece que debe ser algo más sensible que un frío espectro.

—¿Algún amante de la lady inmaculada? —expresó burlón.

—¿Por qué insistes en eso?

—Por la obviedad. Solo una mujer con experiencia podría sentirse aludida por tan ridículas palabras que dije ayer durante la cena. Esa paloma tiene más manchas que una vaca. Conozco a muchas mujeres y de cada una me he quedado con algo.

—Eso sonó romántico y hasta acogedor viniendo de ti.

—No es para nada romántico, es un hábito inofensivo. Te mostraré mi colección en algún momento, o tal vez se la enseñe a ella para saber qué tiene que decir al respecto. —Sonrió guasón sin dejar de observar a Michael, que, a solo un día de la llegada de su amigo, deseaba que este se fuera.

Capítulo 17

Michael ordenó que los lacayos hicieran rondas por la noche hasta estar seguros que no había ingresado nadie. Temía que Wynona estuviera en algún peligro por no ser cuidadoso con ella. Era una mujer sin nadie a quien acudir, cualquier desalmado podría intentar aprovecharse de aquello con alguna artimaña.

La idea de un espectro espeluznante o del fantasma del mismo vizconde de Castleton, perdían fuerza por la sencilla y lógica razón de que él fue víctima de un evento similar en la residencia de ella. También estaba el hombre al que había visto el día en que el lacayo salió a buscar las provistas y no podía olvidar los cuchicheos en los pasillos que hacían Wynona y su nana en medio de la noche. Tenía que estar atento ante cualquier sonido o situación inusitada en su casa.

De la llegada de Calvin a Sandbeck Park, pasó una eterna y sufrida semana para Wynona. No encontraba refugio ante la palabrería insensata y provocadora del hombre. Cuando los tres debían compartir el espacio, intentaba sonreír para no desagradar a Michael, a quien se le veía cómodo en compañía de su amigo, pese a que sus conversaciones se trataban casi en su totalidad sobre el aburrimiento de Calvin y el frío de sus tobillos debido a la supuesta alucinación de ella.

Michael no tuvo oportunidad de volver a acercarse a Wynona como lo deseaba. Calvin le respiraba en la nuca dentro de su vivienda y evitaba que él compartiera conversaciones de cualquier índole con ella.

Se sentía enloquecer con la presencia de su amigo, a quien miraba con más desagrado a cada día que pasaba. Wynona estaba tensa y no respondía a los intentos de Calvin por introducirla en las conversaciones.

Una tarde, Wynona decidió refugiarse en un lugar distinto a su habitación. El salón que antes era de su agrado cuando tocaba el piano solo para Michael, fue el sitio que escogió para quedarse a reposar después del almuerzo.

Tenía una maraña en sus pensamientos. Estaba preocupada por si ese hombre recordaba algo y que ella terminara avergonzada frente a Michael.

No tenía nada que perder, lo peor ya aconteció en su vida, pero, aun así, le importaba lo que él pensara. Sus sentimientos estaban aferrados a él y esperaba con ansias los momentos en que eran ellos los únicos en esa estancia. Se reconfortaba con la esperanza de que faltaban unas semanas más para que ese desagradable visitante se fuera, y ansiaba que lo hiciera sin que Michael supiera que él era el hombre de la fiesta.

—Esos pensamientos deben valer una fortuna, milady —mencionó Calvin, que la notó distraída con un libro en su mano.

Ella brincó como una liebre del sillón y se alejó con presteza. Calvin la siguió con la mirada. La estudiaba con minuciosidad. Se la percibía asustada, temerosa y, sobre todo, culpable. Nada le quitaba de la cabeza que ella ocultaba algo y cada vez se convencía más de aquello.

—¿Por qué huye de mí? Dígame, lady Wynona, ¿qué oculta? ¿Me conoce acaso? ¿Le han hablado mal de mí? —Rodeó el sillón detrás del cual estaba refugiada.

Wynona se movió a la par que él para que no se le acercara.

—No huyo de usted, milord. Si me disculpa, me iré para que usted pueda darle un buen uso a este salón —refirió apresurada para dirigirse a la puerta, pero no contaba con que una de las manos de Calvin la tomaría de su muñeca izquierda.

—¿Está apurada? Yo quiero charlar con usted. No hemos tenido tiempo de conocernos.

Pese al susto que conllevaba ese contacto entre ambos, ella asumió una postura de ofensiva antes de continuar con su defensiva huida.

—Lo estoy. Es inapropiado que estemos en el mismo salón... solos.

—Es el campo, a lo mucho nos ven las aves. ¿No cree que Michael es un pésimo anfitrión? Me ha dejado sin su compañía. Usted es la segunda a la cabeza en la casa. Casi podría sentir que es la patrona. Debería acompañarme. No la morderé, si no lo desea.

—No sea soez. Es una razón para no querer acercarme a usted. No es la forma de abordar a una dama.

—¡Tiene razón! ¡En verdad que la tiene! —exclamó a carcajada suelta

—. Solo quiero saber su fechoría. No puede ir a Londres, algo la perturba y... son mis razones válidas para pensar en que usted hizo algo muy malo y que se lo oculta a Michael, que, a mi entender, la tiene en excesiva estima,

más de la necesaria. Me siento perturbado y desorientado por tantas atenciones a usted.

—No hay nada, milord. Me retiro. Le recomiendo que no se beba el brandi de día, la noche es ideal para ello.

—Atenderé a su recomendación —aceptó soltando la mano.

Al sentirse libre de aquella prisión, corrió por el pasillo con prisa. En su rápida huida, golpeó su hombro izquierdo contra la salida del pasillo. No sintió mucho dolor y continuó su camino hacia su habitación.

—Lady Wynona —pronunció Michael desde su puerta al ver que ella iba a ingresar a su habitación.

Lo miró, pero no le hizo caso. Cerró la puerta con premura.

Él se quedó con la palabra en la boca. Desde que Calvin estaba en la casa, ella cambió por completo. No era la misma persona jovial y hasta sarcástica que solía ser. Prefería estar en su habitación encerrada. Ya no tocaba el piano como antes, le faltaba pasión.

Michael se colocó frente a la puerta de ella para golpearla, aunque no se animó. Guardó su puño al costado de su cuerpo y agachó la cabeza en señal de impotencia. Deseaba saber lo que le ocurría, pero sabía que le daría respuestas esquivas y sin mucho sentido, las cuales no responderían a su curiosidad como esperaba.

Bajó para observar a dónde estaba la nana de Wynona. Era extraño que no estuviera pegada como una sanguijuela a la cola de su vestido.

La buscó por la recepción y el comedor, hasta que la encontró en la cocina.

—Señora, vaya a ver a lady Wynona. Entró a su habitación muy extraña

—mandó a la mujer que tenía unas ropas en los brazos.

—Ahora voy, milord. Guárdame lo que te pedí —recordó a la cocinera que estaba con ella y asintió.

Cuando la nana se fue, Michael contempló a la nerviosa cocinera.

—¿Qué le guarda? —inquirió a la mujer.

—Es un calmante para los nervios de milady. Sufre mucho de ellos. Es una mezcla de hierbas para que pueda conciliar el sueño.

—¿Sí? ¿Qué le parece si por una corona me hace uno similar para mi uso particular? También tengo problemas del sueño.

—Por supuesto que se lo voy a guardar. En un momento se lo tengo listo —replicó la cocinera.

—Que la nana de milady no lo sepa, es probable que se burle de mí.

¿Me haría ese otro favor?

—Sí, milord.

Se retiró de la cocina para buscar a Calvin. De algo le serviría el preparado para el sueño. Podía asegurar que eso le había puesto en el brandi en Riverton Manor, no había otra explicación para que se durmiera sin siquiera desearlo.

—¿Qué haces aquí, Calvin?

—Me bebo tu brandi. Esa... lady Wynona es un cúmulo de secretos.

—Aléjate de ella. Es una advertencia si quieres conservar mi amistad.

Te aprecio, pero ella está desprotegida y me necesita, tú no.

—¿Ha salido el defensor de los inocentes! Michael, te quiere ver la cara de estúpido que yo estoy viendo ahora. Tú enamorado como un perro sin amo. Que tristeza da notar la caída del ser humano ante las bajezas de los sentimientos. Dolor, manipulación, lágrimas... una mezcla siniestra de falta de confianza en sí mismo.

—Lo dices porque nunca conseguiste acostarte con Juliette. Se ha acostado con todos y te rechaza. ¿Dónde está tu amor propio?

—Es probable que esté reposando con el tuyo en la indigencia. Otro golpe que me diste, Michael. Juliette es arisca como un caballo y sabe cuánto la deseo, es por eso que me ignora con la intención de mantener firme mi interés por ella. Tengo que admitir que funciona con mucha precisión. Extraño tener que perseguirla. ¿Recuerdas la noche en que tuve que dejar a una dama en mi cama? Fue para seguir a Juliette. ¿Para qué?

Terminé solo y sin nada ese día. ¡Ya vendrán tiempos mejores! Nos sobra juventud. Como tu amigo, querido mío, deseo tu bienestar. ¿Quién puede obligarte a legar nada? Existe la vocación de soltero irremediable. Se vive para sí mismo, suena un tanto egoísta, pero mejor estar solo que mal acompañado hasta que la muerte los separe.

—No voy a pedir a milady en matrimonio porque ella no lo desea y no soy alguien que piense en eso... Yo...

—Calla. Lastimas mis oídos con tus mentiras. Apenas abandone este lugar te humillarás pidiendo a una mujer que en mi teoría no es virgen en matrimonio. Valora mi estadía aquí, te abriré los ojos sobre ella. Es una víbora, como todas. Una parte maligna de mi persona opina que te la llesves a la cama cientos de veces hasta que se te pase el deseo y no quieras casarte,

y la otra parte, aún más maligna, quiere que la compartas conmigo. ¡No pongas esa cara, era un chasco!

—Es mejor que te bebas el brandi de noche, por la tarde te daña la cabeza. Te veo en la cena.

Capítulo 18

Michael salió enfurecido del salón. Intentó mantener la calma para no matar al incordio de su amigo, pues no quería que se enterara de lo que le había acontecido a Wynona. Sería su comidilla. Estaba arrepentido de haberlo invitado.

Los meses que pasó alejado de Calvin y de Londres, lo convirtieron en alguien diferente. Conocer a Wynona y —por qué no decirlo— heredarla, fue lo mejor que le aconteció hasta ese momento en la vida.

Sentía una multitud de sensaciones cuando estaba cerca de ella. Tenía un corazón muy noble para haberle perdonado la grosería de decirle que se acostaran. No olvidaría semejante insulto y humillación para una dama de su clase. Quizá cuando ella tuvo aquella experiencia terrible, fue por inmadurez. Era una cruz muy pesada la que llevaría por siempre.

La nana de Wynona se presentó frente a ella para verla. Estaba sentada en su cama con la mirada perdida en el suelo.

—Milady...

—El pasado no deja de perseguirme. Que hombre tan despreciable fue con el que quedé esa noche. No parecía ser así, era amable, agradable...

—Ellos son así cuando quieren algo, milady. Incluso este conde con el que vivimos es así. La quiere, pero en su cama.

—No me hagas otra herida, nana. Necesito consuelo, no un dolor mayor. ¿Qué más tengo que perder? ¿No merezco un poco de felicidad? En estos años derramé tantas lágrimas que estoy seca. No me importa que un hombre me presione por darle dinero y que otro me acose dentro de la casa.

Mi deseo es que mi conde no sepa más nada de ese asunto que me avergüenza tanto. A él no le da vergüenza haber tenido muchas mujeres. No es lo mismo la justicia para los varones que para las mujeres, estoy sucia y me moriré así.

—No se torture más. Con la cocinera hemos preparado el mismo brebaje que le dimos a milord en Riverton Manor. Este conde del infierno

vivirá durmiendo hasta que llegue el día de irse.

—Es mejor que le demos veneno, pero eso es muy cruel. No somos asesinas.

—Es la única forma de que nadie se acerque a usted. Yo la cuido. Si tan solo me permitiera colocarle unas gotas también a milord.

—No. No quiero que lo hagas. Nos ha dado su techo y nos cobija.

Nuestra suerte pudo ser peor. Si me tocaba un pariente diferente a milord, tal vez...

—No piense más, por favor. No puedo convencerla de que lord Scarbrough es una mala persona, debo admitir que se preocupa por usted, pero no confío en nadie.

—Y yo solo confío en él...

—La voy a cambiar para la cena. Tengo mucha ropa limpia que secamos cerca del fuego.

—Gracias.

Con la chimenea encendida, se quitó el vestido y la nana quiso colocarle otro, mas no pasó desapercibida su enagua.

—¡Tiene sangre, milady! —exclamó al distinguir el hombro de la tela de algodón.

Wynona se miró en el espejo y sacó un poco de la tela que se le había pegado en un gran raspón.

—Es un raspón. Me duele...

—¡Se lo hizo ese hombre! ¡Voy a matarlo!

—No, no fue él. Me lo hice sola al venir aquí, fue la pared. Estaba un poco desorientada. ¿Puedes curarme?

Así lo hizo la nana. Le dolió quitarse la tela pegada para cambiarse por completo. Al parecer, ninguna herida podía dolerle más que la vergüenza.

Tenía que enfrentar otro momento difícil: el de cenar con Calvin. Todas sus comidas se le hacían pesadas. Comía, bebía y se divertía menos estando él.

Ella se quedó sola y su nana procedió a hacer lo que deseaba: colocar algunas gotas de ese calmante en el brandi. Cuando ingresó a la estancia, se quedó con la quijada en el suelo; Michael colocaba algo en la bebida.

—¡Qué está haciendo! —le increpó la criada.

Él echó por accidente el frasco y se apresuró a recogerlo.

—¡Me ha asustado! Supongo que lo mismo que usted hará —replicó suspirando.

—No sé a qué se refiere.

—No se haga, señora, que no le queda. No soy alguien que concilie el sueño con facilidad. Me ha estado echando algo en el brandi.

—Me ha descubierto, pero es por el bien de milady. Ese amigo suyo la acosa. No querrá que ocurra otra desgracia con ella.

—Por eso estoy aquí.

—¿Le puso algo ya?

—Unas dos gotas...

—¡No sea codo, échele el frasco! —Agarró la botella.

—¡No queremos matarlo!

—Yo sí deseo matarlo, pero no lo haré. Es solo un calmante, no un veneno. Cálmese.

Michael observó cómo aquella mujer le echaba con cuidado la mezcla de hierbas. Estaba nervioso, confiaba en que ella decía la verdad y que eso no mataría a Calvin. Por una vez desde que se conocieron, estaban haciendo algo juntos y no era nada bueno.

—Sigo sin aprobarlo, milord. Cuide de milady, se lo pido, no sea usted alguien que le provoque más dolor por la vana lujuria. Ella no merece más sufrimiento, si supiera...

—¿Qué más debo saber? ¿Se relaciona con el hombre que vi en Riverton Manor o es respecto a sus cuchicheos con milady?

—Es más peligroso el hombre al que usted invitó, que aquel que está afuera. Con permiso —dijo con una reverencia antes de retirarse.

Se quedó pensativo con respecto a lo que dijo la mujer. Lo único que hizo fue confirmar sus sospechas sobre alguien que las siguió desde otro condado hasta donde se encontraban.

No hubo ningún acontecimiento más desde que ordenó a sus lacayos recorrer la propiedad en la noche. Eso evitaba que se acercara a ella. Le preocupaba la forma en que había entrado, sabía Dios con qué intenciones para con ella. Tenía muchas preocupaciones y Calvin se sumaba a ellas con su forma de ser.

Michael esperó sentado a Wynona frente a las escaleras. Calvin lo acompañaba parado al lado, buscándose algo entre los dientes con una uña.

—Qué ceremonia. En esta casa no hacen nada distinto —se quejó Calvin.

—Puedes proponer algo durante la cena. Quizá participemos.

—La amargura con faldas no querrá hacer nada. Está más ocupada en tenerte como a su perro.

—Me gusta ser un perro, es por eso que tengo una jauría. En primavera los traeré a todos. La cacería será interesante.

—Aún falta para la temporada de caza. Me encantaría permanecer aquí.

—Lo veremos después —mencionó levantándose para recibir a Wynona, que le sonrió forzada al notar la presencia de Calvin a un costado de él.

—¿Se tomó una siesta? —curioseó Michael con una sonrisa ladina en el rostro.

—No. Estaba haciendo unas costuras.

—Si usa sus prendas negras todo el tiempo, es evidente que tendrá mucha costura que hacer. Menos mal las mujeres se dedican a aprender ese oficio —opinó Calvin con malicia.

Ambos ignoraron el comentario de Calvin y caminaron en silencio hasta la mesa. Mientras picaban sus alimentos, continuaban de aquella forma hasta que se rompió el sepulcral silencio del trío.

—Le propuse a Michael hacer algo distinto esta noche, lady Wynona.

Pensé en jugar cartas. ¿Juega a las cartas? —indagó con tranquilidad.

—Un poco. No soy diestra en eso.

—¿Está de acuerdo con la diversión que propone Calvin, milady?

—En efecto, no tengo inconveniente.

—Es una excelente noticia. ¿Le dijo Michael que me quedaré unas semanas largas porque quieren matarme?

—Oh, qué lástima —replicó con sarcasmo.

—¿Lástima porque me quedaré?

—No querrá escuchar mi respuesta.

—Cartas, jugaremos cartas, beberemos y dormiremos —interrumpió Michael antes de que aquello se volviera una batalla.

Al retirarse del comedor, los tres fueron al salón seguidos por la nana de Wynona.

—Seremos cuatro para jugar. No me molesta que nos acompañe la servidumbre —emitió Calvin.

—Vine para cuidar de milady, no para jugar, milord. ¿Le sirvo brandi?

Él abrió ambas manos en señal de rendición y aceptó el brandi que le ofreció una sonriente doncella. Michael estaba ansioso por que se bebiera toda la botella y cerrara la boca de una vez. Wynona estaba también sentada junto a ellos y esperando lo mismo que el resto.

No habían terminado una mano de cartas, cuando Calvin comenzó a dormitar. Casi le era imposible mantenerse despierto. Hizo lo posible por continuar el juego, aunque al final fue vencido por el sueño, echando sus cartas y su copa al suelo.

—¿Eso es lo que me hacían en Riverton Manor? —inquirió a Wynona.

—Es por seguridad. Una receta de mi nana.

—¿Cree que está cómodo? Mire su cuello —musitó Michael.

—No se morirá, los milagros no ocurren todos los días.

—Señora, vaya por una manta para mi amigo. Hace frío —ordenó.

La nana miró a Wynona, que asintió ante esa orden.

Se quedaron ella y Michael observándose mutuamente.

—Lo siento. Pensé que la presencia de Calvin pondría distancia entre usted y yo. No porque la desprecie, sino para no ser tentado por mis deseos.

Creo que ha sido en vano todo. Mientras más lejos la tengo, más la necesito.

Tanta es mi necesidad de usted, que con besar su mano me conformo —

confesó un poco apresurado. Su nana pronto volvería y no habría tiempo de decirle lo que quería.

—Ha puesto distancia entre nuestros cuerpos con este caballero, pero no en nuestros sentimientos. Yo lamento mis errores más que nunca. Mi vergüenza no tiene fin y no merezco escuchar algo que debería ser declarado a alguien que aún goza de su pureza —respondió con mirada triste y esquiva.

—Quiero que me conozca para que confíe en mí. No soy un hombre sin defectos, sin duda lo habrá notado, y menos me creía uno con sentimientos.

Era tan vano como Calvin. Puede usted verme en ese hombre tirado en el sillón. Pero ir a Riverton Manor me ha cambiado. Fui seducido por usted sin que lo supiera, sin quererlo, sin desearlo... y no tengo esperanzas de alguna vez ser correspondido, quizá por sus miedos o por los míos.

—Negarme a lo inevitable me parece ridículo. Lo veré aquí a medianoche. Espéreme, tengo algo que decirle...

Capítulo 19

La nana volvió con la manta y ellos hicieron como si nunca hubieran tenido una conversación. Wynona permaneció sentada en la silla, al igual que Michael cuando tapaban a Calvin.

Ella se agachó y agarró las cartas que se le habían caído a Calvin. Se las enseñó a Michael mientras decía:

—Jugaremos una partida, después me iré a dormir.

—Lo que usted disponga está bien para mí, milady. ¿No despertará? —

realizó un gesto hacia el dormido.

—¿Usted despertó acaso?

—Sin dudas dormiré hasta el día siguiente.

Con rostros más relajados y sonrientes jugaron a las cartas. Michael dejó que ella ganara el juego. Él estaba ansioso por lo que tenía que decirle a medianoche y no podía colocar mucha de sus energías para ganarle una partida.

Wynona fingió un bostezo detrás de su mano.

—Me quedaré dormida como su amigo. Me retiro por esta noche.

—Y no lo hace con las manos vacías, sino con una victoria.

—Que no sería tal si dejaba de distraerse en el juego. Hasta mañana.

—Que tenga buena noche.

—Vámonos, nana —mandó.

Michael también abandonó el salón después de que ellas se fueron.

Buscó su brandi en una alacena de la cocina. No iba a tomarse aquel que estaba lleno de esa mezcla de hierbas que tenían a Calvin bien sujeto del lado de los sueños. Escondería el buen brandi en un mueble.

—Quiero tomar un té antes de dormir. ¿Me acompañarías, nana?

—Me apetece un té. Le contaré lo que le vi haciendo a milord.

La mujer preparó el té con tranquilidad y se lo llevó para que lo bebieran.

—¡Está muy caliente! —exclamó Wynona escupiendo unas gotas en su prenda.

—¡Milady, se ha mojado!

—Necesito otra prenda para dormir.

—Por supuesto. Se lo busco en este instante.

Mientras observaba a su nana buscando la prenda con una lámpara, ella sacó un frasco de debajo de su almohada y vertió parte del contenido en la taza de aquella. Se apresuró para cerrar la tapa y colocarla en su lugar.

—Aquí está. Levántese y se lo coloco.

Ella obedeció con una sonrisa. Esperaba que no sospechara lo que había hecho. No la dejaría tranquila hasta verla dormida para retirarse.

Bebieron el té hasta que se terminó. La nana no parecía rendirse ante el sueño, estaba sentada sin quitarle los ojos de encima. Ella fingía estar dormida para que la otra se confiara y cediera con

más presteza al sueño.

Cuando escuchó un ronquido que provenía de su cuidadora, sonrió y se colocó una capa para ir al encuentro de Michael. Esperaba que aún siguiera en el salón.

Salió con cuidado de la habitación y fue casi de puntillas hasta el salón.

Calvin seguía durmiendo profundo y Michael estaba recostado por el piano con una botella a su lado.

—Espero que no esté pensando en dormirse tan temprano. Disculpe la tardanza.

—Lo comprendo. Su nana es una persona difícil, pero su fidelidad es innegable. ¿No le incomodará pasar a mi biblioteca? Calvin ronca en ocasiones.

Ella negó con la cabeza y le enseñó la salida con su mano. Él escondió la botella en el mueble cerca del piano y se llevó la copa.

Al ingresar a la otra estancia, el silencio se extendió entre ellos y Wynona comenzó a sentirse ansiosa y nerviosa.

—Es pacífico estar a solas. Valoro la compañía de otras personas, pero más la suya. Admito que extrañé el piano, por esa razón estaba ahí, me hizo falta, aunque me sentí confortado por el encuentro pactado.

—Comprendo que no he sido la residente más amable con su visita, pero me desagrada tanto que no puedo evitarlo.

—Tan solo ignórelo.

—No puedo. Ha insinuado que yo deseo ser la patrona de Sandbeck Park, pero es demasiado. ¿Qué más puede perder alguien que ha extraviado

lo único valioso que poseía por un terrible error? No tengo aspiraciones, solo sentimientos. Ira, tristeza, resignación y mucho arrepentimiento.

Quiero olvidar. Cuando suelte mi mano y me deje en Riverton Manor, deseo que lo haga llevándome un recuerdo feliz de aquí, de usted.

—No se irá de Sandbeck Park y si lo hace, tenga por seguro que será por voluntad suya y no mía.

—Después de lo que le diré, me juzgará como mejor le parezca. Como le dije, quiero ser feliz, y para eso le pediré que me bese más que la mano.

Él tragó saliva por lo que escuchaba. En esa luz tenue de la lámpara podía notar su decisión y temor, también así su ansiedad.

Michael agarró la mano de Wynona y dejó un beso en ella. Más que eso, se aferró a esa extremidad sin soltarla.

—No haré nada que usted no desee. Seré paciente. Que sea feliz será algo por lo que arriesgaré más de lo que debería.

—¿Qué piensa ahora de mí?

—Que ya no siente temor de lo que crean los demás. Confíe en mí, hay algo que no me quiere contar.

—Y no lo haré. Hay cosas que es mejor no recordar porque hacen daño y ya no deseo ajarne, quiero felicidad, aunque ese efímero momento dure el silencio de la medianoche de cada día como si fuéramos bandidos. No deseo comprometerlo y usted no quiere comprometerme.

Michael abandonó la mano a la que se aferró y se acercó con lentitud para besarla en los labios. Ella colocó ambas manos en el rostro de él y se dejó llevar por esa suave danza de dos bocas ansiosas de conocer lo que acontecía entre ellos.

No se habían hablado de amor, sino de compañía. El afecto mutuo entre ellos era incuestionable.

Cuando dejaron de besarse, ella se recostó en su pecho para refugiarse y escuchar el corazón acelerado de su acompañante.

—¿Su corazón siempre late tan veloz?

—No. Quizá se deba a que le agrada su compañía. Me ocuparé de usted, sepa que no le juzgaré y le respetaré.

Ella permaneció largo rato en silencio acogida en los brazos de Michael.

Él comprendió que había pactado algo con Wynona. Un trato conveniente para quienes buscaban con anhelo la compañía mutua en medio de los inconvenientes. Aquella dama que se refugió en su pecho ignoraba que estaba más cerca de convertirse en la dueña de aquel sitio, que de regresar a

las frías tierras de su confinamiento. Sentía miedo de dejar la vida que llevaba, pero con solo ver a Calvin, se convencía que, si continuaba por el mismo camino, acabaría miserable, sin compañía y amargado.

—Cada noche nos encontraremos aquí —anunció Wynona soltando las manos que sostenía Michael.

—No todas las noches podrá deshacerse de su criada.

—Asumiré que no he podido librarme de ella si no llego después de la medianoche.

—La enviaré a dormir temprano.

—Ocúpese de que su amigo no nos moleste, mi nana será el menor de sus problemas. Con el tiempo será mi cómplice.

—Nunca lo admitiré, me odia con todas sus fuerzas.

—No lo odia. No quiere que yo sufra porque sospecha que me romperá el corazón. Me ha visto llorar y me consoló en mis peores tormentas. No podría llegar a imaginarse mi sufrimiento, que cesó con la muerte y las confesiones de mi padre. No me apetece convertirme en la amante de nadie.

Sus opiniones me interesan mucho, milord. No haría esto si no estuviese segura de que mi poca reputación queda en las mejores manos.

—Desde que me equivoqué no dejo de arrepentirme, pero me siento satisfecho de ser correspondido por usted en esta necesidad. En algún momento le confesaré una desobediencia que cometí de una orden suya.

—No me dejará dormir pensando en qué será.

—Es un pendiente entre nosotros, una razón más para volver a encontrarnos...

—Buenas noches.

—Le aseguro de que no hay mejor noche que esta.

Wynona le entregó una última sonrisa y se retiró después de la una de la mañana. Cuando su nana supiera de sus encuentros nocturnos con Michael, pegaría el grito al cielo y le prohibiría verlo, pero no había nada que conservar o que cuidar. Su vida estaba perdida y en cinco años la decadencia sería lo único que tendría, más los años de soltería que arrastraría por siempre. ¿Qué era una corta felicidad comparado con los años de soledad que le esperaban? ¿Quién más la juzgaría? Sus sentimientos por Michael se convertirían en tristeza cuando la abandonara en Riverton Manor al terminar el plazo de casarla, que estaba sobreentendido que no existía si mantenían un romance con encuentros nocturnos.

Al entrar a su habitación, su nana continuaba dormida. No se había dado cuenta de que salió y menos que tardó más de una hora.

Michael permaneció un tiempo más en su biblioteca. La copa de brandi se vació mientras él charlaba con Wynona. Una mujer herida confió lo poco que le quedaba a un libertino de profesión, no obstante, él parecía hipnotizado por las palabras, la sonrisa y el retrato de ella. Estaba confundido y dividido entre sus creencias y sentimientos, al borde del precipicio de la indecisión.

Debía festejar que la tenía donde deseaba, mas no se permitía hacerlo.

Ella no merecía que alguien volviera a aprovecharse de su descuido. Si deseaba compartir su cama con ella, su paciencia debía ser infinita para controlar sus ardientes deseos, los cuales lo cegaban al verla.

Capítulo 20

Los horarios de encontrarse en la biblioteca debieron cambiarse. La nana parecía quebrantada por ella y se quedaba más tiempo haciéndole compañía en la habitación. Era imposible hacerla dormir todos los días como lo hacían con Calvin. Pronto se pondría a sospechar de sus constantes

dormidas.

Michael en ocasiones no podía ocultar sus atenciones hacia ella, levantaba sospechas en el personal de casa y también en el invitado.

Wynona intentaba que no se notara lo que sentía, sin embargo, su compañero se delataba con palabras, gestos y movimientos. Ella presumía que para él era una diversión. El secretismo era tomado como un juego. No podía fingir que ella no le importaba como más que solo su visita de unos años, se delataba con alevosía.

—Estoy pensando en regresar a Londres en un par de semanas —

anunció Calvin para percibir la reacción de quienes lo acompañaban en la mesa.

Wynona no pudo ocultar una sonrisa que nació de sus labios, aunque se ocultó con premura. Michael intentó fingir tristeza, pero no resultó. Aquella era una noticia muy celebrada por ellos.

—Qué pena, Calvin... —replicó llevándose a la boca una copa de vino.

—Estos últimos días estuve durmiendo demasiado. El ocio, el aburrimiento y la falta de mujeres, sin ofender a la única dama presente, me están cansando. Quizá huir de un arma sea más emocionante que estar aquí, pegado al sillón del salón como una costra.

—Lamento profundamente que se sienta de esa manera —murmuró Wynona.

—¿En verdad lo lamenta? —inquirió burlón—. Es la persona más apática que he conocido, con la que en ocasiones no cruzo ni el saludo.

Desconozco las razones de su comportamiento.

—Insinuar en demasiadas ocasiones que soy una solterona esperando a que milord me acoja como su esposa, es suficiente para no dirigirle siquiera una palabra.

—Empezamos otra vez. Calvin, lady Wynona y yo...

—No quiero escuchar mentiras. Son laceriosas las tuyas, Michael.

Como buen amigo, he cumplido con avisarte que serás timado por esta hermosa mujer, pero a ti no te importa.

—Dejaré de comer en esta mesa hasta que el caballero modere su lenguaje —avisó Wynona arrojando la servilleta en la mesa.

Ambos se apresuraron para la reverencia de despedida.

—¡Te quiero fuera de aquí hoy, Calvin!

—Por favor, Michael. No voy a dejar que arruine tu soltería.

—No puedes hacer nada si yo estoy deseoso de ser arruinado. ¡Eres ridículo!

—Comprendo que soy un provocador. Prometo portarme bien de ahora en más. Intentaré cumplir con cerrar la boca para no espantar al ave de la jaula.

Michael se alejó de Calvin y abonó la estancia para ir detrás de Wynona. La nana había escuchado lo ocurrido en el comedor. Siguió con sigilo a Michael para observar lo que hacía y confirmar sus sospechas de una relación secreta entre él y Wynona.

Al subir la escalera hacia el lado derecho, Wynona estaba recostada por la pared, antes de notar que él la encontró.

—Hay que ignorar a Calvin —pidió acercándose para tomar una de sus manos.

—No me toque, milord. Por su causa sospechan de nosotros. Me temo que su amigo es muy perspicaz y nefasto pero inteligente.

—Voy a enloquecer si tengo que besarla en un horario fijo que no es más de una hora —pronunció soltando su mano para acariciarle el rostro—.

No me interesa Calvin, ni su nana, ni nadie. Usted es lo único que me importa.

—Por favor, calle. Si no es por su seguridad, al menos que sea por la mía...

—Estamos en mi casa, no pasará nada. Déjeme darle un beso, se lo ruego. Necesito sentir sus labios por un instante.

Wynona echó una mirada hacia los dos pasillos de la planta superior de la casa y le concedió a Michael su deseo de besarla. Como un desahuciado,

se apoderó de sus labios, al borde de escandalizar a la nana, que los observó desde debajo de las escaleras.

Aquel acercamiento indecente —para la nana—, se extendió por unos minutos, en los que distinguió a Wynona acariciando el rostro del caballero que la besaba. Aquella muchacha estaba perdida de por vida si continuaba por ese camino de la seducción.

—Es suficiente, nos veremos en la noche —anunció ella teniendo que romper el contacto entre ambos.

—El reloj es eterno cuando se trata de encontrarme con usted.

—No sea indiscreto con esos comentarios. Adiós.

Ella desapareció por el pasillo que la guiaba a su habitación. Michael acarició sus propios labios y sonrió antes de descender las escaleras para ir a su biblioteca y escribir una carta al letrado.

La nana se escondió hasta que desapareció. Se apresuró en subir las escalinatas. Tenía muchas cosas atoradas en la garganta para reprocharle a Wynona.

Al abrir la puerta de la recámara, Wynona había colocado un caballete con un lienzo para comenzar una pintura. Tenía tiempo de no hacerlo y Michael la alentó a que buscara algo que la ayudara a mejorar su actitud.

Resaltaba que el tiempo ocioso era peligroso para los pensamientos, y en parte tenía razón.

—¿Qué opinas, nana, en que pinte los jardines de la casa de Londres?

—¿Por qué mejor no pinta su desvergüenza de estar besándose con el señor de la casa por los pasillos, milady? —masculló.

Wynona se volteó hacia su nana con la mirada gacha. Era culpable de esa acusación, sin embargo, defendería su postura.

—Soy culpable de eso. Es difícil escondernos.

—¡Merece una bofetada como las que le daba su padre! —reprochó con dureza—. No fue suficiente con lo que ocurrió; vuelve a cometer errores similares.

—No son iguales, porque no tengo nada que perder, ni a quien respetar.

Nadie puede abofetearme otra vez a su antojo por solo estar en una misma estancia. Esta vez me impulsa un sentimiento y no la curiosidad.

—Mi responsabilidad es usted y hace que este trabajo sea difícil. Le he dicho que milord jugará con usted. No le ha pedido en matrimonio. Lo que hace, lady Wynona, es faltar a su decencia por segunda vez.

—La decencia no me da el consuelo que busco. Vivo en zozobra de que este hombre que está como invitado me delate con el conde. Lo único que puede matarme hoy es la vergüenza de haber estado con ese caballero.

Quiero un poco de la felicidad que perdí por una tontería. Nana, te lo suplico —rogó, y agarró la mano de su criada—. No me regañes más. Antes de morir sola en Riverton Manor, déjame vivir esta aventura en mi juventud.

Ella comprendía a Wynona. Sus ojos cargados de sentimiento clamaban por una libertad después de vivir dos años en un verdadero infierno junto a su padre, que había dejado de ser su protector, para convertirse en su verdugo.

—Estaré siempre con usted. Desde que la cargué por primera vez en brazos, imaginé que tendría un futuro brillante y que cargaría a sus hijos cuando llegara el momento, y...

—No hables más, que sangro por la herida. Entenderé por esas palabras que permanecerás conmigo esté o no cometiendo un error.

—A su lado estaré hasta mi muerte...

Se sintió más tranquila después de que consiguió, aunque fuera de mala gana, el apoyo de su nana.

Mientras intentaba pintar, escuchaba los reclamos que le hacía cada vez que mezclaba los colores para que ella los usara en la pintura.

Tenía bellos recuerdos de su casa en Londres. Los jardines eran envidiables y llenos de color en primavera. Sus momentos fueron felices cuando vivía su madre. Juntaban a su familia en ocasiones para hacer conciertos de piano, violonchelo y canto, entre los talentos mejor formados de sus parientes. Había danza y diversión en cada rincón, pero aquello bruscamente acabó.

Había recién empezado el fondo del paisaje de su futura pintura, cuando el reloj de la casa indicaba que era el momento de cenar. Cada vez que sabía que debía bajar a cenar con Calvin, su ánimo decaía sin nada que se pudiera hacer para evitarlo. El rostro de Michael, que intentaba convencerla que soportara un poco más porque estarían acompañándose después, era lo único que la confortaba.

—¿Vas a continuar evitándome en tu propia casa, Michael? —inquirió Calvin con burla hacia su amigo, que tenía un libro en su mano esperando a que Wynona quisiera bajar a cenar.

—Sí.

—Una falda, y para acabar de echarla a perder, negra, no puede terminar con nuestra amistad de años. Piénsalo...

—¿Por qué no piensas en tu actitud? Wynona es una dama.

—Que se comporte como tal. Yo no me hice el exquisito con ella.

—Fuiste irreverente, descarado, sinvergüenza, hostigador...

—Suficiente. Ella es quien, desde que me vio, me ha repelido como si fuera su enemigo, y eso que ni la conozco. Actúa como si me conociera y yo ignoro de dónde será. Por eso es que me ha dejado pensando...

—Como cualquier dama, teme a los libertinos.

—¿Y a ti por qué no te teme?

—Bueno, porque quizá soy su tutor hasta que...

—Se vaya o, mejor dicho, hasta que se quede como la dueña de todo.

Michael bajó el libro sobre su regazo e iba a replicar con fuerza, pero escuchó los pasos de Wynona, así que decidió enfrentar a la adversidad por otra noche.

No cruzó palabra con ninguno de ellos. Se reverenciaron y pasaron al comedor.

—Tome... —mencionó Calvin enseñándole a Wynona algo que tenía en su puño—. No sea desconfiada, agárrelo —expresó al notarla reticente.

Al avizorarse que ella no cedería, bajó sobre la mesa una rosa de servilleta.

—No hay flores en el invierno. No obstante, hay formas de crear arte con lo que se tiene a la mano. Es una manera de decirle que me disculpe las groserías y desearía que en este corto tiempo que me quede aquí, sea uno donde formemos los tres una amistad. Le dije a Michael que cambiaré y lo voy a hacer. Más tarde, como amigos míos, verán mi colección de joyas, cada una con una historia. Hay solo un par de cada una... —refirió guasón, fiel a su estilo—. No se escandalice, milady, soy de esta forma siempre.

Al escuchar sobre esa colección de joyas, ella se llevó la mano hasta su oreja izquierda.

Calvin no pasó ese detalle por encima, al parecer sí conocía a esa muchacha.

Capítulo 21

Michael observó el rostro espantado de Wynona junto con aquel gesto extraño que hizo. La rosa de tela que le hizo Calvin no pasó desapercibida.

Ese detalle le pareció empalagoso y con intenciones ocultas por parte de su amigo.

—¿Andas robando mis servilletas para estas cosas, Calvin? —interpeló con enojo.

—No hay rosas por el invierno. ¿Quieres que espere a primavera para obsequiarle un presente para disculparme? ¿No has pensado que puedo morir en primavera? Sería tarde para mis sinceras disculpas a lady Wynona,

¿no lo cree así, milady? —preguntó para introducirla en la conversión.

Ella recordó sus aretes por un instante y sabía que no tenía uno. Sin duda alguna aquel era el hombre del baile. Lo primero que había hecho antes de lo ocurrido, era robarle el del lado izquierdo y ya sabía para qué...

para su colección de mujeres. Cuando escuchó su nombre y miró a los caballeros que la observaban esperando que dijera algo, habló:

—Sí, es así, fue algo artesanal.

—¿La oíste? Creo que me gané su perdón.

Las palabras burlonas de Calvin no convencían a Michael, pero menos lo hicieron las de Wynona.

—No estimo prudente que milady tenga que contemplar tus trofeos a la indecencia. Es mejor que las guardes para tu intimidad.

—Está bien, no presionaré a nadie con eso, son libres de pedirme si lo desean. Estoy abierto a la conversación y a los pedidos que puedan tener.

Wynona necesitaba por un instante recuperar su calma. Tomó una copa de vino, fingió una tontera y se derramó el contenido sobre su vestido.

—¡Lo siento! Iré a cambiarme para alcanzarlos en el salón. Hoy tocaré el piano. Con permiso —

dijo antes de levantarse y retirarse raudamente hacia la cocina.

—No puedes culparme, he sido todo un caballero. Quiero quedarme, dime que puedo hacerlo. Les sacaré unas sonrisas a ambos. Se ven muy serios y amargados.

—No uses mis servilletas si vas a quedarte.

—¿No querrás que use mis pañuelos para ella?

—No —gruñó Michael.

—Celos, celos... Qué encantador.

—¡No son celos!

—Si no son celos, no deberías molestarte por una inocente rosa de servilleta. Además, es soltera, tú no piensas casarte con ella y aunque yo tampoco pienso en hacerlo, tal vez cambie de opinión. Es probable que se convierta encantadora conmigo después de este detalle.

Pensó en lo tonta que fue cuando no pudo ocultar su susto por lo de su arete perdido. Él no podía asegurar siquiera cuál de las joyas de la colección le pertenecía, mas no pudo evitar asustarse con sus insinuaciones. No se creía nada de su detalle, le pareció una forma de quedar bien con Michael utilizando la educación para congraciarse con ambos al fin, y nadie sospechaba con qué intenciones.

—Milady, está pálida, ¿necesita algo? —cuestionó su doncella y dejó su cena al notar su llegada a la puerta de la cocina.

—Cambiarne. Derramé vino en mi vestido; acompáñame... —

respondió, cabizbaja.

Su nana la acompañó y buscó otra prenda negra. Wynona estaba en silencio aún pensativa. Decirle lo de su arete a su compañera sería darle una preocupación más, sin embargo, ella era la única persona en quien podía confiar ciegamente.

—El amigo de milord tiene una colección de joyas de... sus mujeres...

—contó.

La mujer mayor giró su cabeza hacia ella y realizó una mueca.

—¿Teme que use como prueba aquello?

—No lo sé. En ocasiones pienso que me conoce por lo que dice, pero no estoy segura si solo lo hace por malicia o porque es de esa manera sinvergüenza.

—Ambos son unos sinvergüenzas. No puedo convencerla de volver al buen camino, estoy resignada y comprometida con su causa.

—No puedo ignorar con tanta simpleza los dichos. Si no tuviera pecados, no me sentiría culpable de ellos.

—Si tanto le preocupa que milord juzgue aún más su condición sabida, dígale que su amigo fue el hombre —aconsejó mientras le colocaba el vestido.

—¡Primero muerta antes que confesar esa vergüenza! —exclamó desesperada al imaginar que lo contaba—. Era al menos un consuelo cuando no pensaba en que lo encontraría o que conviviría con él.

—Quédese para que termine de vestirla. Supongo que no se perderá sus noches con su caballero de la noche...

Ella despejó su rostro un poco y pensó en aquel momento esperado que compartiría junto a Michael en la madrugada. Vivía para ese corto lapso de tiempo en que eran libres.

Michael y Calvin fueron al salón para encontrar alguna actividad que realizar. Calvin se sirvió una copa del brandi que estaba en el lugar, mas no se lo bebía. Conversaba sobre su aburrimiento en la casa.

—Como estoy tan solo y abandonado en tu residencia, querido amigo, me tendré que dedicar a actividades aburridas, como calcular el valor de las joyas que poseo.

—Puedes empezar en este instante si gustas —recomendó Michael colocando una pierna sobre la otra. Esperó a que Calvin se bebiera el contenido de su copa.

Escucharon que la puerta se abrió. La figura de vestido negro hizo una inclinación de cabeza para ambos. A Michael se le iluminó el rostro al observarla; sus mejillas rosadas por el frío le parecían encantadoras. Sus labios eran de color cereza, esplendorosos a sus sentidos. Deseaba el sabor de aquella boca que destilaba deseo por él, uno que debía mantenerse dentro de los preceptos de las buenas costumbres y del decoro por respeto a Wynona. Sus palabras de borracho no eran lo que él creía en realidad.

—Tocaré el piano... si están de acuerdo.

—Necesitamos entretenimiento. Brindemos un poco de su excelentísimo talento, milady —replicó Calvin, zalamero, mirando cómo iba hasta el piano.

Contoneaba su cadera con una gracia admirable. Calvin posó sus ojos en el rostro de Michael, que parecía atontado por la mujer. La deseaba, y quizás él también lo hacía sin darse cuenta. Creía estar bajo el efecto de la soledad que también afectaba a Michael. La belleza de Wynona era irrefutable. Además, sus sospechas de que tal vez no fuera una gran dama, hacían que su mente formara más ideas sobre ella.

Al final, Calvin se bebió esa única copa. Se sentía somnoliento, no obstante, se negaba a dormir y dejarlos acompañados mutuamente.

Wynona y Michael intercambiaban miradas de ansiedad para que Calvin se durmiera. La nana

bordaba cerca de la chimenea y los estudiaba con atención.

Entre bostezos, Calvin bajó su carta ganadora para humillar a Michael en el juego.

—Estoy muriendo de sueño y, aun así, puedo ganarte. Lady Wynona —

la llamó sonriente—, venga con nosotros, únase al juego, quizá sea más entretenido con una compañera.

—Agradezco su ofrecimiento, pero me temo que me retiraré. Me siento un poco cansada. —
Acarició su frente.

Michael no comprendió lo que Wynona hacía. Si su nana sabía sobre sus encuentros, no había necesidad fingir un sueño que no sentía.

Wynona se levantó, se acercó hasta su nana y le susurró unas palabras al oído.

—Con permiso, por esta noche descansaré más temprano. Mi nana irá en un momento, le sugerí que termine esa flor de su bordado.

—Buenas noches, milady. Espero verla mañana —la despidió Michael, insinuante.

—Así será —auguró ella al agachar la mirada.

Calvin hizo unos gestos con el rostro y la despidió con una reverencia.

Ella se alejó del salón. Caminó por el pasillo rumbo a su habitación, cuando sintió que una mano la tomó de la boca y la colocó contra la fría pared de la casa. Wynona tenía el corazón en la mano, estaba muy asustada por el ataque.

—No puede escapar de mí, milady. Quiero dinero —exigió el hombre.

Negó con la cabeza, pues no podía expresar su desacuerdo. Él le retiró la mano que le impedía hablar, pero la sostuvo de ambos brazos con fuerza.

—No tengo dinero. De hecho, no tengo razones para pagarle a un traidor. ¿Se le acabó el dinero que le dio mi padre por mentirme?

—No me culpe, ambos acudieron a mí. Cuando su padre supo lo que usted buscaba, no dudó en pagarme más.

—Es un infame. No me sirve y no le voy a pagar nada porque ya sé lo que necesitaba. No tuve que hurgar demasiado para saberlo.

El amenazante y maloliente varón, la tomó del rostro y lo apretó con fuerza por la rabia.

—Me pagará, pues no le gustará al conde de Scarbrough saber más cosas sobre su flamante residente. Puedo abrir la boca y su vida bien cuidada en el campo desaparecerá, milady. Si no tiene dinero, acepto una negociación conveniente —expuso.

Acercó su boca a la de Wynona, que con desesperación intentaba sacárselo de encima.

—Váyase, desgraciado —amenazó la nana golpeando al agresor.

—Vieja urraca, ayude a su lady a conseguir el dinero. No podrán mencionar su nombre en ningún sitio si yo abro la boca, y lo saben.

—Lárguese —insistió la doncella al abrazar a Wynona.

—Volveré por mi dinero.

Ambas vieron cómo se perdió en la oscuridad. Wynona rompió en llanto mientras era consolada por su nana.

—No quiero que lo sepa, no quiero —mencionó subiendo la voz.

La nana hizo que se calmara con sus susurros para que no se delatara.

—Vayamos a su habitación, milady. Le dejé su recado a milord.

Calvin había abandonado a Michael para ir detrás de Wynona. Sin embargo, fue sorprendido por una sombra que se arrojó sobre ella. Él pudo observar y escuchar. Estaba muy interesado en conocer qué era eso que guardaba quien la había amenazado. A cada momento, su teoría de que no era una dama virginal se hacía más evidente. No era un hombre de rodeos, por lo que averiguaría de qué se trataba.

Capítulo 22

En lugar de temor, sentía rabia. Era amenazada hasta por los ratones de esa propiedad. Estaba hastiada y disgustada por lo que le ocurría. Volver a Riverton Manor la salvaría tan solo de uno de sus perseguidores, aunque tampoco tenía sentido. Debía esperar a que Calvin se fuera de Sandbeck Park, pero aquel antiguo cochero de su padre era tan sucio que no dudaría en volver para procurar quitarle más dinero, el cual —por cierto—, no poseía. Cualquier cosa debía pasar a través de Michael, y su temor era que intentara indagar sobre su pedido.

—¡Nos ha seguido ese sinvergüenza! —exclamó ante Wynona, que estaba desilusionada de lo que acontecía.

—Ya no soporto más esto. Hay dos caminos... el de la víctima o el del victimario —expresó angustiada.

—¿Qué quiere decir, lady Wynona?

—Que voy a conseguir un arma para matarlo. Nunca nos dejará en paz.

No tengo dinero. Las joyas de mi madre no tienen tanto valor, salvo el que tengo uno y...

—El conde tiene el otro. No piense en convertirse en una asesina, olvídalo por completo. Quizá podría tomar a bien la estancia de cierto caballero —insinuó maliciosa su criada.

—¿Cómo algo sin provecho se convertirá en *de provecho*?

—Tiene joyas ajenas. Ha robado a cada dama como lo ha hecho con usted. Piense, un arete puede tener varias piedras que pueden venderse. Si consigue recuperar la suya, cualquier cosa que diga aquel inescrupuloso en su contra, carecerá de valor sin algo que pueda probarlo.

—Robar es un pecado...

—Matar es uno más grave.

—En fin, iré al infierno de todas formas. No robaré para darle el gusto a alguien que volverá con más ánimo de perjudicarme.

—Entonces no le queda más que hablar con el conde, ¿cómo más podría perjudicarse? Mejor que lo sepa por usted que por otra persona que quizá le diga una mentira.

—No sé si alcances a comprender.

—Si no se va a casar y se aventura con este caballero, no hay nada que se pueda perder. Entienda usted, lady Wynona, que sus secretos solo traen más perjuicios que tranquilidad.

Sabía que su nana le decía algo razonable, pero en su capricho no cabía la palabra *confesión*. Su vergüenza era más grande que sus ansias de no matar.

Michael se quedó en solitario después que la nana le avisara que se encontrarían más tarde. Calvin lo había dejado porque dijo sentirse somnoliento.

Su amigo podía ser el peor hombre del mundo, sin embargo, tonto no era. Echó en ver que el brandí lo hacía dormir. Tendría que pedirle a la cocinera que le echara en la sopa el preparado.

Mientras sacaba su bebida del mueble del salón, pensó en lo que Calvin realizó ese día. La rosa de servilleta era una pésima señal para él y sus palabras posteriores eran aún peores. No quería que intentara seducir a Wynona. Tampoco pensaba en que ella podría caer, pese a que en algún momento lo hizo y ese era el motivo de su soltería, abandono y reclusión en Riverton Manor.

Confiaba en ella, presentía que no cometería el mismo error dos veces.

La relación entre ellos era un acuerdo de compañía guiado por el más alto respeto por su parte. No quería que Wynona recordara su pasado, deseaba que viviera su presente junto a él.

El tiempo se le hacía lento en la espera, pero la recompensa valía la pena. Wynona llegó junto a él antes de la hora prevista. Se acercó a tomarle de la mano y lo levantó, sonriente.

—No me gusta que esté sentado en esa silla. Cuando su visita se vaya, quémela. Hay que deshacerse de las cosas indeseables.

—Calvin no logró convencerla con su rosa. No sabe cómo me alegra eso —resaltó acariciando el rostro de ella.

—Aunque es el primer caballero que me regala algo.

—Mmm —gruñó, pensativo.

Ciertamente, él no le había dado algún presente y ella lo merecía. Le inspiraba comprarle una bella joya. No quería salir por frío, mas el esfuerzo

de helarse por ver una sonrisa en su rostro valdría la pena.

—Un primer obsequio no significa que un segundo será peor. ¿Cree que, si otro caballero le da un presente, será valorado?

—Depende de quién lo entregue —replicó también tocando las mejillas de Michael.

—Unas manos de cadáver, querida mía. Pienso en un guante para usted

—bromeó.

Dejó un tierno beso en sus labios antes de tomarla por la cintura y acercarla a su pecho.

—No sé si son figuraciones mías o milord sufre durante cada invierno.

—Quizá sea un animal de costumbres cálidas, ¿no le parece? Un abrazo es mejor que una manta estéril que le rodea sin respirar en su nuca, en cambio, los tentadores brazos de una mujer hacen que cualquier frío desaparezca. Se siente su calor, su respiración y su cuerpo —adujo en un tono tentador pegado a su oreja.

Ella cerró los ojos al escucharlo, respiró con dificultad y se relamió los labios. Suspiró profundo al sentir que Michael hizo viajar sus labios por su cuello, dejando besos a mansalva.

—¿No le molesta que en ocasiones sea un poco apasionado? No le faltaré al respeto, ni a su decoro, se lo prometo —añadió desde aquel viaje hacia la pasión.

—Le agradecería que me faltara a ese respeto un poco, no demasiado.

No quiero que piense mal de mí.

—No se preocupe, que desde que la conozco no puedo pensar con claridad. Somos seres apasionados y no me importa su pasado. Quiero que piense en que soy su presente y que cualquier cosa que hagamos, queda en confidencia para ambos...

Wynona dejó de pensar y se entregó a aquel fuego de invierno. Michael hacía que sus labios ardientes olvidaran el frío cuando él corrió el hombro de su vestido hacia abajo. Aquello que estaba haciendo era por lo que fue castigada, pero en esta ocasión estaba consciente de las implicancias. Nadie la llevó bajo mentiras y falacias para arruinar su futuro. Estaba ahí por voluntad propia, lo peor había pasado.

Llegado cierto momento, Michael se volvió insaciable. No se conformaba con acariciar la tela que guardaba su piel. Ella no se había negado a nada. El piano que solían usar de compañía se

convirtió en el respaldo de Wynona, que sintió aflojar la parte de arriba de su vestido. No

solo sus hombros estaban al descubierto, sino también los senos medianos con los cuales le había dotado la naturaleza. Cuando sintió aquellos labios devorarlas como frutas, cayó en el precipicio de la pasión. Sobre su compañero, podía creer que estaba poseído por el espíritu de la lujuria. Ella sabía que la deseaba con locura.

Para él los besos eran migajas cuando sabía que Wynona era un festín.

Michael no deseaba parar y no quería que ella lo hiciera tampoco. Esperaba que esa noche lo dejara introducirse en ella para hacerla conocer que no todo era malo. Tenía el compromiso de cuidarla y de velar por su bienestar, era el único que ocuparía de ella en el futuro.

Llevó una de sus manos más allá de su falda. Arribó por los caminos pasando por la liga para llegar hasta el calzón. Cuando la acarició, Wynona dio un respingo y tiró la cabeza hacia atrás, perdida en el encanto de esa caricia indiscreta.

Su respiración era aún más agitada que en un principio, tal vez por la ansiedad por que su mente anticipaba lo que sucedería. Su cabeza asociaba la intimidad con algo malo, sentía temor de ello, pero más le temía a sus deseos de volver a arruinarse.

—Me excedí en el pedido de que me faltara al respeto —musitó lagrimeando al colocar sus manos en el pecho de Michael para alejarlo y poder arreglarse un poco la prenda.

—Lo siento. ¿Hice algo que la molestó? —inquirió al notarla distante.

Parecía aquel ser desconocido al que miró por primera vez en aquella lúgubre propiedad.

—No. ¿Cómo podría usted agraviarme? Está equivocado si lo piensa.

—Es mi culpa por no poder ocultar mis deseos por usted.

Ella negó varias veces con la cabeza. No tenía forma de explicar lo que le ocurría.

—No es bueno intimar con nadie. Es algo sucio que solo trae dolor... —

Posó sus manos en el pecho.

—No debería ser de esa forma.

—Pero es como yo lo conocí. Pienso que deseé una aventura en la no quiero arriesgar nada.

—¿Qué le ocurrió? Quiero saber, necesito saber cómo pasó todo.

—No querrá saberlo, se lo aseguro.

—Cuando Calvin dijo que tenía una colección de joyas, usted se llevó la mano a la oreja. Me hace creer que ese hombre le robó algo, tal como lo

hace mi amigo.

—Me robó un arete, pero más me dolió que me haya robado la paz.

Recordé eso.

Él dejó de preguntarle más cosas y se dedicó en su ayuda de colocarse su prenda como debía. La consoló con su abrazo y un noble silencio.

Ambos recostaron el peso de sus cuerpos en el piano. Lo que ocurría entre ambos iba más allá de una simple atracción. Michael no pensaba separarse con su negativa de intimar con él. Doblegaría sus esfuerzos por ser paciente y ayudarla a superar sus miedos, que estaban más cerca de ver la luz de lo que ambos creían.

Capítulo 23

Calvin se mantuvo despierto buscando entre sus joyas cuál era la que probablemente le pertenecía a la dama que se encontraba en Sandbeck Park y de la que su amigo estaba prendado. Sus gestos y su actitud eran simples de interpretar. Era una pésima intérprete de una señora virginal.

Ninguna de las valiosas alhajas que poseía y que tomó en ocasiones de sus mujeres, podían responderle ese cuestionamiento.

—¡Oh! Cómo olvidarla, lady Brianna —musitó al tomar una de los aretes que poseía—. ¡Y usted, querida señorita Anastasia, tan puritana que parecía!

Se carcajeó un par de veces a la vez que rememoraba sus pecaminosos actos. Hasta el último arete que revisó, ninguno coincidía con ella. Tenía otros de los cuales no sabía el nombre de las damas, pero se memorizó sus figuras para tenerlas en mente y tampoco había similitudes. Pensaba que estaba perdiendo el toque con las señoritas. Lady Wynona Saunderson no podía escaparse de sus manos. Le quedaba poco tiempo en esa casa, y pese a que Michael le decía que no había nada entre ambos, él sabía que era diferente. Sin dudas quería aprovecharse de algo para tomar a la muchacha en su cama. Su actitud debía ser por la atracción que sentía por él, o quizá por su parecido con Michael, deseaba mantener distancias.

Su curiosidad le estaba matando. Necesitaba saber cuál era el secreto que ocultaba con tanto celo. Nada bueno podía ser para que el hombre que la atacó le pidiera dinero y que ella le respondiera como si lo conociera. Por su aroma y la pinta, no correspondía a alguien de un excelente estatus. Era probable que se tratara del típico caso de una muchacha de buena familia involucrada con algún atractivo lacayo. Le importaba muy poco si se acostó con uno o varios, él también deseaba su tajada con la bella joven, de paso le hacía un favor a la ceguera de Michael, pues demostraría que no era una mujer fiel.

Fue el primero en bajar las escaleras para el desayuno. Cuando llegó al recibidor, se acercó a la bandeja que contenía las cartas. Una solitaria y bienvenida invitación se hizo presente hasta sus manos.

—Creo que por fin ocurren cosas buenas en este aburrido sitio —

expresó rompiendo el sello para observar la coqueta invitación.

Reconoció aquello como un inconfundible baile antes de la primavera.

Padres apresurados buscaban buenos candidatos para sus muchachas. Sin dudas el dueño de Sandbeck Park era alguien a quien cualquier padre que se respetara, quisiera embaucar. Rico, apuesto, dueño de grandes propiedades y codiciado soltero.

—Buen día, Calvin —saludó Michael. Bostezó después de la turbulenta noche que pasó junto a Wynona.

Estaba un tanto decepcionado de no haber podido compartir su cama con ella.

—Puedo decir lo mismo hoy. Después de amargas semanas, ha llegado una invitación...

—¿Ahora revisas mi correspondencia?

—No hay otra cosa que hacer. Podríamos salir a cazar algún venado. El día no está muy frío y hay un poco de sol que se cuelan entre las nubes.

—Puedes ir solo. Iré al pueblo.

—¿Y no piensas llevarme?

—Pensándolo bien, es mejor que vayas conmigo, aunque quiero que lo hagas con la boca cerrada.

—Con tal de salir de este encierro, hago lo que sea —musitó Calvin con alegría.

Calvin le entregó la invitación y ambos pasaron al comedor para el desayuno.

Michael no creía probable que Wynona bajara a acompañarlos. La noche fue pesada para ambos. Los temores de su querida dama eran preocupantes, pero en lugar de alejarlo, hacía que se acercara más a ella.

Era seguro que tiempo atrás hubiera dado un paso al costado con una mujer ambigua. Los caballeros como él buscaban cosas fáciles, nada que los hicieran pensar demasiado. Las muchachas con miedos y secretos no encajaban en lo que él se hubiera esperado en una conquista a esa edad.

Cuando se dispuso la mesa para que estuvieran los caballeros sin la compañía de la dama, ella apareció como cada mañana: con su vestido negro, su piel blanca y sus ojos más rojos que de costumbre.

—Disculpen la tardanza. He tenido que coger valor para abandonar mi tibia cama —expresó saludando a los presentes, que se apresuraron en una reverencia.

Los ojos de Michael no podían ocultar su admiración a ella. Él parecía acariciarla con sus largas pestañas al notarla entrar, incluso se acomodó el pañuelo.

—Buen día, lady Wynona —contestó con presteza Michael.

Calvin quería carcajearse de las ridículas formas de Michael, al que faltaba ponerse de alfombrilla para ella.

—Bienvenida, milady. Hay buenas nuevas hoy. Le adelanto que gracias a la providencia ocurrió un milagro, de hecho, dos... —expuso Calvin en un tono adulator y grácil.

—Ah, ¿sí? —inquirió sentándose a la mesa.

—Sí, Michael ha recibido una invitación para un baile. Usted sabe de qué tratan esos eventos. Podría colocar mis manos al fuego por decir que en su momento fue parte de uno de ellos —informó, avisgado.

—¿Es cierto que tiene un baile? —preguntó a Michael.

—Sí, pero...

—Otra cosa más, es que Michael irá al pueblo. Se ha cansado de este encierro terrible que es vivir en este lugar —interrumpió cuando el otro hablaba.

Wynona bajó los luceros hacia la servilleta que acomodó en su regazo.

Su corazón latía desenfrenado al imaginar la razón de la salida de Michael de los muros de la casa.

—Y yo lo acompañaré, o al menos pensaba hacerlo. Me siento somnoliento. He despertado temprano esta mañana —continuó Calvin marginando al resto.

—Iré a comprar algunas cosas, milady. ¿Le apetece algo?

—¿Le comprarás un listón negro para que haga juego con el ajuar que trajo? —se burló Calvin a carcajadas. Él no podía evitar que le salieran esos terribles chascos. Su lengua no permanecía quieta y por eso estaba metido en problemas.

—Lo que sea la voluntad de milord, no preciso de nada. Un obsequio es algo agradable de recibir —respondió a Michael e ignoró a Calvin. No había manera de cambiar su impertinencia.

Desayunaron en silencio —al menos Wynona y Michael—, pues Calvin hablaba hasta por los codos, incluso de lo que se pondría el estimado

Michael en el baile. Las palabras cada vez lastimaban más a Wynona, que se sentía triste de no poder intimar con el conde por razones ajenas a sus deseos. Escuchar que bailarían con bellas damas rurales, que eran encantadoras y decentes, era atroz. Calvin no dejaba de enfocarse en las damas decentes, de buena familia e incorruptas, que debía atraer Michael si pensaba en casarse.

—Es evidente que, para un hombre de pésima reputación, aunque adinerado, debe casarse con alguien intachable. La idea es surgir y no hundirse. Una mujer manchada no sirve para nada, más que para la amante de algún noble que quiera cobijarla —seguía diciendo para hacer mella en

Wynona.

Calvin notó que ella era pésima para camuflar sus pensamientos y notaba que se hundía en la desazón. Si estaba triste y decepcionada, sería más fácil de llevarla a donde deseaba.

—Estás desperdiciando saliva, Calvin. Tu agudeza de mente debería estar invertida en otra cosa y no en inventos —recriminó Michael—. Le aseguro que no iré a ningún lugar, lady Wynona.

—Carece de importancia, milord. Usted es libre de hacer lo que guste.

Aquellas palabras dichas por Wynona se convirtieron en puñales para Michael, pero estaba decidido a conquistar sus miedos.

—Vamos, Calvin, debemos salir temprano para volver pronto.

—Prefiero dormir un poco. Con este bello día tengo planes para la siesta —rechazó su amigo con la insana intención de ofrecerse a la mujer.

Michael realizó una reverencia. Se despidió de ambos para ir por su abrigo y buscar lo que tenía pensado para Wynona.

Ella se apresuró a retirarse para no quedar a solas con Calvin, que no alcanzó a lanzar sus viciadas palabras. Observó a través del cristal a Michael, quien subía a su carroza. Cruzaron sus miradas y ella cerró con lentitud la cortina, después escuchó el relinchar de los caballos que tiraban del carruaje.

—¿Cómo se siente ser una oveja extraviada, lady Wynona? Le puedo contar cómo se siente ser el lobo —murmuró cerca del oído de Wynona, que se sobresaltó y apresuró su paso para escapar.

Fue hasta su habitación a encerrarse y esperar a que su nana la alcanzara.

Calvin se quedó sonriente en el salón. No estaba dispuesto a perder su cacería. Siguió a Wynona, sin embargo, pasó de largo y llegó hasta la

recámara de Michael, lugar en el que esperaba a escuchar esa puerta abrirse y arrojarle sobre ella.

Al entrar, lo primero que pudo notar era la pintura de una mujer y que para su suerte era la misma a la que perseguía. Su belleza con aquellos colores era notable... y hasta lo exaltaba a cometer locuras.

—Descarado pero inteligente. No tienes a la muchacha, aunque tienes una gran vista, querido amigo. No obstante, ese arete es mío... al igual que ella —resaltó.

Se recostó donde lo hacía Michael para apreciar la pintura de su querida Wynona.

Capítulo 24

Calvin pudo comprobar sus sospechas con respecto a la dama. Por un momento creyó, al no

encontrar la joya entre las demás, que no había caído con él, pero esa joya la tenía en otro sitio.

No dejó de observar la imagen de Wynona e imaginó que le colocaba la máscara que llevaba aquella noche. Para algo guardaba las joyas, no exactamente para encontrarse con sus amantes, sino para recordar su experiencia. Encajaba a la perfección con su rostro.

Intuía que Michael no sabía del pasado de la dama que habitaba en Sandbeck Park, razón por la cual cuidaba como a una rosa delicada.

Rio con demencia al recordar esa noche por completo. Tenía a esa mujer en sus manos, no existía escapatoria posible para ella, y se lo haría saber.

Wynona escuchó un golpe en la puerta para que le abrieran. Su pecho parecía tener un caballo galopante dentro. No abriría hasta no saber de quién se trataba.

—¡Soy su nana, lady Wynona! —exclamó desde el otro lado.

Ella se apresuró a abrirle, aunque antes de que entrara la mujer, miró a Calvin saliendo sonriente de la habitación de Michael. Cruzó de largo, no sin antes, al estar frente a ellas, escrutarla con fijeza.

Cerraron la puerta con fuerza. Wynona dejó ir el aire que contenía en sus pulmones.

—La busqué por todo el salón después de lavar sus prendas, milady.

—Tuve que encerrarme aquí. Ese hombre me busca. Creo que me recuerda muy bien, lo noto en sus ojos. El conde fue al pueblo y me ha dejado sola con él.

—Y tanto que insiste en quedarse cerca de usted y resulta que la deja en las peores manos. No sabe el susto que pasé al no encontrarla en el comedor.

—No más que el mío al verme sin nadie con ese hombre. Dudo que sea capaz de alguna aberración, pero es parte de algo que quiero olvidar y que

me produce mucha vergüenza. ¿Es tan difícil intentar ser feliz?

—Para una dama el camino no es fácil y más cuando se ha caído en el fango. No puede esperar lo mejor.

—Quiero que ese hombre se vaya de aquí.

—¿Quiere que lo ahuyente? Ya he visto los escondrijos de la casa por donde se metió ese desgraciado que la amenaza.

—Sería muy bueno que lo hiciera. Si cree que hay fantasmas puede que se vaya, así como casi lo hizo el conde.

—Haré lo posible por recuperar su arete.

—¿Crees que eso se pueda?

—Deberíamos probar...

Ambas se quedaron en la habitación hasta que escucharon volver al dueño de casa. Wynona se sintió aliviada al observar la rubia cabellera de Michael cubierta por su coqueto sombrero. Sabía que estaba segura a su lado. Contaba las horas con ansiedad para encontrarse con él pese al fracaso de la noche anterior. Pecaba de confiada en un libertino, mostraba interés por ella y quizá fuera para conseguir acostarse juntos. La idea de que él fuera a un baile y conociera a muchachas decentes de buena familia, le hacía pensar que podría perder su atención y que aquel afecto que se profesaban, desapareciera sin remedio.

Por la tarde, pidió a la servidumbre de la casa que se sirviera el té en el salón. Deseaba estar cerca de Michael y el té era una forma de entretenimiento pública que disfrutaba junto a su nana y él. Pocas veces interrumpía Calvin aquel momento de paz.

—¿Y cómo le fue en el pueblo? —indagó al servir el té que sería para Michael.

—Muy bien. Tardé muy poco, hice unas diligencias rápidas y volví para verla. En el almuerzo no pude comentarle nada. Había mucha tensión con Calvin, es una bendición que no esté aquí. Si lo que le interesa saber es si traje un presente para usted, pues sí, lo tengo.

—No pregunté si me trajo algo.

—¿Entonces qué quiere averiguar?

—Deseaba saber de su vida, es todo.

—No le hice caso a Calvin. No es un listón negro, si es lo que le preocupa.

Ella le entregó una carcajada musical y él sonrió ante aquello. Tomó su taza con elegancia y se la llevó a la boca sin perder de vista a Wynona.

Esperaba pronto apreciarla con bellos colores vistosos que resaltaran su inocente belleza, tal como el cuadro que guardaba celosamente en su dormitorio.

—No puede hacerle caso a alguien semejante. Quedaría usted en mala posición, milord —opinó Wynona al recuperarse de su pequeño momento divertido.

—Calvin siempre me ha parecido una buena persona y lo aprecio por los años de amistad, aunque es un poco retorcido.

—En exceso retorcido.

—¿Le ha dicho algo? ¿Se le ha insinuado? —cuestionó Michael, extrañado por la expresión que él dijo y que ella secundó.

—No, no, milord. Son las cosas que dice, cómo se expresa —replicó con presteza. Delatarlo sería exponerse.

Él pareció más calmado con la explicación que ella le dio. Era lo mismo que pensaba de su amigo, se comportaba de forma desagradable y hostil.

Esperaba el momento en que la primavera se asomara para que él los dejara.

Wynona, después de quedar de acuerdo con la cocinera para el menú de la cena, regresó a su habitación. Al entrar sintió algo bajo su calzado.

Alguien había deslizado una carta por debajo de la puerta.

La tomó pensando en que pudo ser Michael, mas estaba equivocada.

Mi estimada lady Wynona.

Sabía que la conocía de algún lugar. ¿Por qué no me dijo que ya nos conocíamos íntimamente? Me disculpo por no reconocerla.

A través de la joya de cierto cuadro que mi amigo posee en su habitación, he podido dilucidar nuestro lazo. Me recordó a la máscara que tenía una coqueta pluma blanca en la punta. Aquel vestido de debutante que llevó... me debía decir que su experiencia fue nula.

Deseo ferviente que se acuerde de nuestra noche juntos, y si no es capaz de hacerlo, me ofrezco a refrescarle la memoria. Han pasado creo que dos años desde nuestro encuentro. La esperaré esta noche en mi dormitorio para conversar un poco, no quiero involucrar a Michael en este asunto. Sea puntual, amor mío, que estoy ansioso de volver a revolcarme con usted.

Calvin.

Estaba lívida. Arrugó la misiva y la arrojó al fuego. ¿Qué quiso decirle con aquello de la pintura? Michael halagó varias veces esa pintura, era imposible que la tuviera con él si mandó a quemarla antes de abandonar Riverton Manor. No obstante, si ese hombre tan despreciable lo mencionó, algo tenía que haber.

No se detuvo a meditarlo demasiado, salió de su recámara y abrió la puerta de Michael sin importarle que él podría estar ahí. Estaba pasmada al descubrir el retrato que pidió que fuera quemado en su antiguo hogar. ¿Cuál era la razón por la que estaba en aquel sitio? ¿Por qué Michael la tenía en su poder?

Lamentó tener que increpar a Michael por aquello. No escuchó sus deseos de que eso desapareciera de su vida. Ya no era niña, era una mujer que aprendió lo peor de una mala decisión.

Volvió a la estancia que habitaba en esa casa. Cuando su nana supiera del cuadro, no dejaría de decir que el conde era un perverso sinvergüenza, y no podía quitarle razón ¿Quién más podría tener el retrato de una mujer en su habitación?

—¡Le dije que no era digno de confianza! ¡Esta es la señal para volver a Riverton Manor! — expresó su nana, escandalizada por lo que Wynona le narraba.

—¿Cómo no supimos que la trabajo? Debió venir con nosotros. A través de eso, aquel despreciable me reconoció. Estoy perdida. Si no accedo a encontrarme con él, es capaz de lo que sea.

—Huyamos. Robemos todas las joyas de ese demonio y vivamos en Irlanda o Escocia. No quiero verla sufrir más, han sido demasiadas lágrimas y sufrimientos para usted y para mí, no merece más.

—El destino no piensa igual. Pienso en matar a otra persona cuando la solución ante mi vergüenza sería pegarme yo un tiro, pero soy muy cobarde para aventurarme a algo aún más desconocido como la muerte.

—No piense en esas desgracias. Mejor medite en cómo salir de esta situación. Por muy poco es más confiable el depravado dueño de este sitio.

—Me encontraré con ese hombre y le diré que no soy una mujerzuela como a las que quizás él frecuente.

—¿Y su cita con milord?

—También asistiré. En primer lugar, irá el caballero que tiene mi pintura, y luego el descarado que piensa que cometeré de nuevo una

tontería. No me queda otra más que afrontar las situaciones de la mejor manera.

Capítulo 25

Wynona asistió a la cena intentando ocultar sus preocupaciones. Calvin, sentado frente a ella, la observaba con una perversidad que solo un sinvergüenza podía tener. Cavilaba que era muy probable que aquel pensara que caería en sus garras de nuevo.

Podía decir que la noche en que conoció a ese charlatán era muy oscura para haberlo notado. Las máscaras armaban un ambiente de fantasía a su alrededor. En la compañía de Juliette, parecía que podía ingresar a cualquier sitio, sin embargo, ella no le advirtió sobre los peligros de las noches en que los libertinos salían a cazar. Mientras aguardaba a otro caballero, él se alzó con su compañía para llevarla hasta otro sitio.

—Hoy no los acompañaré después de la cena. Resultará un alivio para muchos en esta aburrida morada. El cansancio de no hacer nada ha podido conmigo. Mi paseo por el jardín helado no fue muy agradable, quizás el cielo estuviera despejado, pero no así los caminos. Todavía tengo entumecidos los pies —comentó Calvin viendo a ambos a la vez.

Michael asintió sin querer parecer ansioso ante el anuncio de su amigo.

No perseguía mirarlo ni escucharlo más, aguardaba la compasión del tiempo para que se fuera.

Wynona no pudo por mucho tiempo fingir tranquilidad. Que él no estuviera con ellos en el salón significaba que estaría al pendiente de su entrada a la habitación. Desconfiaba que la respetaría,

pues no la tenía en el mejor concepto de dama. Era un hecho que, para él, ninguna mujer era una dama. Deseaba que aquella pesadilla de Sandbeck Park acabara para poder continuar su vida con tranquilidad.

Calvin se despidió de ellos sin mucha prisa y eso alargaba la agonía de los amantes que contaban los minutos para estar a solas.

Michael y Wynona se dirigieron al salón. Él pensó que ella se arrojaría a sus brazos para besarlo y disfrutar de su compañía, pero no fue así. La miró

dirigiéndose al piano para levantar la tapa.

Un tanto sorprendido por su actitud, esperó a que comenzara con su concierto privado para él. Después de que creyó que había pasado un tiempo prudencial, se acercó para acariciarle el cuello, a lo que ella no se negó. Se sentó a su lado en el banco y se animó a besarla.

Wynona correspondía como si nada ocurriera, aunque a él seguía llamándole la atención su alejamiento.

—¿Qué ocurre con usted, milady? No tome con seriedad las palabras que Calvin mencionó por la mañana. No asistiré a ningún baile, enviaré una educada negativa para permanecer a su lado — mencionó creyendo que aquella era la razón de un enfado no dicho.

—¿Por qué tiene mi pintura en su habitación? ¿Sabe cuánto desprecio ese retrato con el que fui atormentada durante estos años? ¿La traje aquí con ese motivo? ¿Mi padre le pidió que continuara con sus torturas después de muerto?

Él se alejó de ella muy avergonzado por haber sido descubierto. No sabía qué decirle para calmarla y para ocultar las razones por las que la llevó hasta ahí.

—El silencio no me responde nada. No lo creía capaz de eso. Le he dado la confianza de mi secreto y de mis temores, confié en usted, me puse en sus manos... y estoy siendo defraudada en mi buena fe. ¿Qué tiene que decir a eso? —insistió.

Michael se tomó de la cabeza, para luego peinarse, desesperado. Sin meditarlo por más tiempo, se arrodilló ante ella.

—Lo hice porque la idolatro, la adoro y he perdido la voluntad desde que la conocí. Vivo pensando en usted, en que he sido correspondido a mis deseos. La pintura era un presente que me hice para tenerla por siempre conmigo, creyendo que nunca sería visto más que como un tutor que cumpliría con los designios de su padre. No podía dejar que ardiera entre los leños semejante perfección, pues a mis ojos es una dama. Excúseme por haberla insultado en una ocasión. Tendré la paciencia necesaria para que usted no solo me siga confiando su tiempo y sus temores, sino también su compañía más íntima, y lo haré por donde corresponde.

—¿A qué se refiere con eso? —indagó sorprendida.

—Quiero que sea me esposa. ¿Por qué conformarme con la pintura si puedo poseerla a usted?

Me... parece apropiado... —se trabó— arriesgar mi soltería para estar a su lado. Aguardaré... paciente una respuesta...

Ella lo notó asfixiado cuando le decía aquello. Al parecer se había sentido presionado por ella para explicarse, y no le quedó otra forma más sencilla que decirle la verdad.

—¿Su soltería es tan valiosa como lo era mi virginidad?

—Muy apreciada soltería, milady. No diré que es decisión fácil, pero estuve meditándola durante mi salida de Sandbeck Park. Eché a notar que me hace feliz, más de lo que me haría una mujer extraña con su cuerpo.

Disculpe la crudeza de mi confesión. Admito que la deseo como no tiene idea, soy racional, por lo que esperaré a su tiempo y que usted pueda superar sus temores con mi ayuda. Es probable que el matrimonio le dé mayor seguridad de que no la abandonaré después de acostarme con usted...

A él le salían las palabras sin pensarlo, deseaba decirle lo que le rondaba en los pensamientos. Sincerarse le sirvió para quitarse ese peso de encima, pero todavía le quedaba otro: ser o no aceptado.

Wynona se sentía feliz y halagada por la confesión de Michael, más aún por su extraña propuesta de matrimonio. Ni en sus esperanzas más remotas se imaginó en casarse después de lo acontecido. Era idílico pensar en ser la dueña de ese lugar que habitaba junto a él. El problema de aceptar una propuesta matrimonial por parte de él era que supiera que su amigo fue quien se llevó su virtud.

—¿Qué responde a mi pregunta de casarse conmigo? No me haga pensar que no me perdonará lo de su pintura...

—¡No! He olvidado lo de la pintura. Deje que pueda comprender lo que me dijo. Me siento halagada. No pensé que alguien quisiera casarse conmigo y menos sabiendo lo que usted sabe. No tuve tiempo de imaginar casarme porque di esa oportunidad como perdida.

—Estaríamos lejos de todo y de todos. Usted y yo podríamos vivir si gusta en Sandbeck Park, aún no la ha observado en primavera.

—Con gran placer acepto su propuesta —respondió al fin tomándolo del rostro para besarlo.

Él no podía creer su buena fortuna, o quizá no fuera tan buena por perder su soltería, aunque de nada le servía si vivía pendiente de ella.

—Lo ideal hubiese sido un anillo, pero estos aretes tan bonitos los compré pensando en usted, y no se diga más de otra sorpresa que tengo en la biblioteca —añadió sugerente.

—Estoy muy contenta de que no sea un listón negro a juego con mi ajuar —dijo entre risas. Contempló los aretes que le colocó él en las manos.

Eran hermosas esmeraldas, graciosas y elegantes a la vez—. Que caballero más atento es usted, milord.

—Porque solo me inspira lo mejor, no cambiaría mi suerte de hoy, que, por cierto, pensé que sería terrible en un primer momento.

—Es difícil llevar una carga tan pesada, pero juntos la hicimos ligera.

—Quiero que me acompañe a la biblioteca, milady.

Michael la instó a que se apresurara con un gesto de la mano para mirar la sorpresa que él tenía para ella. Como una niña, Wynona alzó un poco su falda y corrió rumbo a la biblioteca. No cabía de la emoción por pensar que, si todo salía bien, pronto sería una mujer casada.

Al abrir la puerta, encontró recostado en el escritorio un precioso vestido blanco de seda con un listón dorado bajo el pecho. Sus ojos se aguaron al acercarse y palpar la fina tela.

—¿Se lo pondría para mí? —inquirió Michael acariciando uno de sus brazos.

—¿Esto es lo que está de moda? Es tan fino —logró articular.

—Le compraré los que desee con tal de no verla lúgubre con ese vestido que trae. Póngase para mí la ropa y los aretes. Saldré de aquí para que se cambie.

—Necesito de su ayuda para quitarme el vestido. Espero que lo haga con predisposición y sin tomarse libertades.

—Usted somete a un caballero a una de las peores tentaciones, ¿cree que lo soportaré?

—Pondremos a prueba la paciencia de la que me habló. No haga que piense que lo que me dijo fue solo con la intención de perdonarlo por no respetar mis deseos.

Tuvo que someterse a la tortura de observar a su futura esposa en una fina tela de algodón que llevaba bajo su oscuro vestido. Cuando le ayudó a colocarle la vestimenta, también le pidió que le pusiera los aretes.

La mujer que estaba frente a él era la inocente debutante de la pintura de la habitación. No había perdido aquel toque en su mirada esperanzada y en su rostro.

—El camino al matrimonio será difícil si se pone usted todavía más hermosa de lo que es. Pretende enloquecerme para que nos casemos en la primavera.

—Me gusta la primavera para ese fin.

—Nos casaremos en la primavera. —Tomó por asalto los labios de ella, que respondió sin dilación a su atención.

Estuvieron durante horas, tantas, que el tiempo se le había pasado y la madrugada se echaba sobre ellos.

Calvin se había preparado para ella.

Se acicaló, arregló y perfumó para seducir a una mujer. Sin embargo, la misma no apareció y se rindió ante el sueño, no sin antes maldecirla y jurar que le haría muchos momentos del día casi imposibles.

Capítulo 26

Wynona olvidó su encuentro obligatorio con Calvin. Su mente no estaba dispuesta a echar a perder su momento de felicidad junto a Michael. Ella tuvo que contar una historia poco creíble con respecto a enterarse de la existencia de la pintura dentro de la residencia. Dijo que había visto a Calvin saliendo de su habitación y que ella fue a cerrar la puerta, momento en que no resistió a la curiosidad y la distinguió.

Michael asumió que Calvin solía ingresar a las habitaciones ajenas. Era un hábito arraigado en él desde siempre y nunca le había molestado, pero que supiera que tenía un retrato de su inquilina, era algo que sería utilizado como alguna forma de burla o similares, dada su poca discreción.

Durante la mañana, Wynona y Michael llegaron juntos al desayuno como era costumbre, aunque Calvin se había tardado más porque sí estaba somnoliento por la noche que pasó desvelado y acicalado en su recámara.

—Buen día... para quien lo merezca —saludó Calvin.

Colocó con aquello nubarrones en el paisaje de Wynona.

Ella hizo una inclinación de cabeza sin decir una sola palabra.

—Es un excelente día hoy. Me merezco tu carismático saludo.

—¿Sí? —incredó Calvin mientras se quería colocar la servilleta y no perdía de vista a Wynona, que trataba de desayunar en paz.

—Sí, porque he decidido casarme.

Wynona echó su cuchara en la taza de té. Podía jurar que el tintineo llegó hasta el condado vecino; no imaginaba la indiscreción que iba a cometer su prometido. Calvin no estuvo lejos de la reacción de la muchacha, no pudo continuar colocándose la servilleta.

—¿Estás demente? Es momento de que este invernal encierro se termine. ¿No hablas en serio? —se quebrantó Calvin al notar lo contento y seguro con aquello.

—Decidí cambiar mi vida por una preciosa mujer.

Ella no sabía cómo esconderse. Estaba sintiéndose avergonzada, aunque a la vez halagada de tal presunción.

—Ninguna mujer es merecedora de tal sacrificio, déjame decirte...

—No quiero escuchar nada de lo que tengas que agregar, Calvin, y menos frente a mi prometida. Lady Wynona ha aceptado casarse conmigo ayer.

Calvin se quedó descolorido ante la noticia. No era lo que estaba esperando. Esa era la razón por la que aquella no se presentó en donde la había citado.

—Sé que para lady Wynona es un asunto de mucha confidencialidad, todavía no se lo dijo a su nana. Se deberá enterar por el resto y también aprenderá a aceptarme. ¿No lo cree, milady? — Agarró la mano que ella tenía en la mesa.

—Sí...

—¿Qué opinas, amigo mío? De tanto que me negaba, hoy la idea me ilusiona.

El invitado no dejó de mirar a Wynona de manera sombría. Sus planes de tenerla para él se alejaban con lentitud. No deseaba que Michael se casara con ella por la simple razón de que no cumplía con el prospecto que debían seguir los libertinos de tan excelente posición. Una muchacha de buena familia y sin mancha era lo que se esperaba de un joven como él, no una mujer de dudosa reputación como aquella.

—Pienso que es una abominación —respondió con una sonrisa cínica en el rostro.

La respuesta desconcertó a Michael y a Wynona.

—¡Miren esas caras! —Estalló en una carcajada—. ¿Pensaron que no estaba de acuerdo? No lo estoy, pero Michael es un tonto con todas las letras. Felicidades a usted, milady, astuta como usted sola. No me queda más que felicitarla.

Michael dirigió sus ojos a su prometida y negó con la cabeza para que no le hiciera caso a Calvin, aquel tenía muchos problemas de actitud.

—Nos alegra que estés de acuerdo con esta unión —replicó Michael para reprenderlo.

—Por supuesto, querido. ¿Quieres conversar conmigo en tu jardín? Sé que está un poco helado, pero en ocasiones es bueno una caminata por la mañana —propuso buscando la mirada de Wynona.

Ella sintió su pecho palpar con fuerza. Temía que aquel encuentro privado entre ambos significara que le contara sobre su pasado.

—Milord pasará conmigo —interrumpió ella antes que Michael aceptara—. Los perros de la otra propiedad están en camino y me gustaría que me hablara mucho de ellos. A mi padre no le gustaba mucho los animales.

—Lo siento, Calvin. Conversaremos en otro momento. No puedo dejar a milady con la curiosidad sobre mis perros.

—Si es por eso, yo conversé contigo sobre ellos antes que ella —

resopló molesto.

Wynona había ganado un pequeño espacio en la puja.

Calvin salió detrás de ellos con su pipa encendida. A Michael se lo notaba feliz y orgulloso al caminar del brazo de Wynona, mientras él estaba junto a la nana... a la par que la otra sollozaba.

—¿Qué le ocurre, señora? No me obligue a querer consolarla, porque no ocurrirá.

—De usted no quiero nada. Lloro por mi niña, que ha tenido desventuras. Usted debería estar muerto.

—Admito que debería estar muerto, por supuesto que sí, pero los prodigios no se dan todos los días. Usted tiene que estar agradecida por que un descocado quiera casarse con una mujer mancillada como esta. Tendría que ser la vida alegre de Michael y mía. Él y yo lo habíamos compartido todo, pero se ha vuelto egoísta.

—No ose en llenarse la boca para hablar de milady, sucio patán sinvergüenza. Aquella niña mal habida...

—Juliette era una prostituta, siempre lo fue. Venida desde Francia, fue colocada entre las más bellas muchachas londinenses para consentir a ciertos aristócratas que no deseaban casarse. Sé más de lo que usted sabe, señora. ¿Sabía que lady Wynona fue seleccionada por un caballero durante un baile? Había quedado fascinado con su belleza en los salones, supongo.

—¿De dónde quita usted tanta tontería?

—Recuerde que tengo el arete de milady. Sé más de lo que digo.

Después de dilucidar mis sospechas sobre ella, rememoré algunos pasajes de esa noche que no se perdieron en el alcohol y el desengaño.

—Lárguese de esta propiedad. Deje en paz a esta muchacha que necesita de reposo, o enloquecerá —mencionó casi rogando.

—Me iré, pero quiero que Michael se quede con mis sobras por segunda vez. Convenza a su niña de que se acueste conmigo y la dejaré tranquila.

—Primero tendrá que matarme para volver a destrozar su vida.

Calvin le restó importancia a la mujer, sin embargo, aquella no estaba para dormirse en los laureles con el pedido desvergonzado de él.

—¡Aquellos son! —exclamó Michael enseñándole a Wynona el carruaje que llevaba a sus perros a la propiedad—. Como le dije, son muchos. Hay sabuesos, lebreles, terrier... En primavera estarán felices de cacería.

Wynona se sintió entusiasmada por el ánimo de su prometido, aunque la reacción de su nana al comprometerse con él le resultó devastadora. Ella sollozó sin querer decirle sus motivos. Comprendía que no le traería mucha felicidad por el hecho de tener a aquella alimaña junto a ellos.

Después de que Michael se reuniera con los animales, Calvin lo acompañó ganándose el afecto de los canes. Para él era sencillo, pues lo conocían. Ella, en cambio, fue escrutada por cada uno de ellos para ser también acariciados.

Durante la noche y luego de la cena, Calvin probó varias veces abrir la puerta a la habitación de Wynona para esperarla, no obstante, cada vez que entraban y salían ella y su doncella, la última giraba la llave para cerrar la puerta.

Se maldijo en un par de idiomas que conocía y regresó a su dormitorio.

Tenía un arma guardada, si bien no pensaba utilizarla en ningún momento, era para que le temieran y utilizaría aquello para tener a la muchacha en silencio.

Salió en medio del frío de la noche a caminar en la nieve para poder subir por la ventana a la alcoba. Odiaba tener los pies fríos, pero estaba seguro de que si podía conseguir las atenciones de la muchacha, lograría calentarse de nuevo.

Caminando por el costado de la casa, siendo acosado por los propios vapores de su boca, escuchó ladrar a la infinidad de perros que se encontraban en un corral cercano a las caballerizas. El sonido era infernal.

Cada vez eran más agresivos en sus anuncios, parecían estar siendo provocados.

No estaba interesado en saber lo que ocurría, aunque sí deseaba que cerraran sus hocicos. Cambió de dirección y fue hacia las caballerizas, donde notó que uno de los terrier estaba al borde de escapar para perseguir algo. Lo advirtió correr hacia un sitio entre unos arbustos congelados.

De aquel lugar se dio a la huida la imagen de un hombre que se echó a correr hacia él. Calvin le mostró el arma para que se detuviera.

—¿Quién es usted? —Intentó que lo oyeran con el incesante ladrido de los canes.

El extraño quitó un arma, pero Calvin fue más rápido y la arrojó hacia otro sitio antes de golpearlo y dejarlo tendido sobre la nieve.

—¡Ya cállense! —bramó molesto hacia los animales, que obedecieron al escuchar su voz.

Calvin tomó al forajido de las prendas y lo acercó a él.

—A usted lo conozco —dijo Calvin al percibir su hedor—. Es el que extorsiona a milady.

El otro solo gruñó intentando escapar.

—Quiero que me diga el secreto de lady Wynona. Ese otro secreto que no sé... Hable...

—Si quiere que se lo diga, deberá darme dinero —mencionó el otro.

—Vamos, caballero, ¿qué le parece si se conserva vivo? Es toda una ganancia —musitó Calvin colocándole el arma en la frente.

Capítulo 27

Wynona y Michael escucharon ladrar a los perros, pero no les prestaron atención. Estaban inmersos en atenciones mutuas. Un disparo rompió el tenue silencio que se dio después de los ladridos, eso hizo que se separaran para mirarse recíprocamente.

—¿Qué pudo haber sido eso? —indagó Michael.

—Debemos ir...

—No, no sabemos qué puede haber. Vaya con su nana a la habitación.

—Lo esperaré aquí.

Michael negó con la cabeza antes de acercarse a su escritorio para sacar un arma.

Sin que él se diera cuenta, Wynona lo siguió. El resto de los empleados estaban frente a la residencia, incluida la nana. Cuando se acercaron a observar, Calvin iba caminando con un arma en la mano. Su rostro y sus prendas tenían sangre salpicada.

—¡Dios, Calvin! —exclamó Michael mirándolo de cerca con los ojos desorbitados—. ¿Qué ocurrió?

—Un intruso en la propiedad. Lo distinguí desde mi ventana. Lo seguí, forcejamos y el arma se disparó. —Sacó un pañuelo de su levita para secarse el rostro.

—¿No estás herido? ¿Y el hombre?

—Estoy bien y él no tanto, me parece que está muerto.

Wynona los alcanzó y encontró a Calvin limpiándose la frente mientras conversaba con Michael.

—Veré si está vivo —espetó Michael yendo en la dirección de la que Calvin volvió. Lo siguieron su séquito de empleados y ella también iba a hacerlo, sin embargo, él la detuvo del brazo.

—Agradezca que acabé con su extorsionador, milady. Creo merecer su agradecimiento.

—No le debo nada. Estoy comprometida con su amigo y, aun así, tiene la desfachatez de pedirme favores.

—Michael es una adorable criatura, mucha virtud para una mujer como usted, que no sirve más ya en este momento que para calentar la cama de un caballero. ¿Acaso merece ser una prestigiosa condesa? Con lo que me dijo este hombre, dudo que tenga un poco de prestigio.

La nana estiró a Wynona para que se fueran, pues aquel caballero estaba provocándole.

—¡Cállese!

—Michael no la verá con los mismos ojos después de que le diga que usted terminó pariendo en

Riverton Manor a un niño... fruto de su desluz.

¿Qué tiene que expresar en su defensa? —incredó burlón—. Sabe que no sirve como esposa de un codiciado soltero, sino para su amante.

Wynona estaba impresionada por que él lo supiera todo. Se sintió mareada y la oscuridad se abrazó a ella, haciendo que cayera desvanecida en la nieve.

Calvin no alcanzó a sostenerla. No esperaba que ella perdiera el conocimiento con aquello.

—¡Lady Wynona! —chilló Michael después de asegurarse que el intruso estaba muerto.

Notó que Calvin quiso ayudarla al tomar su cuerpo del gélido suelo.

—¿Qué le hiciste, Calvin?

—Ella es impresionable, le mostré un poco de sangre —justificó tragando saliva con fuerza.

Michael arrebató a Wynona de los brazos de Calvin y la montó en los suyos para devolverla en la casa. La nana no pudo defender a Wynona de Calvin, quedó tiesa en su lugar cuando oyó lo que le dijo.

La frágil seguridad de Wynona se quebró y ella quedó devastada.

Durante esa noche, los caballeros se encargaron del cadáver del hombre y la nana se dedicó a cantarle su canción que la acompañaba desde su nacimiento mientras le acariciaba sus hebras de cabello negro. Mantenía sus ojos fijos en una pared pensando en lo poco que podía durar la felicidad, era un concepto efímero para ella.

—¿Cómo está milady? —indagó Michael por la mañana al esperarla para desayunar un poco más tarde de lo normal, pero ella nunca bajó.

—Milady está indispuesta esta mañana —respondió la nana—. Es probable que pueda levantarse para las demás comidas del día, milord.

Él tuvo que compartir sus comidas del día con Calvin, que le hablaba de cosas sin importancia, como si no hubiera matado a nadie. Aquel hombre quizás era alguien que perseguía a Wynona, por eso la razón de su desmayo.

No podía suponer más cosas porque ella no aceptaba visitas.

Cada vez que tocaba aquella puerta era para que se la cerraran en la nariz.

—Otra vez ese conde —gruñó la nana antes de abrir la puerta.

—¿Me puede recibir mi prometida? —indagó muy molesto.

—Ella no puede porque...

—Que pase, nana —mandó Wynona e hizo un esfuerzo para no ser consumida por su miseria.

Él se adentró a la estancia que estaba muy lúgubre, tanto que le dio escalofríos al recordar Riverton Manor.

—¿Qué le ocurre, milady? —Acercó su mano a la de ella.

—No me siento bien.

—Traeré a un médico.

—No es una enfermedad del cuerpo, es un padecimiento del alma que nadie puede curar. La culpa no se va con medicinas.

—El hombre que Calvin mató...

—Me siguió desde la casa de mi padre.

—Comprendo. ¿Sabe que no soy quien para juzgar su pasado? Si eso le está haciendo mal. La adoro desde que la conocí y así sigo. Mis intenciones de hacerla mi esposa no cambian, ni cambiarán. Mañana la esperaré para ir a un paseo en calesa. La nieve está cerca de desaparecer y los perros están inquietos queriendo soltarse. Un buen paisaje la animará.

Ella no pudo hablar más, solo asintió ante los deseos de su amado por confortarla en aquella tribulación.

Después de que él se hubo ido, miró a su nana, que desvió sus ojos de ella y salió. Escuchó la llave girarse y se recostó.

El silencio en la casa era sepulcral. Michael se retiró a su habitación después de la cena, no podía conciliar el sueño y leyó uno de los libros que le dio Wynona y que pertenecieron al vizconde.

Sin Michael, Calvin también buscó refugio en su dormitorio junto a una botella de brandi. Sabía que desde que asustó al objeto de sus deseos, ella no salía. Estaba refugiada en su habitación bajo llave. Estuvo durante horas bebiendo y mirando por la ventana hasta quedarse dormido. Nadie podía alertarlo de que no estaba solo en la estancia.

Una punzada en el hombro lo despertó con presteza. La aterradora imagen de la nana de Wynona queriendo clavarle un cuchillo en el pecho era algo sin precedentes. Dio un salto de la cama para intentar salvarse de ella, que había logrado herirlo.

—Quédese, miserable. Quiero tener el placer de matarlo por dañar a milady —expresó entre lágrimas—. No volverá a atormentarla más. ¿No fue suficiente con aprovecharse de ella? ¡Sufrió y usted goza de su dolor!

No merece la vida que tiene. Fue torturada por su padre durante estos años, para luego morir en vida con la noticia de la muerte de su hijo. ¡Era también suyo!

La mujer parecía poseída. Lo tenía acorralado. Con el dolor en el hombro, intentó desarmarle por

un momento, pero ella no se rindió, lo golpeó con una de las botas que estaban al costado de la cama.

—¡Ayuda! —gritó al esquivar el cuchillo de la mujer que casi se le incrustó en la pierna.

Quiso correr hacia la puerta, mas esta se encontraba cerrada con llave.

La nana había pensado en todo.

—Lo hubiera puesto a dormir para que no se moviera tanto —gruñó enojada.

—Cálmese, señora. Usted es la criada, no debería tomarse a pecho la situación. Cuando esté más vieja que ahora, la echará —dijo entre risas tomándose del hombro.

Ganaba unos minutos de vida antes de volver a gritar. Aquella vivienda era un sepulcro con mucho eco. Debían escucharlo.

Michael escuchó el primer grito porque no estaba dormido. Salió de su habitación, pero no hubo más ruidos hasta un siguiente bramido minutos después. Reconoció que no era de la habitación de Wynona, sino de una más alejada. Se apresuró y escuchó ruidos en el aposento de Calvin.

—¿Calvin? —Golpeó la puerta con los nudillos. Quiso abrir la puerta, aunque estaba llaveada—. Calvin, abre.

La nana se acercó al cuello de Calvin y lo miró amenazante.

—Cobarde. Esta noche no se muere, pero no tiene a su suerte —

masculló sacando la llave de su delantal para abrir la puerta.

Como si fuese un evento normal, la mujer salió del cuarto. Cuando Michael entró, las cosas estaban desparramadas.

—¿Qué fue eso, Calvin?

—Deberías estudiar a quienes metes a tu casa. La nana quiso matarme.

—Es una vieja y tú eres muy joven.

—Una vieja con demasiada fuerza, tanta que grité por mi vida.

—Hablaré con ella para saber qué has hecho, porque tú no me lo dirás.

Al quedarse solo, Calvin suspiró. Por un momento creyó que lo iban a matar. Haber bebido demasiado tampoco lo ayudó a defenderse de la que debería ser una tierna nana.

El dueño de casa deseaba saber lo que ocurría en su propiedad. Él sospechaba que podía ser a causa de Wynona. Ella no quería hablar, entonces, ¿cómo podía suponer algo sin caer en un error? Calvin era un paria y quizá la torturaba creyendo que él no sabía que no poseía su virtud.

Antes que él golpeará la puerta de la mujer, ella se adelantó.

—Su amigo es su enemigo. Yo no puedo hablar, pero hay algo en la habitación de él que usted sabrá interpretar —confesó la nana al cerrar la puerta después de esas agitadas y fervientes palabras.

Capítulo 28

Michael se quedó pensando en lo que le dijo la nana. No podía obviar la presencia dañina de Calvin en esa casa. Wynona tenía tres días sin salir de la habitación. Lo único que podía hacer por ella era leerle algunos libros que pudieran captar su atención dispersa y le sonreía en ocasiones cuando algo de la lectura le parecía gracioso.

Él no imaginó que alguna vez le leería un libro a una mujer, pero Wynona era especial y por algún motivo se sentía enferma. Cuando él cerró su libro, ella se había quedado dormida. Wynona no se desatacaba por su floreciente espíritu, sino por ser esquiva en sus respuestas y dispersa en sus confesiones.

Era una fría siesta en la que él se sentía solo y era muy probable que terminara enfermo como Wynona. Calvin salió junto a sus perros para divertirse, al menos alguien lo hacía en la propiedad. Cuando notó que su amigo se alejó con la jauría, recordó las palabras que la nana le mencionó días atrás.

Se dirigió a la recámara de Calvin para intentar comprender el mensaje oculto detrás de esas palabras. Se sentía como un ladrón dentro su propio hogar. Observó lo que había a su alrededor y nada le parecía sospechoso. La habitación estaba impecable, aunque olía a alcohol y tabaco.

Abrió el guardarropa y nada parecía ser fuera de lo común. Revisó debajo de la cama y obtuvo el mismo resultado.

Pensó que enloquecía creyendo las palabras de una mujer que intentó matar a Calvin. Para haberlo hecho, no podía estar cuerda.

Por último, se fijó en un gran alhajero. Se encontró con la sorpresa de que tenía una gran cantidad de aretes sin par. En un momento creyó que eran tonterías de un egocéntrico libertino, no obstante, era verdad.

Ninguna de las joyas le decía nada. Lo único que le llamó la atención era algo que estaba oculto entre un pañuelo que le pertenecía a él y no a Calvin. ¿En qué momento Calvin le robó uno de sus pañuelos?

Al separar la tela del pañuelo, palideció. Sería un verdadero tonto si no reconocía la joya. Era uno de los aretes de la pintura de Wynona.

Estaba más que seguro de ello. Se había pasado demasiadas horas apreciándola como para no darse cuenta de que era la misma.

Echó a notar que Wynona no fue engañada por un pretendiente, sino que cayó por error en los

brazos de un libertino y, para su pésima fortuna, resultó ser Calvin.

La carta del padre de Wynona fue expresa: «*Si aparece el ladrón, quiero que cumpla con mi voluntad de matarlo y cobrar el honor de mi hija*». Aquel amigo suyo era la razón por la que debía portar el arma para protegerla. Sin embargo, él lo metió en su casa, lo colocó bajo su techo y Wynona no le dijo nada.

Negó varias veces con la cabeza y arrojó el arete al suelo con mucha fuerza. Abandonó la habitación y se dirigió a la biblioteca para buscar su arma.

—¡Calvin, Calvin! —exclamó furibundo mientras caminaba dentro de la casa—. ¡Calvin, maldita sea!

Desde afuera Calvin escuchó que lo llamaban con insistencia, al igual que Wynona y la nana. Ellas no habían oído tan alterado al conde en el tiempo que lo conocían.

—¿Qué está ocurriendo, nana?

—Al fin lo comprendió —respondió a Wynona.

Ella entendió esas palabras por completo. Era probable que Michael supiera la verdad que la aquejaba. Sabía que aquel era el momento de dar la cara ante la situación y también frente al hombre al que amaba.

—¿Qué sucede, Michael? —indagó Calvin al distinguir el arma en su mano, la cual le apuntaba.

—Eras tú, siempre has sido tú —mencionó trémulo.

—¿Qué te ocurre?

—Tú eras el ladrón que me advirtió el vizconde de Castleton.

—¿Bebiste?

—¡Eres tú quien destruyó la vida de milady!

Calvin tomó un poco de distancia al escuchar a Michael muy alterado sin dejar de apuntarle.

—¿Acaso fui yo a meterme entre sus faldas? Te recuerdo que no entraría a la casa de ninguna mujer. No es una víctima, es una dama curiosa.

—¡No te refieras a ella de esa forma!

—¿Me estás amenazando por una falda? Creo valer un poco más que una escurridiza falda. No es tan decente como piensas. Si lo fuera, no hubiera estado en compañía de Juliette.

—Te invité a mi casa. Los coloqué bajo el mismo techo y, desde que llegaste, ella no dejó de emitir señales sobre ti...

—Créeme, es porque quizá quiera mantener un romance con nosotros dos.

—¡Canalla! —expresó a punto de gatillar el arma.

—¡No! —gritó Wynona abrazando a Michael desde atrás.

—Ha bajado la mártir. ¿Se seguirá haciendo pasar por una mujer decente cuando no lo es? Mire a este caballero al que convirtió en un pelele... Lo que puede hacer una bella muchacha...

—No se ensucie las manos, milord.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —Acarició la mano que ella tenía en su pecho y no lo soltaba.

—¿Piensa que me enorgullezco de esto? Solo quiero olvidarlo.

—No la habría sometido a esta tortura si lo sabía. Debí hablarme.

—Ella no iba a hablarte porque estaba pensando seriamente en la idea de revivir nuestra noche juntos...

—¡Eso no es cierto! —se defendió con vehemencia—. He estado huyendo de usted y no me ha dejado en paz.

—¡Es suficiente! ¡Vete de mi casa, Calvin! —expuso Michael soltándose de Wynona—. Vete antes de que me arrepienta de no matarte.

—¡Lo compartíamos todo, Michael! ¿Quién es esta mujerzuela para separar nuestra amistad? Déjame contarte lo que oculta, lo que más le duele y le avergüenza.

—¡No!

—Parió un hijo mío. No está solo mancillada, está arruinada. ¿Te casarás con una mujer sin reputación alguna? Eres un tonto. Me iré, pero si yo pierdo a un amigo, ella pierde a su prometido. Atrévase a negarlo.

Calvin se retiró para recoger sus pertenencias y abandonar Sandbeck Park. Michael estaba mudo ante la confesión de Calvin. Dirigió sus ojos a Wynona, que no dejaba de sollozar al ser develado su secreto.

—¿Es cierto lo que dijo Calvin?

—Es verdad... —se pausó antes de continuar—. Ser mancillada hubiera sido el menor de mis problemas. Juliette me había convencido de acompañarla a un baile extravagante. Ella esperaba presentarme a un

caballero que decía estar interesado en mí. Me persuadió de que la virtud era algo sin valor real y que un esposo deseaba a una buena y preparada esposa. Mientras la esperaba, se acercó a mí un caballero que se presentó con amabilidad y educación con el nombre de Calvin. Su simpatía era agradable y... entonces, dejé de esperar a Juliette y al caballero que me quería presentar.

Él se mantenía callado al escuchar lo que ella le contaba entre lágrimas que aguaban su fino rostro.

—Había una habitación y yo lo acompañé. Él me pidió que lo esperara un momento y luego volvió para continuar lo que empezó. Luego de esa noche, pensé que todo iba a estar bien, pero en realidad no era así. No sangré y mi vientre comenzó a crecer. Se lo tuve que confesar a mi padre y enfureció tanto, que me golpeó. Compró Riverton Manor esa misma semana y me llevó con él. Despidió a todos, menos a los antiguos del servicio, pues aquellos guardarían el secreto. La pintura la llevó hasta allí para que yo observara cada día lo que había perdido. Yo lo sabía, pero él me torturaba repitiéndolo a cada hora de la comida o cualquier oportunidad.

Odiaba lo que crecía dentro de mí. Intenté dar con el hombre para saber si podía casarse conmigo, pero no lo hallé —rememoró.

Michael observó cómo ella iba perdiendo la solidez con la que contaba su historia. Parecía que se quebraría en algún momento.

—Odiaba más y más a la criatura que hallaba en mi vientre... hasta que llegó el día de su nacimiento hace más de un año. Deseaba morir cuando me destrozaba por dentro. Sufrí, lloré y grité como una desequilibrada.

Enloquecí de dolor. Para cuando desperté, mi nana se acercó con el niño, pero yo lo rechacé. Insistió en que debía alimentarlo y no quise hacerlo. Su llanto era incesante, lloraba de hambre y soledad. Mi padre había entrado a la habitación para decirme que con ese bastardo podría olvidarme de mi futuro. Torturada por sus palabras, maldije miles de veces al niño que lloraba en otra habitación. Las sabias palabras de la nana inspiraron mi compasión por el niño. Lo cargué en mis brazos, lo alimenté y me fijé en su cabellera rubia y sus ojos grises. Era muy hermoso. Con los días, le cogí demasiado afecto —narró, luego se quedó callada, no podía continuar.

—¿Y dónde está el niño? —indagó Michael acercándose a ella.

—Mi padre notó que era feliz con él... y entonces me lo arrebató. Un día desperté y había desaparecido de su cuna. Enloquecí de dolor porque supe que él se lo llevó. Regresó días después y me dijo que lo dejó en un

orfanato. El hombre que yacía muerto en su jardín días atrás... era el cochero de mi padre. Él fue despedido por chantajearlo y también a mí, pues yo le pagaba para que averiguara dónde estaba mi hijo, pero mi padre hacía lo mismo para que no me lo dijera. Ese mismo fue el que le contó todo a su amigo y él pensaba sacar ventaja de mi secreto para que yo cediera a su acoso. Ahora sabe las razones por las cuales no pretendía nada.

—Si el niño está en un orfanato, podríamos buscarlo y...

—Es inútil. Está muerto, y no tengo siquiera dónde ir a llorarlo...

Él la abrazó con fuerza y no la soltó. Para ella era una tortura estar en aquella casa con Calvin. Estuvo callando aquello porque sabía que no podía contar lo que le ocurrió.

—Perdóneme por la pésima decisión de invitar a Calvin. Debió decirme algo...

—Yo no sabía que su amigo era el mismo hombre de esa noche. Tenía una máscara. Le reconocí por la voz y casi lo confirmé por su nombre.

¿Qué podía decirle yo que no me delatara? Quería un poco de felicidad a su lado, no esperaba nada más.

—Yo aspiro a llenar ese vacío que le dejaron. No han cambiado mis intenciones de casarme con usted, pero sí han cambiado mi visión sobre la amistad que tengo con Calvin. La amo, lady Wynona, y de haberlo sabido antes, no hubiera dejado que la torturaran de esta manera.

Capítulo 29

Wynona sintió que el peso de sus hombros se había reducido. Le avergonzaba que Michael supiera su secreto, pero se sentía mejor después de haberle dicho lo que ocultaba. Tantas noches, lágrimas y arrepentimiento, no encontraban una absolución aún, pero sí alivio.

Juntos observaron desde la ventana cómo Calvin se subía a su carruaje para partir. La sonrisa cínica de su rostro no desapareció. Él también les devolvió la mirada fija que ellos le dieron. Michael cerró la cortina que los separaba y se dirigió al centro del salón con la mano en el mentón.

—Lamento que su amistad acabara por mi causa, milord —lamentó Wynona, acongojada.

—No es por su causa. No era un verdadero amigo si pretendía seducir a la mujer que adoro. ¿Qué clase de amistad es esa? Si a él le pareció una gracia, a mí se me hizo una desgracia. Tantos años creyendo conocer a alguien para darse cuenta de lo egoísta que era.

—Ese caballero no cambiará. Usted comprende mi silencio después de esto, ¿no es así? No es un buen hombre, y en aquel entonces estuve mal influenciada. Estaba resignada a la soledad en Riverton Manor, pero usted llegó y no comprendo lo que aconteció. Era merecedora de estar sola en un lugar alejado llorando por la muerte de mi hijo, que nada tenía que ver con ese hombre al que ni siquiera le distinguí el rostro. Sigo sin sentirme digna de ser su esposa. En algo el conde tenía razón: *solo sirvo para ser la amante de un noble*.

—No vuelva a decir eso. Usted me ha conquistado. Soy yo quien no merece ser tan afortunado. He llevado una mala vida y no estoy orgulloso de haber participado en varias actividades con Calvin. La juventud es mala consejera y los errores se pagan muy caro. Soy su presente y su futuro, milady. La primavera será nuestro tiempo perfecto. Nunca regresará a Riverton Manor, de hecho, la venderé.

—No tendré lugar al cual ir si cambia de opinión un día antes de la boda

—replicó Wynona con una sonrisa.

—¿Qué puede hacerme cambiar de opinión si todo lo que sabía no lo hizo?

Ella asintió y le tomó las manos con fuerza. Después de tanto infortunio, quizá llegara a ser muy feliz junto a Michael.

ooooo

Para cuando la primavera fue dando sus primeros vestigios de acercamiento, Michael era un hombre feliz con la mujer que amaba.

Los paseos a caballo junto a Wynona por la propiedad eran esperados por Michael con ansiedad todos los días. Estaba orgulloso de mostrarle los mejores parajes de Sandbeck Park. Los perros estaban extasiados siguiéndolos por ahí.

La nana de Wynona sentía temor de subirse a un caballo, por lo que no los acompañaba en sus paseos y eso lo hacía doblemente feliz. Faltaba poco menos de dos semanas para el matrimonio y no tuvieron ningún inconveniente. Las injurias de Calvin casi habían quedado olvidadas por ambos.

—¿Cuál es la temporada de pesca en este lugar? —indagó Wynona al mirar una de las lagunas.

—Cuando milady ordene, es la temporada. Los peces han estado muy contentos durante años burlándose de seguro de nosotros. Les haríamos un favor si los pescamos.

—¿Y qué me dice de las aves?

—Faisanes. He vistos demasiados en esta propiedad cuando vine la última vez.

—¿Y los patos?

—Pronto volverán del sur. La cocinera de Riverton Manor debe ser muy buena con los patos también. No hay nada que no le salga exquisito, también los brebajes...

—La nana siempre los usaba para dormir a quien fuera junto a mi padre, y a él mismo lo terminaba poniendo a dormir. De nuevo pido disculpas por la actitud de mi nana. No hace más que protegerme.

—Ponerme a dormir tantas veces fue incluso reconfortante, aunque perdí tiempo soñando con usted sin saber que podía tenerla estando despierto.

—Usted es un ladrón de cuadros. ¿No le da vergüenza?

—En lo absoluto. Me enorgullezco de haber salvado tanta perfección en ese lienzo.

—¿De quién es ese carruaje? —curioseó ella deteniendo a su caballo.

—Es del letrado, el señor Wellington —respondió extrañado.

Desconocía las razones por las cuales él podía estar en su propiedad. El hombre no era alguien de mala suerte, pero cada vez que aparecía, nada bueno se traía.

—¡Oh, milord, milady! —exclamó sonriente al observarlos acercarse—.

Mi presencia no es bien recibida en todos los sitios, y aquí no será la excepción.

—Buenos días, señor Wellington —saludó Wynona con una reverencia.

—Que placer más absoluto es ser bien recibido por usted y notarla tan colorida en estos tiempos...

—Señor Wellington...

—Milord, déjeme felicitarlo. Ha logrado cumplir con el cometido del vizconde y qué mejor forma de hacerlo que usted casándose con lady Wynona. No todas las esperanzas de ese caballero estaban perdidas.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Wynona.

—En ocasiones mi lengua es larga. Era un inocente deseo de su padre,

¿no le extrañaban las visitas a su propiedad siendo usted uno de los parientes más lejanos?

—En verdad, sí, pero fue algo fortuito para que me comprometiera con milady. ¿Qué lo trae por aquí?

—Oh, sí, sí. Me trae un asunto de vida o muerte, un poco más de muerte que de lo otro. Como le decía, su amigo, el conde de Winchilsea, ha sido herido y su estado es muy delicado. Me ha pedido con suma urgencia que lo buscara a usted y a su prometida.

—¿No le ha contado que hemos roto la amistad que nos unía?

—Mencionó unas frases un tanto ininteligibles para mí, pero me hizo entender que lo que tiene que decirles quizá lo libre del infierno. Me dijo que en nombre de la amistad de muchos años que mantuvieron, vaya a verlo y lo haga con presteza, porque no le queda mucho tiempo.

Michael dirigió sus ojos a Wynona y ella asintió.

—Habrán tenido mejores momentos juntos, milord. Si está en su lecho de muerte, quizás esté a tiempo de arrepentirse.

Le debía una última visita en el nombre de la amistad de tantos años.

No estaba contento con la idea, sin embargo, Wynona no parecía hablarle con mala entraña, sino lo hacía recapacitar por un moribundo.

∞∞∞∞

Partieron rumbo a Londres después de guardar sus baúles en el carruaje.

Wynona se estrujaba nerviosa las manos. Se sentía extraño retornar a Londres y, para lamentarlo aún más, justo para visitar al hombre que tanto mal le había hecho. Tanto su padre como aquel

caballero eran de la misma calaña. Su padre no le dijo dónde quedaba la tumba de su hijo ni a qué orfanato se lo llevó. No merecía perdón por tantas lágrimas que le hizo derramar.

—No piense en odiar. Es probable que Calvin esté arrepentido de cómo la trató.

—Quizás él vaya al cielo y yo al infierno, porque no creo poder perdonarlo.

—Debemos obrar con inteligencia. Si no desea verlo, yo bajaré del carruaje.

—Piensa que él puede cambiar a último momento. Mi padre no lo hizo.

—Por su bien es mejor que lo haga. El pasado quedará enterrado, recuerde que somos el presente y el futuro... juntos.

—Sepa que lo hago por usted.

Él agradeció sus palabras con un gesto de su cabeza.

Los pensamientos de Wynona no cambiarían jamás. Ni la muerte le haría olvidar el trago amargo que Calvin le dejó. Comprendía que no fue algo buscado por los dos; eran coincidencias entre un cazador y una presa.

La residencia de Calvin era enorme para un solo habitante. Las pilastras eran altas y en tonos durazno, sobrias y elegantes. El señor Wellington se aseguró que se cumpliera a cabalidad con el pedido del moribundo. Wynona respiró antes de entrar a la habitación. Michael parecía más tranquilo al correr la puerta.

—¡Michael, Michael, Michael! —exclamó un pálido y desabrido Calvin

—. La vida te trata mejor que a mí. Dejé Sandbeck Park y, a pocas semanas, ese esposo despechado me disparó. Sin dudas que me voy a morir.

—Calvin, no me es grato saber lo que te ocurrió y lo siento. ¿Cuál es el motivo por el cual estamos aquí lady Wynona y yo?

—Que graciosa tu oscura lepidóptera —comentó, para luego toser con violencia.

Wynona seguía notando en Calvin aquella misma actitud que tuvo desde un principio. Él no pediría disculpas.

—No me place lo que le ocurre, milord, pero, si se muere, que descanse en paz —profirió ella con molestia.

Él dio una carcajada y luego le hizo un gesto a su empleado para que le acercara un objeto que estaba envuelto en un pañuelo.

—Me odia porque soy un sinvergüenza y lo admito. Sin embargo, déjeme decirle que me condena sin motivo. Acepto que quise aprovecharme de usted en base a chantaje y también de una mentira

—confesó enseñándole lo que estaba en el pañuelo—. Lo que les diré no será un favor y mucho menos un acto de arrepentimiento de mi parte, todavía la deseo...

Michael se dio vuelta para retirarse, pero otra carcajada demencial se escapó de Calvin.

—¿Te ofendes, querido mío? Descubriste que yo tenía el arete de lady Wynona, pero ¿qué hacía tu pañuelo con él?

—Robas mis servilletas, no me parece algo extraño —replicó enojado.

—Lady Wynona me ha estado odiando sin razón, al menos sin una decente. He pensado en que, si me voy a morir, ¿por qué hacerlo con la culpa de otro?

—¡Habla ya, maldición! —gruñó Michael, impaciente.

—¿No recuerdas esa noche, Michael? ¿Recuerdas que estuvimos en ese mismo encuentro? ¿Qué favor te había pedido cuando te di mi máscara? —

inquirió—. ¿Lo has olvidado? Te voy a dar una pista. Si bien me robo los aretes de mis amantes, el de ella me lo robé antes de llevarla a la cama.

Cuando estuve en tu residencia y descubrí que lady Wynona perdió un arete, busqué el suyo entre el resto. Al momento en que lo reconocí por el cuadro, recordé el lugar donde lo coloqué. ¿Por qué no estaba con los demás? Era por una sencilla razón: las alhajas son recuerdos de mis amantes y ella no lo fue. Intenté aprovecharme de que no me reconoció el rostro. Sí, soy un retorcido.

—¿Qué quiere decir con eso? —indagó Wynona al escuchar que lo que creyó durante ese tiempo parecía ser falso.

—Que me hubiera gustado ser ese hombre, pero en realidad el caballero que se acostó con usted, fue Michael...

Capítulo 30

A Michael se le escapó la respiración. No recordaba eso que mencionaba Calvin.

—Miente... —emitió Wynona notando el rostro pálido de su prometido.

—Piense lo que quiera. Michael debe hurgar un poco en esa ahuecada cabeza rubia. Es cierto que yo hablé con usted y le di mi nombre, al igual que tuvimos un corto interludio, cuando escuché la melodiosa voz de Juliette en el pasillo —recordó con una media sonrisa—. Le dije que volvería pronto, que me aguardara unos momentos. Al salir de ese lugar encontré...

—A mí —reconoció Michael, desolado. No pudo levantar el rostro del suelo.

Wynona tenía el corazón en la mano porque el pecho se le había quedado hueco. Su respiración agitada y la pesadumbre en espíritu amenazaban con llevarla a la desesperación para que fuera desmentido aquello.

—No es cierto, milord —masculló cogiéndole del codo con cariño, a lo que él respondió con una mirada vacía.

—Lamento no poder negarlo. Desconocía que fuera usted la mujer virgen que llevaba como peso en mi consciencia. Yo iba caminando por ese pasillo mientras conversaba con otro caballero, cuando Calvin se acercó agitado y me alejó del noble diciéndome: «Michael, necesito un favor.

Toma mi máscara y dame la tuya. Aquí, detrás de esta puerta, está una dama. Tú debes continuar lo que empecé. No puedo dejar ir a Juliette, es mi oportunidad». Cambiamos de máscaras y yo entré en lugar de él. Usted lo esperaba cerca de la ventana... estrujándose la mano. El resto de la historia no hace falta que yo lo comente.

Wynona revivió aquel momento y recordó que el hombre gemía y que no dijo una palabra alguna en el interludio que compartieron. Ella se

escabulló arrepentida en aquel entonces. No hubo tiempo de conversar, estaba llena de vergüenza.

—Milord...

—¡Soy el maldito causante de su dolor! —exclamó alejándose de ella

—. Debí colocar el arma en mi boca y acabar con esto. Cargaré ese peso por siempre.

—No iba a morirme con culpas ajenas. Pude haberme quedado callado para que tú no fueras el villano, pero la realidad es que el lobo cuidaba de la oveja —musitó irreverente.

Michael abandonó la habitación y dejó a Wynona con Calvin. Ella estaba dolida por lo que escuchó. Se había victimizado tantas veces frente a su prometido, que era poco probable que encontrara paz sabiéndose él como el responsable de su desgraciada vida.

—¿Qué se siente ser injusto, lady Wynona? Ahora debe odiarlo también.

—Usted siempre será un sinvergüenza. Que en paz descanse —expresó retirándose.

—¡No me he muerto, milady! —gritó desde su lecho antes de toser entre carcajadas.

Wynona llegó hasta el carruaje y Michael no se encontraba ahí.

—¿Y el conde? —le cuestionó a su nana, quien estaba aburrida dentro del carruaje.

—Salió apresurado de la residencia y lo hizo sin su sombrero. Creí que estaba muy enojado con su amigo y no le di importancia, era momento que demostrara autoridad frente a esa alimaña.

—¿Hacia qué dirección partió?

—Se fue por allá —señaló su nana enseñándole una bajada concurrida.

Lo buscaron por varias cuadras sin hallarlo, Michael había desaparecido sin dejar huella. El cochero llevó a Wynona y a su acompañante hasta la residencia de él en Londres para que

pudieran descansar, aunque Wynona muy poco encontraba descanso en aquel día. No podía imaginarse lo que pasaba por la mente de su amado, que era el culpable de su desgracia, según su retrógrado pensamiento.

Su corazón no aceptaba culpa en él, como lo había hecho con Calvin, pero ninguno fue un culpable real. Ambos caballeros eran oportunistas y libertinos; ella estaba en territorio enemigo, mal guiada por una supuesta amiga. Si sus convicciones hubieran sido lo suficientemente fuertes para no

creer en las patrañas de Juliette, su vida sería diferente. Tan diferente que Michael no estaría en su vida. Sus malas decisiones la llevaron a encontrar a alguien que la amaba y confortaba, y en quien ella confió a plenitud. No podía ser aquel malvado hombre que sus miedos crearon como una excusa para justificar su falta de moral.

Le echó la culpa como piedras en la cabeza sin saber que era él, alimentando su odio hacia otra persona, disuadiéndolo de que la apoyara en su rencor. Debía estar odiándose.

Wynona esperó a que se manifestara en su residencia, cayó la noche y de él nada sabía. En medio de su desesperada espera, le contó a la nana lo que supieron ese día y ella lo demonizó como era su costumbre.

—No, no es de esa forma en la que hablas de él. Cometí la imprudencia de estar en un lugar que para nada se ajustaba a donde debía ir. Mi corazón está acongojado, pero en cierta manera reposa después de estos años.

—Un niño no lo hace sola, milady. El pequeño Eliot estaría con vida si usted se casaba.

—¡Estaría casada con el hombre equivocado, nana! Si encontraba al amigo y le exigía matrimonio, sería más infeliz de lo que fui. Debo encontrar al conde y perdonarlo, porque no encontrará paz en su vida si sigue creyéndose como único culpable.

∞∞∞∞

Michael, esa misma tarde, al salir de la residencia de Calvin, tomó un carruaje de alquiler y regresó a Sandbeck Park. Amaba tanto a Wynona que no podía estar cerca de ella. El dolor en su pecho era algo que no conocía.

Ella le mostró otra forma de felicidad, al igual que enseñarle una de las maneras más quebrantadas de vivir: con la culpa.

No imaginaba que la mujer a la que desgarró con fuerza fuera ella. La sangre le indicó que no era algo convencional, no tuvo mucho tiempo para pensar en su dolor o en su placer. La recordó irse sin cruzar palabra. Lo dejó con una sábana ensangrentada y con un problema que había reclamado a Calvin, aunque este se hizo el desentendido sobre la cuestión, pues desconocía también que aquella fuera casta, y si era casta, no era para ninguno de ellos, sino para alguien dedicado a la política o algún algo cargo para la realeza.

En su habitación, se sentó frente a la pintura de ella para apreciarla como lo hacía cada día. Supo

que le arrebató más que la inocencia: le robó la vida. Quizá no pensara de la misma forma si fuera otra muchacha, sin embargo, era su Wynona.

La mirada jovial que tenía en aquella pintura no la poseía en la realidad.

Su mirada era triste y cansina; en ocasiones y en otras, cauta y temerosa.

Los sufrimientos que le dejó sin querer era lo que más le dolía. Un hijo al que ella odió y luego amó para perderlo con la muerte, lo destrozó por completo. No llegó a saber de su existencia, y lo amaba porque era el hijo de su amada Wynona, mal concebido, pero era de ellos.

El vizconde renegó en varias ocasiones frente a él con impotencia y Michael creyó que eran exageraciones de un padre celoso. Ni en las más horribles pesadillas pensó que él destruiría el futuro de alguien y que la carta y los cuidados iban dirigidos a él.

En un acto de inmensa vergüenza y cobardía, se refugió en su propiedad. ¿Cómo podría él resarcirla? Se casaría con ella porque la amaba y no porque la hubiera mancillado y destrozado su vida junto a su brillante futuro.

Concluyó que no podía permanecer ajeno y acobardado en su propiedad, sino que debía enfrentar a sus culpas. Retornó a Londres al día siguiente para ir en busca de Wynona. No esperaba que aún deseara casarse con él y tampoco estaba seguro de que fuera lo más conveniente.

∞∞∞∞

En la residencia de Londres, una de las criadas se apresuró hasta la recámara que le fue asignada. Estaban sorprendidas de que su patrón estuviera comprometido con una dama tan bonita, cuando imaginaron que se casaría viejo con una muchacha de rostro amargado.

—Milord ha llegado, milady. Usted pidió que se me anunciara si eso ocurría —informó la joven doncella del servicio.

Ella agradeció el aviso con un gesto de cabeza. Sentía la ansiedad subiendo desde el estómago hasta la garganta. Se estrujó las manos, nerviosa por mirarse a la cara sin ninguna máscara.

Cuando él escuchó la ligera caminata de Wynona por las escaleras, pareció caer en un pozo de temor ante cómo pudiera percibirlo. Evitó

mirarla cuando ella se colocó frente a él y esperó que le diera una explicación.

—Le pido disculpas por dejarla en casa de Calvin de manera tan abrupta, necesitaba abandonar la habitación y...

—¿Por qué no vino aquí?

—Porque la vería a usted. Me imagino que debe ser difícil pensar en convivir con su abusador.

Wynona premió su disparate con una sonora cachetada.

—No vuelva a decir esas palabras. No tuvo la delicadeza de avisarme que se iba. Sufrí pensando en lo peor. Creí que quizá... pudo usted tomar un arma...

—Me temo que tengo un poco de miedo a lo desconocido. Riverton Manor acrecentó mis temores con respecto a los espectros, no quisiera ser uno. Soy cobarde, pero no voy a huir de mis culpas. No encuentro forma de enmendar lo que le hice y es probable que nunca la encuentre.

—Perdóneme, milord, por haberle hecho creer que era una víctima de las circunstancias, cuando en realidad fui a buscar mi propio destino. No debí buscar culpables porque siempre estuvo frente al espejo. No hay juez más duro que uno mismo. La pintura que usted evitó que se quemara, me decía que fue mi culpa y yo me empeñé en culpar a los demás de mi sufrimiento. Su amigo es despreciable y alimentó mi rencor con fuerza, y se lo contagié a usted.

—Perdóneme usted a mí porque, sin un aprovechado, su vida hubiera continuado con tranquilidad. Pudo haber recapacitado si yo no aceptaba hacer ese favor.

—Agradezco no haber recapacitado porque quizá hoy no hubiera tenido un excelente partido para casarme... —Acarició la mejilla que golpeó.

—¿Todavía quiere casarse conmigo?

—No sabe cómo ansío esta primavera para abonar mi largo invierno.

Epílogo

Cuando la primavera se hizo presente, Michael y Wynona se casaron en una capilla en Maltby. Pocos fueron los asistentes a su matrimonio, pues nadie los conocía. El señor Wellington dio por terminado el hecho de velar por la seguridad de la hija del fallecido vizconde, quien no vivió para saber que su hija fue muy bien casada y sería la dueña de Sandbeck Park.

Desde Londres llegaron felicitaciones para Michael por su matrimonio, el letrado no fue discreto con el suceso, aunque tampoco le dijo que lo fuera. Entre las cartas con congratulaciones, hubo una escrita por Calvin, donde expresaba sus no tan sinceras felicitaciones, sino más bien parecía una carta de condolencias. Michael y Wynona quedaron sorprendidos al darse cuenta de que no murió como lo anunció, sino que se iría a Francia, lo que arruinó los planes de los recién casados de acudir en el verano.

Poco había cambiado entre Michael y Wynona, salvo que dormían juntos. Él estaba comprometido con llenarla de felicidad por toda la tristeza que le causó sin ser consciente de ello. No podía reparar el daño que el niño que parió muriera en un orfanato, sin embargo, esperaba llenarla de muchos hijos en un futuro no muy lejano.

Desde que la nieve desapareció, los campos verdes eran incitantes para pasear. La abadía en ruinas era un lugar que Wynona apreciaba, al igual que la laguna y la variedad de flores que crecían alrededor de la residencia.

La nana encontró un pasatiempo en la jardinería hasta que llegaran los niños que ella pudiera cuidar. Todavía no era fiel sirviente de Michael, pero al notar la felicidad en Wynona, prometió no

volver a insistir con sus preparados y dejaría de asustar a la gente por las noches.

—Si no podemos ir a Francia, Escocia no está muy lejos. Tengo una propiedad muy bonita, que sé que te encantará —comentó Michael sobre el lomo de su caballo mientras volvían a la casa después de una visita a la abadía.

—No he ido a Escocia, de hecho, no he salido en mucho tiempo. Estaré encantada de visitar los lugares que se puedan. Tanto tiempo encerrada no ha sido muy placentero.

Él acercó su caballo hasta el de ella, y tomó su mano para besarla.

—Cada lágrima se borraré con una sonrisa y cada pesadilla se suplantaré por un bello paisaje.

—Es alentador que hoy sea todo diferente, aunque no es perfecto.

—¿Qué sería perfecto para ti?

—Eliot.

Lamentó no poder consolarla. No había nada que pudiera devolverles a aquel hijo. La carta de su padre fue muy expresa. Murió en un orfanato en Inglaterra de una infección severa a los pocos meses de haber nacido.

Los pagos que hizo Wynona para averiguar el paradero de su hijo fueron infructuosos, pues su padre hacía que el hombre al que ella le pagaba no averiguara nada. Lo mantenía borracho y alejado para que no lo hiciera.

Cuando recuperaba la cordura, volvía a exigir dinero hasta que lo descubrió Wynona. Él era más bien un aliado de su padre que suyo.

Convencido de que ella olvidaría sus penas lejos de Inglaterra, apresuró el viaje mencionado hacia Escocia, lejos de las incursiones absurdas de Calvin, que no tenía nada de aleccionador que recordar, aunque quizá su honestidad al contar lo que verdaderamente ocurrió fuera clave para que la vergüenza que sentía Wynona se desvaneciera, y no podía evitar darle razón a su vergüenza. La forma de expresarse de Calvin dejaba mucho que hablar sobre su caballerosidad con las damas. Sería un pésimo esposo y padre para cualquiera.

Wynona observó a Michael tomando los libros que estaban sobre un escritorio en la habitación, aquellos eran los mismos que entregó cuando salieron de Riverton Manor.

—¿Llevarás los libros? —indagó curiosa y con cierta burla en su tono.

—¿Y qué veré en el camino? Plantas, aves, campos... Unos libros no serían mala compañía.

—Me siento insultada por insinuar que soy aburrida...

—¡Oh, no, no, no! —exclamó con gracia—. La presencia de Calvin en la casa me enseñó a valorar el silencio y la lectura. ¿Recuerdas que te dije que no era un ávido lector? Han cambiado las cosas en este corto tiempo.

Solo me faltan tres libros de los que pertenecen a ese regalo. Tu presencia es muy apreciada por mí, querida, no hay dudas sobre eso.

—Entonces entenderé que tendré un poco de atención de tu parte durante el trayecto. Los caballeros han sido mejor instruidos que las damas en las cuestiones naturales, quizás aprenda algo nuevo.

Michael colocó la pila de libros en el baúl, pero uno cayó rezagado a un costado. Lo agarró con rapidez y de él escapó un papel sin sobre. Sin embargo, estaba con el sello del vizconde de Castleton.

—Hay un papel con el sello de tu padre —avisó Michael enseñandoselo desde sus dedos.

—Debe ser alguna tontería, quémalo. Supongo que seguirá acusándome. Estará ardiendo en el infierno.

—No lo culpo, cualquier padre que ama a su hija estaría desesperado.

—¿Tanto para cometer tales maldades conmigo?

—Tal vez estaba un poco equivocado.

—No hubo arrepentimiento. No dijo nada antes de morir, para mí no hubo sentimientos —comentó desviando su mirada.

—Es por mi causa. Sin darme cuenta, pude haberlo matado.

—No, fui yo. Murió de decepción por mi causa, ya que quise quedarme con mi hijo. Le dolió ver que me sacaba una sonrisa.

Se acercó para darle la carta, no importaba lo que dijera, aseguraba que nada más podría hacerle mal a ella.

—Es mejor leer y sacar nuestras conclusiones después. No podrás decirte nada que no sepas —musitó para convencerla.

Wynona asintió y cogió el papel. Al romper el sello, notó una letra apresurada y temblorosa, que en nada se asemejaba a la carta que le dio el letrado.

Wynona,

No puedo hablar y con esfuerzo escribo. Debo confesar que no tuve el valor de dejar a Eliot en un orfanato. Camino a Sandbeck Park, residencia de Michael Lumey, dejé al niño en una humilde casa en Maltby. Recuerdo el apellido de las personas, eran los Hamilton.

Lo entregué con el nombre que le diste y también dinero.

Te confieso mi pecado porque sé que moriré pronto y la carta que le dejé al señor Wellington no expresa la verdad de lo ocurrido, sino mi maldad en su máxima expresión.

Después de mi muerte, mi vergüenza también morirá y podrás ser libre de llevarlo a Riverton Manor al terminar el tiempo

de casarte, porque sé que no lo harás. Nadie es capaz de casarse con alguien sin honor.

—¡Eliot está en Maltby! —chilló Wynona dando un salto desde la cama.

Las lágrimas de emoción brotaban de sus ojos. Michael estaba incrédulo, hasta que ella le arrojó la carta en rostro para que entendiera de lo que le hablaba.

Leyó con rapidez y comprendió lo que había llenado de emoción a Wynona; el hijo de ambos no murió en un orfanato, sino que quedó en una casa.

—¡Vamos a buscarlo! —ordenó antes de desaparecer para buscar a su nana. Entretanto, él se quedó tieso e impresionado.

Lo que más le tenía impresionado era que él siempre tuvo la felicidad de Wynona en sus manos. Le dio los libros porque ella no los quería.

Hubieran pasado años sin que supieran la verdad sobre su hijo. La presencia de Calvin en Sandbeck Park había sido nefasta, pero con una gran bendición de fondo.

Se apresuró para colocarse una ropa un tanto decente. Sabía que sus planes de ir a Escocia estaban cancelados por lo que habían descubierto. El grito de la nana de Wynona lo devolvió a una extraña realidad, una donde tenía un hijo al que debía buscar.

La nana de Wynona no dejó de llorar mientras que la vestía para que salieran a buscar al niño. No conocía a los Hamilton, pero los buscarían así pasaran días, meses o incluso años.

La indagación sobre los Hamilton los llevó a unas cuatro familias que no tenían a un niño de la edad de Eliot. Uno de los últimos Hamilton que visitaron, les dio una pista que estaban buscando. Otros Hamilton se habían mudado de casa a una más grande en un lugar un poco retirado del pueblo, más cerca de Sandbeck Park.

Wynona no perdió las esperanzas de encontrar al pequeño que debía tener casi dos años. Se imaginaba cómo era. Miraba a Michael y en su mente se formaba la imagen de un niño elegante de un tierno y largo cabello rubio.

—¿Y si no son los Hamilton que buscamos, Wynona? Tardé mucho en esas lecturas, pudieron haberse ido más lejos —lamentó Michael negando con la cabeza. Ya estaban días buscándolos.

—Sin ti nunca sabría nada, pues era probable que esos libros también acabaran en el fuego. Gastaré mi vida para buscarlo, presiento que estos son los Hamilton que buscamos. Tienen que serlo.

Entrando por un inhóspito camino, notaron a lo lejos el humo de una chimenea. Una casa se levantaba ante ellos, que se acercaban en su carruaje.

El camino a aquel lugar parecía eterno. El tiempo no pasaba por la ansiedad que sentían de llegar y encontrar con vida al niño que en un principio creían muerto.

Cuando el carruaje se detuvo, Wynona no esperó a que le abrieran la portezuela. Corrió a la puerta sin dilación y la golpeó.

Cuando se abrió la puerta, bajó sus ojos a la niña de mirada verde que la admiraba hasta con la boca.

—¿Es la casa de los Hamilton? —preguntó apresurada, luego sintió la mano de Michael en su codo para que supiera que estaba allí junto a ella.

—¡Madre! —llamó la niña a su progenitora, que no tardó en hacerse presente.

—Buen día, ¿qué desean? —inquirió la mujer secando sus manos en su delantal.

—Busco a los Hamilton, quienes tienen un niño de nombre Eliot.

Aquella dama frente a Wynona, se puso lívida y no respondió al momento.

—Nos dijeron que quizás alguien lo buscaría alguna vez —informó con sus labios que hicieron un mohín de tristeza.

Wynona se volteó con rapidez hacia Michael. Sabía que ahí estaba su hijo.

—Quiero verlo —pidió un poco autoritaria.

La señora abrió un poco más la puerta. Michael y Wynona pudieron distinguir la silueta de su hijo sentado de espaldas a ellos jugando con madera. Tenía unos pantaloncillos gastados y una camisa que le doblaba el tamaño, pero era tal y como ella se imaginó a su pequeño.

Wynona pasó la puerta y se colocó frente al niño. Se arrodilló con aquel vestido elegante que le regaló su esposo sin parar de llorar. Le pasó un pedazo de madera con el que jugaba y el niño con sus ojos claros le sonrió.

Michael también se acercó hasta él e imitó lo que hizo su esposa.

—Eliot —llamó a su hijo y él también recibió una sonrisa.

—Es él... nuestro hijo... —aseguró Wynona.

—Es idéntico a mí, no lo he dudado ni un minuto.

La mirada desolada de la madre y de la niña no era nada comparada con la que se notó en el señor Hamilton. Eliot era el orgullo de una humilde familia que prosperó con el dinero que les fue entregado para el cuidado del niño. Lo amaban como a su hijo, por lo que cederlo no era para ellos una opción valedera.

Michael no dudó en ofrecer mucho más dinero para llevarse a su hijo, pero nada convencía a los

Hamilton. Tan solo la desinteresada oferta de que trabajaran en la propiedad para siempre observar al pequeño... fue lo que aceptaron.

Dos años después...

Después de recuperar a su hijo Eliot, Michael y Wynona pudieron ser felices y esperar la llegada de su segundo hijo, el cual se gestaba en el vientre de ella.

—Al menos nadie podrá quitarnos la paz con este segundo hijo o hija

—mencionó Michael con un libro en su mano.

—Si es una niña, temeré por su futuro.

—Yo temeré más que tú. Con hombres como Calvin es difícil luchar.

Esperemos a que sea un niño.

—Y que no sea como tu amigo.

—No lo será. Te alentaría con decirte que sea como yo, pero puede que sea igual de sinvergüenza.

—Un sinvergüenza encantador.

—Uno que cambió por ti. He quedado encantadoramente manso —se burló de sí.

—No puedo refutar lo que has dicho. Te amo, Michael, y nunca iremos a Francia.

—Estoy de acuerdo con que te amo y que no iremos a Francia...

Fin...

Acerca del autor

Laura A. López



Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nací el 05 de Julio de 1988, soy casada y con una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona,

que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón por que más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por:

Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre Un romance real, y otra para novela histórica: Tan perversa como inocente. En el 2020 se publicó Desavenencias del amor.

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: Una perfecta señorita y La ventana de los amantes.

Todas de romance histórico.

También he incursionado en la auto-publicación en amazon, con: Los mandatos de rey, que es un cuento corto, una dama infortunada, corazón de invierno, una heredera obstinada, una beldad indomable, las peripecias de los amantes, la esquivada señorita Millford y la versión en inglés de esta última que lleva de nombre: The elusive miss Millford

Document Outline

- [Página del título](#)
- [Derechos de autor](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Epílogo](#)
- [Acerca del autor](#)